

Prometo
no *AMARTE*

hasta que el pacto nos separe



Vega Manhattan

Prometo
no *AMARTE*

hasta que el pacto nos separe

Vega Manhattan

Prometo no AMARTE hasta que el pacto nos separe.

© Vega Manhattan.

1º Edición: Febrero, 2021

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin el previo permiso del autor de esta obra. Los derechos son exclusivamente del autor, revenderlo, compartirlo o mostrarlo parcialmente o en su totalidad sin previa aceptación por parte de él es una infracción al código penal, piratería y siendo causa de un delito grave contra la propiedad intelectual.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes y sucesos son producto de la imaginación del autor.

Como cualquier obra de ficción, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia y el uso de marcas/productos o nombres comercializados, no es para beneficio de estos ni del autor de la obra de ficción.

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Epílogo

“Todo, en la vida, pasa por algo.
Las casualidades no existen,
los amores predestinados sí.”

Capítulo 1

Dina abrió uno de sus ojos y miró el móvil que había cogido a ciegas, tanteando sobre la mesilla de noche.

Las seis de la mañana, no había sonado antes de tiempo, aunque a ella le pareciese así.

Gimió a la vez que metió la cabeza bajo la almohada.

Últimamente parecía que las noches eran demasiado cortas, se pasaban en un plis plas. A veces ni tiempo le daba a abrir los ojos cuando la dichosa alarma estaba sonando.

Sacó la cabeza de su escondite, abrió los ojos y miró a través de la ventana de su habitación. Aún no había amanecido. Pero su día ya debería haber comenzado.

Día que no contaba con las horas suficientes, así que no podía permitirse el lujo de quedarse en la cama ni un minuto más.

Y a veces, muchas en realidad, le gustaría hacerlo. Ser como esas personas que ponían la alarma a una hora y la iban retrasando cada cinco minutos para disfrutar del momento.

A este paso ni cuando seas vieja.

Pues seguramente no. Sería una anciana que aún estaría con doble o triple trabajo para pagar deudas, pero era lo que le tocaba. Había gente que nacía con estrella y otras personas estrelladas.

Ella había nacido ya estampada y hecha una tortilla en el suelo. En fin...

Se levantó rápidamente y un alarido salió de su garganta cuando al salir del dormitorio se golpeó el dedo pequeño del pie, haciendo que se doblase en una postura antinatural.

—¡Me cago en...! (Piiii) ¡Hijo de...! (Piiii) ¡Todos tus...! (Piiiiiiiiiiiiiiii)

Mejor ni escribo lo que dijo que hay gente muy susceptible por aquí y después todo son problemas y críticas estilo “qué vulgar” y cosas así. Y como que no me apetece porque yo cuento historias para reírnos y para que disfrutemos.

Para problemas ya estaba Dina. Que por si no tuviera nada encima, la pobre estaba saltando a la pata coja. Como diría mi abuela, “dobladita de doló”.

Muy de mi tierra la expresión.

—¡Tu... (piiiiiiiiiiiiii) madre!

Vale, pensé que había terminado...

Desde ese momento en que se levantó, nunca mejor dicho, con mal pie, ya se presagiaba un mal día.

—Verás el día de mierda que voy a tener —gimió unos minutos más tarde cuando la cafetera exprés medio explotó y el contenido de la cápsula de café llegó hasta el techo. Adonde Dina miró de malos modos, acordándose de todos los dioses habidos y por haber.

Y por si tener que comprar una cafetera nueva no fuera poco, tendría que ver si lo de que no le hubiese llegado el agua caliente al baño la noche anterior era un problema que necesitase de un fontanero o solo era algo puntual que se arreglaba solo.

Si era lo segundo, que solía pasar muchas veces ya que solo ocurría por joder un rato, bien. Pero si era lo primero... Iba a tener que plantearse, y ya en serio, el vender alguno de sus órganos no vitales. Empezaría por el primero que apuntó en la lista.

Y sí, tenía una lista sobre ello, así de mal le iban las finanzas.

Así de preocupante era el asunto.

Pero tenía que seguir, sí o sí. Como fuera. Por la mujer a la que le estaba cogiendo la mano en ese momento, tras sentarse a su lado, en la cama.

Dina suspiró tras apretar el agarre a la anciana. Solo por ese momento merecía cualquier pena.

—Buenos días —sonrió y miró a esos cansados y tristes ojos azules.

La anciana miró a Dina con curiosidad, su ceño fruncido.

—¿Quién eres? —preguntó, con voz somnolienta.

—Tu nieta —sonrió Dina haciendo, como siempre, un esfuerzo para que no se le notase la tristeza que sentía cada vez que su abuela no la recordaba.

Era una parte dura de su enfermedad, una entre tantas.

—Ah... —la anciana asintió con la cabeza, como si con eso ya no tuviese lagunas, pero en sus ojos podía verse que no la reconocía.

—Con la lata que te he dado siempre, como para que no me reconozcas.

—No digas eso —le dio un cate a la mano de Dina—. Si has sido muy buena —sus despobladas y casi inexistentes cejas, unidas.

—Ah, ¿sí? —esa vez, Dina sonrió de verdad.

Por esos momentos en los que su abuela recordaba algún pequeño detalle, merecía la pena todo lo demás.

—Sí. Un poco cabezota y con un... ¿Cómo se dice eso?

—¿El qué?

—Cuando... —la anciana refunfuñó al ver que no podía explicarse— Cuando alguien se enfada.

—Ah, enfadado.

—No —dijo enfadada ella, haciendo sonreír a su nieta.

—¿Cabreado? —la anciana la seguía mirando de mala manera, esa palabra tampoco era—

¿Enfurrñado?

—Que no, coño —soltó su abuela.

Dina soltó una carcajada.

—Mucho genio tienes tú —rio la nieta.

—Me parezco a mi madre, ¿conoces a mi madre? A veces viene a verme.

—Ah, ¿sí?

Tocaba conversación sobre fantasmas que venían a visitarla.

—Sí y tiene un genio de los mil demonios, pero no es mala. Como tú. Que vaya carácter, pero eres una santa.

—No todos piensan igual, abuela —rio Dina, divertida.

—¿Qué sabrán ellos! —refunfuñó la abuela— Si te conocieran de verdad, pensarían diferente

—miró a Dina fijamente—. ¿Cómo me dijiste que te llamabas?

Dina suspiró, pero mantuvo la sonrisa. Así eran las cosas con su abuela.

Eso y pasar de un tema a otro sin sentido.

Y tener paciencia mientras organizaba las palabras en su mente y terminaba una frase.

Eso y tantas cosas más.

—Dina, abuela. Soy Dina.

—Ah... Dina —asintió un poco con la cabeza—. A tu madre siempre le gustó ese nombre —pues sí, así era—. ¿Yo conozco a tu madre?

—La pariste tú, si no la conoces...

—¿Y dolió?

—Según siempre me habéis contado, un poco más y se te cae sola —rio Dina.

—Es que los partos de antes no son los de ahora. La gente es muy exagerada en estos tiempos.

—Ya... —ese tema siempre divertía a Dina.

La gente mayor, cuando hablaba de sus partos, lo hacía como si hubiese sido una experiencia de lo más normal, indolora, podían parir casi sin ayuda.

Eso no se lo creía nadie, pero bueno... A lo mejor, con el tiempo, la percepción de las vivencias cambiaba exageradamente.

Ya veremos, dijo la voz de su cabeza, yéndose por los Cerros de Úbeda.

Y Dina sabía muy bien por dónde.

Vamos a ver una poca mierda, yo no pienso parir en mi vida, rebatió Dina en su mente, rápidamente.

¿Entonces por qué sueñas con ello?, preguntó la voz de su cabeza.

Dina, como siempre, la ignoró.

Sin comentarios al respecto.

Puedes tener hijos soltera, tampoco te agobies, continuó la voz. *Claro que para eso necesitas dinero y ahí sí que vas mal.*

¿Por qué no te callas?, se quejó Dina mentalmente.

Como si no tuviera bastante con la pena de ver a su abuela así, también tenía que soportar una mente y una conciencia jodidas.

—¿Vienes para llevarme a ver a mi hija?

Dina cerró los ojos unos segundos, intentando no llorar. Porque eso sí que le dolía.

Hacía años que había perdido a su madre, esa hija de la que su abuela hablaba. Ninguna de las dos la había olvidado, no habían dejado de pensar en ella ni un segundo de sus vidas.

Y la necesitaba. Como la necesitaba la mujer a la que tanto adoraba, esa que ya ni comer quería.

—Tardaremos un poquito en ir a verla —la anciana miró detenidamente a la mujer que había entrado en la habitación, quien hizo ese comentario.

Con las manos en los bolsillos de la bata blanca que llevaba, se acercó a la anciana y sonrió.

—Buenos días —saludó a Dina, quien le sonrió con tristeza y volvió a mirar a la mujer que estaba postrada en la cama—. Ayer decías que te gusto mucho y ¿hoy me quieres dejar? —la anciana no respondió— Tendrás que desayunar primero, ¿no crees? —ahí negó rápidamente con la cabeza, su cara de muy mal humor.

No quería comer. Era una lucha constante.

—Abuela, tienes que comer.

—No tengo hambre.

—No se come solo por hambre.

—No —una sola palabra que decía todo.

Dina suspiró y miró a la enfermera.

—Comerá, no te preocupes —dijo esta, mirándola.

Un gruñido de la anciana, quien apretó los labios y cerró los ojos, claramente enfadada por el tema de conversación.

Cuando se ponía así, lo mejor era no insistir en el tema. Si decía que no, era que no. Ahora le tocaba al personal sanitario intentar convencerla para que comiese.

Dina se levantó, la mano de su abuela aún entrelazada con la suya y le dio un beso en la frente a la anciana.

Un beso que quiso hacer eterno, como hacía siempre. Teniendo miedo de que fuese el último.

Y cómo no tenerlo si esa mujer lucía casi esquelética. Débil.

—Me tengo que ir a trabajar, pero volveré pronto —otro beso—. Te quiero, abuela, no lo olvides —dijo mientras una lágrima rodaba por su mejilla.

Su abuela no dijo nada y Dina salió de la habitación suspirando y limpiándose la cara de lágrimas.

—Sé que es una tortura para ti, pero lo estás haciendo muy bien —la enfermera le puso la mano en el hombro y le dio un apretón en señal de consuelo.

—Mira cómo está —señaló a la cama, donde yacía postrada, ya ni moverse podía—. ¿Eso es hacerlo bien? —sonó brusca, pero Karen sabía que no volcaba la rabia contra nadie que no fuese ella misma.

—La cuido bien.

—Lo sé, no es eso —Dina suspiró—. Es que...

—Sé lo que es —Karen le regaló una dulce sonrisa—. Sé por lo que pasáis los familiares —lucía canas y arrugas, hacía muchos años que portaba esa bata blanca e intentaba ayudar a la gente—.

Sé cómo os culpáis, yo también lo hice —le recordó a Dina. Le había contado en alguna ocasión que había vivido lo mismo con su padre—. Pero ambas sabemos que lo haces lo mejor que puedes. No tienes más medios. Y las dejas en buenas manos.

Dina asintió con la cabeza, sabía que era así, que la cuidaba. Pero si estuviera en una residencia o en un hospital, quizás podrían hacer más por ella.

Pero Dina no tenía dinero para ello.

Demasiado le costaba pagar a una enfermera que la cuidase.

—Lo siento —se disculpó, por haber menospreciado su labor.

—No tienes por qué —sonrió la enfermera—. Hacemos todo lo que podemos por ella, Dina. Tanto tú como yo. Pero en el estado en el que está... Debes estar preparada.

Las lágrimas caían de nuevo por sus mejillas mientras asentía con la cabeza. Ella sabía que las cosas eran así.

Y era duro.

No por saberlo se aliviaba el sufrimiento ni el dolor.

—Te avisaré con cualquier cosa.

—Gracias —tras un suspiro, Dina se giró y se marchó, ya pensando en volver esa misma tarde a casa y en agarrar, de nuevo, esa mano que tantas veces había necesitado tener entre las suyas.

Capítulo 2

—Lo que necesitas es una hostia con la mano abierta.

Horas después, hasta Dina iba a darle la razón a su amiga por ese comentario. A ver si así se alineaban las estrellas que seguían jodiéndola.

—Joder —refunfuñó al cortarse.

Sally miró al techo, poniendo los ojos en blanco al ver que sangraba.

—¿Pero se puede saber qué te pasa?! —exclamó la pequeña mujer de rasgos latinos que venía hacia ella.

Dina chupó su dedo para que dejase de sangrar y continuó recogiendo los trozos grandes de cristal del suelo.

—Nada, no exageres. Solo es un vaso —se quejó.

—Y dos tazas y el que casi te quedas sin dedo—se agachó a su lado, le dio un manotazo cuando fue a coger otro cristal—. Estate quieta —gruñó. La vez anterior casi se corta media mano. La agarró y la hizo levantarse a la vez que ella—. Prefiero que sigas quemando pan a que me dejes sin vajilla y con la cafetería llena de sangre —la hizo separarse del estropicio y fue a por el cepillo y el recogedor antes de que la loca volviese a cortarse con los cristales.

—Lo del pan no es mi culpa, la tostadora me tiene manía hoy —su dedo en la boca, a ver si dejaba de sangrar.

—¿Solo la tostadora? Pensé que los vasos también —recogió los cristales—. Y la vida te la tiene jurada, ¿no? —repitió lo que Dina llevaba diciendo toda la mañana.

Ya iba a creérselo hasta ella, porque la chica era el desastre con patas.

—Solo es pan —resopló.

—Ya... Pan al que no le voy a sacar beneficio.

Sally terminó de recoger los cristales, vació el recogedor y se paró al lado de su amiga. Se apoyó en la barra y se cruzó de brazos.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

Dejando la ironía a un lado. Preocupada por su amiga.

—Nada. Me he levantado con el pie izquierdo, solo eso —Sally enarcó las cejas—. Soy patosa, tampoco es nuevo —Dina se encogió de hombros—. Lo sabes desde siempre, ahora no te quejes.

Sally puso los ojos en blanco. La verdad era que en eso tenía razón. No es que la chica fuese por la vida en plan Steve Urkel, liándola a cada paso...

Ah, ¿no?

Vale, rectifico, un poco sí que sí. Pero normalmente no era tan desastre. Siempre y cuando se olvidaran las primeras veces en las que se le cayó la bandeja encima de los clientes.

Y es que ser camarera no era lo suyo. Pero a veces, cuando necesitaba un extra o Sally necesitaba que le echasen una mano, la llamaba para que la ayudase.

Le gustaría poder ayudarla más económicamente, pero tampoco es que ella pudiera.

Dina era torpe de nacimiento, pero ese día Sally también se había dado cuenta de que había algo más que ser patosa.

Dina miró a Sally y supo que no iba a ser suficiente con esa explicación.

¡Pues debería serlo!

—¿Es por Colton?

—¿Qué? ¿Quién? — Dina miró a su amiga con cara de horror—. Nooooooo.

—¿No se llamaba Colton?

—¿Qué? —Dina pestañeó un par de veces y miró a su amiga con cara de horror— No, no —negó rápidamente — Quiero decir que sí que se llamaba así, pero que no es por él. ¡Por Dios!

—exclamó, de nuevo asombrada porque pensase que ella podía llorar por un tío así.

Ni por ese ni por ninguno de los que eliges, porque vaya tela...

En eso tenía razón la voz de su cabeza. Dina era un desastre cuando de hombres se trataba. Tenía defectuoso el radar.

Yo diría que ni tienes.

Sin que sirviese de precedente, iba a volver a darle la razón a la jodida voz.

Sally seguía mirándola con las cejas enarcadas.

— De verdad que estoy bien.

Al menos en lo que a ese tema se refería.

Colton fue un error más, otra mancha en su expediente de fracasos amorosos.

Rebosa gilipollas la lista.

Sí.

—¿Es por dinero entonces? —Dina negó con la cabeza— No tengo mucho, sabes que apenas llevo a final de mes. Pero también sabes que reparto lo que tenga.

—No es eso, Sally. Aun siendo así, no te pediría. Demasiado haces por mí. Te debo ya muchísimo, a este paso ni cuando vista canas habré terminado de devolverte los favores.

—Te tocará cambiarme los pañales —bromeó Sally, haciendo que su amiga sonriera.

—Tengo experiencia —le recordó en un suspiro, triste.

Le había costado que su abuela aceptase utilizarlos, pero lo consiguió.

—Cariño... —Sally, triste también, la miró con dulzura.

Hacia años que conocía a Dina y había vivido con ella la enfermedad de su abuela desde el principio. Sabía lo duro que estaba siendo todo.

Y el sablazo económico que representaba.

—Sigue negándose a comer, cada vez está más débil.

Sally suspiró y la tristeza inundó sus ojos.

—Ya es que no quiere ni beber. Ni moverse de esa jodida cama —apoyó las manos en la barra y dejó caer la cabeza.

—Dina...

—A veces pienso que lo hago mal y que no trabajo lo suficiente para poder pagarle el tratamiento que necesita. O que debería de dejarlo todo y encargarme de ella. A lo mejor, si estuviera todo el día con ella, mejoraría.

—Joder... No empieces con eso —le advirtió su amiga.

Pero Dina la ignoró.

—A lo mejor si yo...

—Sabes que no es así —la interrumpió antes de dejarla decir las estupideces de siempre—. Deja de culparte por cosas que no puedes solucionar.

Dina giró la cabeza y miró a su amiga a los ojos.

—Puedo dar más, tengo que mejorar su calidad de vida como sea.

—Oh, vamos, Dina. ¡Que no la tienes descuidada ni abandonada! —exclamó—. Das todo por ella. Haciéndote cargo de ella sin tener ni idea de cómo, pagando a la enfermera en casa. Está bien cuidada. Tú no puedes más, cariño. Das todo lo que puedes y más.

—Pero...

—Sabes que lo haces. Si ni siquiera tienes vida —su amiga la miró con comprensión—. Sé que es duro ver cómo la persona que más quieres, la única que te queda en la vida con tu misma sangre, se marchita... Sé la impotencia que sientes porque no puedes hacer nada más. Pero es que es eso, no puedes hacer más. Deja de machacarte, lo estás haciendo muy bien. Además, piensa una cosa. ¿Crees que a ella le gustaría ser consciente de cómo te autoflagelas? —Dina se enderezó y limpió la lágrima que le caía— Cariño —Sally cogió las manos de su amiga y la miró a los ojos con sinceridad—. Estás haciendo lo correcto. Lo mejor para ella.

—¿Entonces por qué me siento así?

—Porque eres idiota. Estás harta de trabajar para que esté atendida y acompañada. ¿Tampoco ves eso? ¿Crees que no tiene valor lo que haces?

A veces pensaba que no.

—No lo sé. Supongo que no, o no estaría tan enfadada conmigo misma.

—Lo estás porque te juzgas y te culpas. Y tú no eres nadie para hacerlo. Nadie —le dio un apretón en las manos.

—Soy yo quien debería estar cuidándola.

Otra vez con lo mismo y ese era el quid de la cuestión. Se culpaba por no cuidar de su abuela como esa anciana mujer dejó su vida para cuidar de una pequeña Dina que se quedó sola. Sin madre.

¡Pero no era lo mismo!

—¿Y no lo estás haciendo?

—No lo sé.

—¿Crees que por necesitar ayuda no lo haces?

—Yo...

—Claro que lo sabes, pero te es más fácil castigarte. Entiendo que estés cansada. Agotada. Incluso enfadada con la vida. Y tienes motivos para estarlo, no es justo que te haga cargar con semejante mochila. Pero debería de ayudarte a ver lo fuerte que eres y de ayudarte a entenderte un poquito —levantó una mano y la puso sobre la mejilla de su amiga—. Yo lo veo. Tu abuela también lo ve, aunque no sepa entenderlo y te recrimine en las noches que está sola. No es ella quien lo hace, es su enfermedad. Esa jodida enfermedad es así, cariño y no irá a mejor ni a peor porque tú pases más o menos tiempo con ella —limpió las lágrimas de Dina—. Sabes que ella está orgullosa de ti.

—Sally... —era como una advertencia, no quería escuchar esas cosas, la hacían llorar.

—Y yo también —a su amiga le daba igual, decía lo que sentía.

Y Dina tenía que saberlo, a ver si así se veía como los demás lo hacían.

Y dejaba de culparse por cosas que ella no podía controlar.

—Joder, vete a la mierda —Dina levantó las manos y se limpió la cara de lágrimas—. No digas esas cosas.

—¿Por qué no? —Sally se encogió de hombros— Es la verdad. Así que ahora vas y me lo demuestras.

—¿El qué?

—Que eres capaz de ayudarme sin romperme nada más.

Sally puso los ojos en blanco, Dina soltó una carcajada.

—Lo intentaré, pero no prometo nada —dijo entre risas.

Y menos mal que no lo hizo, porque algún que otro estruendo de cristales rotos volvió a sonar durante el día.

—¿Necesitas que te ayude en algo más? —preguntó Dina mientras se colocaba el abrigo para marcharse.

—No, cariño. Gracias por tu ayuda.

—Tampoco es del todo altruista —rio cuando Sally le dio el dinero del día trabajado.

—Serás... —rio— Ojalá pudiera llamarte más veces.

—No tantas que también necesito dormir. Además, como venga mucho lo mismo te dejo sin vajilla. Mejor me voy —rio al ver la cara de horror de Sally.

—¡Alabado sea el señor, se va! —exclamó Sally, con cara emocionada.

Dina rio, menuda payasa.

—Añade también a mi deuda contigo el estropicio de hoy. A este paso tendré que hacer algo más que cambiarte los pañales. Menos mal que no te debo dinero, sino...

—No, paso, no quiero ser la culpable de verte mendigando en la calle.

Dina rio de nuevo.

—Lo que me faltaba ya era eso. Me tiro de un puente.

—Qué muerte más mala debe de ser esa. Además, con lo torpe que eres, seguro que te vas a tirar y te enganchas con algo que te lo impide y te quedas ahí, medio colgando.

Dina soltó otra carcajada, su amiga era un caso.

Miró a esa mujer que era un par de décadas mayor que ella, con su pelo negro y sus ojos color chocolate. Guapísima y gran persona.

La vida no la había tratado bien. Madre soltera muy joven tuvo que emigrar para poder darle algo mejor a sus hijos. Algo mejor que un padre borracho que terminó entre rejas.

Trabajó muy duro y lo logró. Les dio a sus hijos una educación y una vida buena. Todo ella sola.

Pero ya no lo estaba. Había conocido a alguien que hizo que su corazón latiera de nuevo, alguien que la apoyó desde el primer momento.

Era feliz. Y Dina también por ella.

De repente emocionada por el cariño que le tenía, la abrazó.

—Gracias —susurró a quien era para ella la madre que no tenía—. No sé qué haría sin ti.

Sally le dio unas palmaditas en la espalda.

—Destrozar la vajilla de tu casa y tener que comer en la olla.

El cuerpo de Dina empezó a temblar, reía.

—¿Vas a tomarte en serio algo? —preguntó, limpiándose las lágrimas que tenía por la risa mientras se separaba de Sally y la miraba.

Con una dulce sonrisa, su amiga levantó la mano y le acarició la mejilla.

—Me gusta verte reír —Dina sonrió con tristeza al escucharla—. Quiero verte feliz, Dina. Ya te toca.

Dina tragó saliva, emocionada.

Ella también anhelaba serlo. Aunque con menos problemas y una vida más aburrida también se conformaba, ¿eh?

Pero el universo, el Karma o lo que fuera que moviese los hilos, no estaba por la labor.

Se había levantado ese día con el pie izquierdo y así se iba a acostar.

Capítulo 3

—¡Joder!

¿En serio?

¿De verdad?

De verdad de la buena, sí. Completamente empapada.

Tras observar su ropa, Dina levantó la cabeza con la intención de mirar al cielo y maldecir. Lo de mirar al firmamento como que no pudo ser porque...

—¡Maldita sea!

Cerró los ojos con fuerza.

¡Qué dolor!

Como decía, lo de mirar al infinito no. Ahora, lo de maldecir...

No os podéis ni imaginar la cantidad de exabruptos que soltó por la boca, muchos de ellos ni ella misma sabía que los conocía. A saber dónde los había aprendido.

A saber, siquiera, si existían.

Pero en ese momento como que no le importaba nada más que volver a ver. Y es que la maldita farola casi la deja ciega.

—Me cago en to' —se quejó, gimiendo.

¿Qué más tiene que pasarme?, se preguntó a sí misma.

¿Es que, acaso, no había tenido, aún, suficiente?

Desde que se levantó esa mañana, Dina era la mala suerte con patas.

Y la cosa parecía no ir a mejor.

—Soy la desgracia personificada —gimió y soltó otra sarta de maldiciones —. ¡¡¡Mierda!!!

—terminó por gritar.

Y mucho había tardado en hacerlo, la verdad. Porque Dina, paciencia...

Poca.

Más bien ninguna.

Más de la que debería, contradijo mentalmente a la voz de su cabeza.

Gruñó, abrió los ojos cuando pudo y pestañeó varias veces. Hasta le dolían, así de fuerte brillaba la luz que un poco más y la deja ciega.

Más cegata de lo que estaba ya la pobre.

Cosas de la edad...

Dina abrió la boca para seguir desahogándose, pero la cerró de golpe cuando un señor se paró frente a ella, mirándola de muy mala manera.

De arriba abajo.

—Solo es agua —refunfuñó el hombre de la gabardina cuando después de mirarla de arriba abajo, volvió a posar sus ojos sobre los de ella.

Su cara mostrando ¿asco? Podía decirse que la miró despectivamente.

Dina enarcó las cejas.

¿Solo es agua? ¿Ha dicho que solo es agua? ¡¿Pero no ha visto cómo estoy?!

—¡Compórtese! —exclamó el hombre, haciendo que Dina diera un bote.

Pues no. Está claro que además de alcahuete, ciego.

Dina abrió la boca para soltarle una fresca. Porque ¿quién se creía que era para gritarle? ¿Y para mirarla de esa manera?

Habrase visto...

Que ella educación tenía. Y mucha. Su madre y su abuela se habían encargado de ello.

Ellas y los castigos en la escuela. Porque mira que te castigaron veces...

Suspiró mentalmente y mandó a callar a la maldita voz. Otra metiche de primera.

—Nadie se ha muerto por un poco de agua —continuó el señor.

Y tras otra mirada fulminante, continuó su camino mientras refunfuñaba algo así como “Agua, solo es agua. Esta juventud... Así nos va. ¡En mis tiempos tenían que haber vivido!”

Dina pestañeó varias veces, sus cejas casi que le llegan al nacimiento del pelo.

¿Pero a qué demonios había venido eso?

¡Que estaba empapada!

Que después del día que llevaba con las manitas de trapo (en sus trabajos, las dos oficinas que le tocaba ese día limpiar, habían acabado como los chorros del oro de las veces que se le había derramado los cubos de agua. Los cubos de la fregona habían estado más tiempo volcados que en

la posición correcta).

Y si a eso se le añade que, además, cada vez que salía a la calle se ponía a llover... ¿No había más días para llover que el único en el que ella no cargaba con el paraguas tontamente?

En fin...

¿Por dónde iba? Ah, ¡sí! Después del día que llevaba, ahora ¡mojada hasta las pestañas!

¡Ese hombre no tenía derecho a decirle ni mu!

A quien tenía que hablarle de mala manera era al imbécil que seguramente conducía un cochazo y que iba a lo loco por las calles de Manhattan.

Pero no a ella. ¡Ella era la víctima, por el amor de Dios!

Bueno, a ver...

Dina maldijo mentalmente, ya iba a empezar la jodida voz. Iba a cortarla rápidamente.

Que te calles. Yo solo he pisado un charco al bajar del bus, pero el que me ha empapado ha sido el coche.

Un charco en el que has metido el pie hasta la rodilla.

¡Pero no el cuerpo entero! ¿Y por qué discuto contigo? ¡Si no existes!

Eso no es así...

Enfadada, cogió aire, dispuesta a mandar bien lejos, a la mierda exactamente, al anciano tocapelotas. Y le daba igual si por ello alguien pensaba que era una maleducada. Porque no era así.

Pero claro, para pedir respeto, primero hay que darlo, ¿no?

Y no importa la edad que se tenga. Que muchos y muchas se aprovechan de ello. Se creen que porque su documentación muestre más de x edad, el mundo ya tiene, por ende, que respetarlos.

Y Dina lo hacía, ella jamás le había faltado el respeto a ninguna persona mayor. Claro que nunca, jamás, se había encontrado con un ser tan desagradable como aquel cotilla. Y es que ella, si había algo en el mundo que odiase con todas sus fuerzas, era la gente que se metía en los problemas ajenos.

En realidad con todo lo ajeno, pero eso no venía al caso.

Y si, para colmo, esa persona era tan poco agradable...

Solo es agua, había dicho el alias “meto las narices en lo que no me importa”.

¿Y qué demonios le importaba a ese anciano si ella maldecía al mundo? ¡Nada! ¡Sobre todo

porque lo estaba haciendo con razón!

¿Agua?

¿Solo era agua?

¡Y una mierda!

Era agua enfangada, ¡podrida! ¡Y para colmo, helada! Agua que tenía que seguir formando parte de ese maldito charco en la carretera y no de su ropa porque otro imbécil, esa vez el conductor del cochazo, ¡no había tenido cuidado!

Maldito idiota.

Maldita gente en general.

Maldita ciudad.

—¡¡¡Maldita vida!!!—terminó por gritar a pleno pulmón, olvidándose del impertinente señor y dejando salir toda la frustración que sentía.

A la vez que chillaba, movió su pierna, levantándola y dejándola caer, de nuevo, con fuerza. Pisando la nada. O eso creía, porque la muy tonta no se había dado cuenta de que estaba sobre otro charco y el agua de este, tras el pisotón, le llegó a la cara.

Así de fuerte le había dado a esa nada.

Con los ojos cerrados, la mandíbula apretada y las manos cerradas en puños, Dina iba a explotar.

Cogió aire de nuevo, llenó sus pulmones y abrió los ojos para mirar al cielo, esa vez esperando poder hacerlo y casi se muere del susto cuando, al abrir sus párpados, se encontró, muy de cerca, con la cara del señor de antes.

¿Pero qué...?

—Que solo es agua, por el amor de Dios. ¡Deje de hacer el ridículo! —gritó el anciano.

Si antes Dina sentía que iba a explotar, en ese momento podía decirse que era una olla a presión a punto de estallar.

Y al primero que se iba a llevar por delante la onda expansiva, por fin, era a ese entrometido. Ese que, refunfuñando, estaba ya a metros de ella.

¿Pero cómo podía correr tanto sin andador ortopédico?

—¡Maldito viejo de los demonios! —gritó.

O creyó hacerlo. Al menos en su mente fue así. Porque, en realidad, no se le entendió nada. La pobre casi se ahoga con las palabras que intentó pronunciar ese rostro ya morado por el enfado.

Rostro al que le costó cambiar de color. Tuvo que inspirar y espirar muchas veces para calmarse. Entonces, cuando soltó todo el aire que guardaba en sus pulmones, fue que sintió que se venía abajo y una lágrima se le escapó.

Dina no estaba así solo porque un idiota la empapase por no saber conducir con cuidado y respetando a los peatones o porque un viejo decrepito y senil la sacase de sus casillas.

Que también.

Ni siquiera por la maldita lluvia y por su mala suerte.

Aunque todo eso tenía mucha culpa.

Era un cúmulo de tantas cosas...

Y todo aquello del coche y del anciano solo fue la gota que colmó el vaso.

Dina dejó caer los brazos a ambos lados de su cuerpo, en señal de rendición.

Pensando que ya sí que no, nada más le podía ocurrir. Ya había sido el colmo de la mala suerte por un día completo.

Quiero irme a casa.

Fue a hacerlo, pero su móvil sonó. Y el inexplicable escalofrío que le recorrió el cuerpo ya presagiaba que no iba a escuchar nada bueno.

Y fue en ese momento, una noche lluviosa cuando, en mitad de Manhattan, una mujer dejó que las emociones la sobrepasaran.

Que se adueñaran de ella.

Las lágrimas comenzaron a salir sin control.

Mientras repetía, una y otra vez, “No. No, no, no”.

Pero sí... Supo que sí, que las cosas aún podían empeorar. Y mucho.

Ni siquiera en ese momento supo cuánto.

Se había levantado sabiendo que su día estaría torcido, pero no imaginó que de una manera tan cruel. No pensó que los astros no solo no se alinearían a su favor para fastidiarla un poco, sino que le cambiarían la vida.

Para siempre.

Capítulo 4

Brent miró por el retrovisor de su Lexus RX cómo el agua mojaba a una mujer. No le había dado tiempo a esquivar el charco. Tampoco podría haberlo hecho de haberse dado cuenta antes. Las carreteras de Manhattan, a esa hora, estaban bastante abarrotadas.

Así que nada pudo hacer y tampoco es que se sintiera culpable por ello.

Daños colaterales de vivir en Nueva York.

—Dime —había pulsado el botón del volante para recibir la llamada entrante.

—Brent, tu tío quiere verte.

Se imaginó algo así cuando vio el número de casa de su tío en la pantalla del coche. Apretó la mandíbula.

—¿Brent?

—Te he oído, James —era el asistente personal de su tío—. ¿Qué es lo que quiere? ¿Para qué quiere verme?

—No lo sé, la verdad —Brent enarcó las cejas, James pareció verlo y suspiró—. El señor Bell ha estado aquí.

Brent resopló.

—¿Sigue con lo mismo? —estaba cansado del tema. El asistente no contestó. ¿Qué iba a decirle que no supiera? — Estoy en Manhattan. Dile que voy de camino, no tardaré demasiado en llegar.

Colgó la llamada y bufó. Y no pudo evitar darle un golpe al volante con las palmas de las manos.

Pensó que después de la última vez, su tío había desistido. Pero, al parecer, estaba equivocado.

¿Tu tío cede alguna vez?

Ninguna, para mi desgracia. Y no será porque no lo intento.

Había hecho todo lo habido y por haber, pero a su tío le importaba más bien poco cuánto se esforzase. Anthony Harper quería algo y lo iba a conseguir fuese como fuese.

—Como si no te conociera —resopló, como si le hablase a su tío.

Dobló la esquina en el siguiente semáforo, su destino había cambiado. Tardó un poco más de lo normal en llegar a su casa de la adolescencia en Riverdale, el tráfico no ayudaba a esa hora de la tarde.

—¿Dónde está? —preguntó nada más entrar.

Se abrochaba el botón de la americana.

—¿Qué modales son esos, Brent? —lo riñó el ama de llaves, que había salido a su encuentro al ver, desde la ventana de la cocina, que llegaba.

Lo conocía desde que era un niño y poco le asustaba ese hombre serio y adusto en quien se había convertido.

Brent miró a la pequeña mujer de pelo blanco recogido en un moño que la hacía lucir más estricta de lo que era. Con el traje de chaqueta negro, era la típica ama de llaves de una casa norteamericana.

Cuando Brent llegó a esa casa, ya ella trabajaba para la familia. Y allí seguía, soportando el mal humor del cascarrabias.

—Buenas noches, Lisa. ¿Dónde está el señor? —preguntó en un tono dulce y educado.

—Serás... —la ama de llaves le dio en el hombro y Brent sonrió, divertido— ¿Dónde crees tú que está?

—¿Recitando el conjuro del próximo amarre de amor? —caminó hasta el despacho de su tío— ¿O como no le surten efecto se va a arriesgar con una magia algo más negra?

—¿Te haría efecto?

—No —dijo rápidamente.

Lisa rio.

—No tienes remedio. Pero te llegará.

—¿El amarre? —preguntó seriamente, con la cara horrorizada.

Lisa soltó una carcajada.

—No. El amor.

Brent puso los ojos en blanco.

—No llames a la desgracia.

—No hables así —otro cate en el brazo, esa vez con más fuerza.

—Auch —se quejó Brent, le había dado fuerte.

—Te llegará.

—Claro que sí —dijo con ironía.

No es que Brent no creyera en el amor. Esa no era la cuestión. Era que lo que su tío quería, no iba a poder ser.

James salía del despacho del tío de Brent cuando lo vio llegar.

—¿Humor? —le preguntó al asistente.

Este entrecerró un poco sus pequeños y marrones ojos, analizando la situación. El hombrecillo delgado, de casi la misma edad de su tío y con calvicie incipiente, calculó.

—Menos tres —dijo.

—¡¡Menos tres?! —exclamó en un susurro— Joder, haberme avisado antes y no vengo.

Fue a darse la vuelta, iba a huir despavorido, pero Lisa lo agarró.

—Vamos, está deseando verte —tiró del brazo.

—Eso es lo que menos me gusta —gruñó Brent—. No tengo ganas de discutir.

Era la verdad. No es que le tuviera miedo a su tío, siempre había sido muy estricto, nada que temer.

Lo quería. Mucho. Y sabía que su tío a él también.

Pero no se llevaban bien. Tenían diferentes formas de ver la vida y, sobre todo, de llevar adelante los negocios.

Esa fue una brecha que se abrió entre ellos años atrás y que aún no se había cerrado. Por eso y por todo, siempre estaban discutiendo.

—Pues no discutas.

Brent puso los ojos en blanco tras el comentario del ama de llaves.

James rio al verlo.

Con todos los demás era imperturbable y sabía guardar muy bien sus emociones. Menos en esa casa. La fachada se le caía con la gente a la que quería.

Y a Lisa la quería como la madre que no tuvo.

Y aunque había tenido niñeras e institutrices varias, Lisa y él siempre tuvieron una relación especial.

—Estás sembradita hoy, ¿eh, Lisa? —el sarcasmo en su voz— Auch —gimió cuando se llevó el cate en la cabeza.

Y bien fuerte que le dio.

Esa mujer tenía descendencia vikinga o bárbara seguro, porque bruta era un rato. Y mira que era pequeña pero peor, toda la mala leche estaba concentrada en ese bajito cuerpo.

“Crecí a lo ancho, no a lo alto”, decía ella siempre, bromeando con sus kilos de más.

—Entra —lo apremió el ama de llaves, empujándolo un poco para que entrase en el despacho.

Mirándola de mala manera, con los ojos entrecerrados, Brent lo hizo.

Sentado tras su escritorio, Anthony Harper, socio de una de las más importantes empresas inmobiliarias del país.

Porque decir la más suena a ego, que si no...

Anthony levantó la cabeza de los papeles que estaba leyendo, se quitó las gafas y las dejó sobre el escritorio. Miró cómo su sobrino cerraba la puerta del despacho y se acercaba a él.

Un movimiento de la cabeza por parte de Brent.

—Tío.

Anthony no dijo nada, el hombre de abundante pelo blanco y rostro arrugado se acomodó mejor en la silla y observó detenidamente a su sobrino.

Brent se quedó esperando a que el dueño de esos iris negros hablase.

—No va a firmar.

—¿Quién? —preguntó Brent, haciéndose el tonto. Porque era evidente que lo sabía.

Su tío achicó los ojos, haciéndolo parecer más hosco.

—¿Me vas a hacer creer que James no te dijo nada cuando te llamó para pedirte que vinieras?

—Si te refieres a Bell, es chisme viejo —Brent se desabrochó la chaqueta y se acomodó en la silla, sabiendo que aquello iría para largo.

—Necesitamos ese contrato —su tono severo.

—No —lo contradijo tranquilamente—. Quieres ese contrato, no es lo mismo que necesitarlo.

—Brent...

—Conozco los números de la empresa mejor que nadie. Te aseguro que no necesitamos ni a este Bell ni a cinco como él.

—No todo son números, Brent.

Era cierto. El nombre, la reputación, la publicidad... Como quisiera llamarlo. Todo eso jugaba a favor o en contra.

—Por eso mismo, no necesitamos una alianza con Bell. Harper se basta sola.

—¿Lo necesitamos en la competencia entonces?

El señor con algunos kilos de más miraba a Brent con atención.

Y veía a su madre. A esa mujer que lo había dejado atrás. Esa mujer que había hecho sufrir a su hermano hasta el último de sus días.

Obviando el color de sus ojos, Brent era el vivo retrato de esa mujer. Mirarlo era recordarla y eso dolía.

La mirada de Brent, en ese momento, endurecida y sarcástica. En eso se parecía a su padre y a él. Como en muchas otras cosas.

Su sobrino era inteligente, perspicaz y un hacha para los negocios. Aunque no siempre estuvieran de acuerdo, sabía reconocer sus logros.

Brent se encogió de hombros antes de responder a la pregunta de su tío.

—Si es lo que quiere...

—Vamos, Brent —resopló.

Brent suspiró.

—Respeto tus decisiones, siempre lo hice. Pero como socio, no esperes contar con mi voto, no voy a apoyar una alianza con Bell. Ni ahora ni nunca. En ninguno de los sentidos —recalcó.

—¿De eso se trata todo? ¿Es por un tema personal?

—¿Soy yo el que no está separando lo personal de lo laboral? —enarcó las cejas.

Eran su tío y Bell quienes insistían en esa alianza.

Un suspiro pesado salió de los labios de Anthony Harper. Se apretó el puente de la nariz con los dedos, le dolía la cabeza.

—Deberías descansar más y pensar menos.

—Descansaré el día que te vea sentar la cabeza.

Brent bufó. Se levantó y se abrochó la americana.

—No me casaré con ella. Es más, no me casaré con nadie. Nunca —juró.

Y no era la primera vez que repetía esas palabras.

Fue hasta la puerta, iba a marcharse.

Anthony se quedó mirando cómo su sobrino desaparecía de su vista.

—¿Ni aunque la empresa dependa de ello? —preguntó cuando Brent ya no lo oía.

Cerró los ojos con fuerza, la cabeza le iba a explotar.

—¿Se encuentra bien, señor? —preguntó James, entrando en el despacho.

No, no se encontraba bien. Algo no iba bien.

Y por eso mismo tenía una decisión importante que tomar.

—Debería llamar al doctor.

James levantó el teléfono fijo del escritorio, dispuesto a llamar al médico de la familia, pero Anthony lo paró.

—Llama a Brown. Necesito hablar con él.

Cameron Brown, el abogado de la familia, tenía algo importante que hacer.

Mientras tanto, en el coche.

—Brent...

Una sensual voz al otro lado de la llamada.

—¿Estás libre? —preguntó, rudo.

Enfadado con su tío. Con el mundo.

—Para ti siempre —sonrió ella.

Brent colgó la llamada, iba a buscarla. Necesitaba desahogarse y ¿qué mejor manera que esa?

Capítulo 5

—No deberías estar aquí.

Ignorando la frase que había escuchado ya alrededor de una decena de veces en lo que iba de mañana, Dina continuó limpiando la barra.

—Doble expreso sin leche y sin azúcar.

Dina apenas miró al cliente y fue hasta la cafetera para prepararlo.

El hombre de pelo y ojos negros tampoco la miró, estaba bastante ocupado leyendo algo en su móvil.

—Dina...

Sally, con los brazos cruzados, delante de la cafetera.

Dina puso los ojos en blanco.

—¿Me vas a despedir?

—¿Qué? —Sally pestañeó, no entendía la pregunta— ¿Cómo te voy a despedir si ni siquiera estás contratada?

—Entonces quítate de en medio y déjame en paz. Estoy para ayudar.

Le dio un pequeño empujón con el hombro a la que era su amiga para que se moviese del sitio.

—A eso es a lo que me refiero, ¡no deberías estar trabajando!

—Y tú deberías haberme dicho que necesitabas ayuda hoy.

—¡Camarera! —gritaron desde una de las mesas.

—Te llaman —dijo Dina al escuchar el grito del cliente. Dina comenzó a preparar el café que le habían pedido—. Y por cómo está esto de lleno, es evidente que tú me necesitas a mí aquí —llenó la jarra de leche y la puso a calentar—. ¿Quieres ir a atenderlos y dejarme en paz? —apremió a Sally.

Esta resopló.

—La dueña soy yo, que no se te olvide —refunfuñó mientras salía de la barra para atender a la clientela.

Esa misma mañana Dina había firmado el contrato para internar a su abuela en una residencia. Le costaba el ojo de una cara y no sabía cómo iba a afrontar los gastos.

Que el coche la empapase de agua enfangada ese desastroso día no fue más que otra de las señales de que su vida estaba a punto de cambiar.

La llamada que recibió fue la de la enfermera que tenía en casa. Su abuela se había puesto muy mal y había tenido que llamar a una ambulancia.

Las noticias no eran buenas, necesitaba quedarse internada, vigilada y conectada a una máquina para comer si querían que siguiese viviendo.

No había otra solución.

—Joder —gruñó cuando se quemó.

Se había sumido en sus pensamientos y había calentado la leche de más. Casi derramó la jarra de metal al soltarla.

Se metió el dedo en la boca para aliviar el dolor mientras, con la otra mano, preparaba el pedido.

—Doble expreso sin leche y sin azúcar —dijo poniéndolo delante del cliente.

Con la cabeza aún agachada, Brent no hizo ni el mínimo gesto de agradecimiento, ni siquiera uno que diese a entender que había oído a la camarera.

Sin prestarle la más mínima atención, acostumbrada también a ello, Dina continuó con su trabajo.

El móvil de Brent sonó. Con un largo suspiro, aceptó la llamada.

—Harper.

Por fin levantó la cabeza, dándose cuenta de que tenía el café delante. A saber cuánto tiempo llevaría ahí.

—Señor, el señor Brown ha llamado para confirmar la hora de mañana.

—Bien.

—Y me ha dicho que necesita hablar con usted.

—Ahora lo llamo. ¿La obra también preparada?

—Sí, señor. Estarán preparados para comenzar con la demolición a primera hora.

—Bien. Cualquier cosa, me llamas.

—No se preocupe y descanse. Lo necesita.

Como si eso fuese tan fácil de hacer.

Brent colgó la llamada, se bebió el café de un trago. Sacó la cartera y dejó un billete sobre la mesa.

Dina, dándole la espalda de nuevo a la cafetera industrial, miró al frente, viendo cómo el hombre del doble expreso dejaba el billete sobre la barra y se marchaba de allí a toda prisa.

Ricos de Manhattan, pensó.

Todos eran iguales. Vivían con el petardo en el culo. Siempre estresados. Siempre trabajando, casi sin vida. Ni siquiera podían respirar el tiempo necesario de tomarse un café.

Lo hacían, también, trabajando.

Aunque ella no era muy diferente.

Si algo la diferenciaba de esa clase de gente, era que ella trabajaba tanto por necesidad, para pagar deudas y ahora tendría que doblar turnos para que su abuela tuviese lo que necesitaba. No para seguir añadiendo ceros a su ya gran cuenta corriente.

—Trabajar para vivir, no vivir para trabajar —susurró, impactada al ver el billete.

¿No tenías uno más pequeño?

Dejó el billete en la caja, cogió el cambio y lo metió en la hucha de las propinas. Con lo que le había sobrado al del doble expreso, Sally pagaba su sueldo del día.

Increíble.

Algo bueno tenía que tener que hubiera gente como aquella, pagaban el café a precio de oro.

Brent abrió la puerta de la cafetería y salió a la calle. Su móvil en la oreja.

—Brent...

—Cameron, ¿qué necesitas?

—Tenemos que hablar antes de la lectura del testamento.

—¿Es grave? ¿No puedes decírmelo por aquí?

—Stuart Bell también está citado.

—¿Qué? —Brent frunció el ceño— Voy para allá.

Colgó la llamada y entró en el coche.

¿Qué estaba ocurriendo?

Mientras, en la cafetería...

—¡Un café con leche de máquina! —exclamó un engominado chico desde la barra.

Tras asentir con la cabeza, Dina corrió a prepararlo.

Ese día no tenía ni oficinas ni casas para limpiar, pero no iba a quedarse en su casa llorando.

Ya había encontrado otro plan y así se ganaba, también, algunos dólares.

—No puedo con mis pies.

Sally se dejó caer en una de las sillas, levantó las piernas y puso los pies sobre otra, en alto. Había sido un día de trabajo duro, había habido más gente de lo normal. Y aunque eso era bueno para el bolsillo, no lo era tanto para sus pobres pies.

Miró a Dina, que tenía que estar igual.

Sentada en una silla frente a Sally, con la cabeza sobre la mesa, entre sus brazos, Dina suspiró.

—Cada vez tienes más clientela nueva. Si se la sumas a la asidua que ya es... —levantó la cabeza— Con tantas ganas que tenías hoy de echarme... Menos mal que me dio por venir, ¿cómo lo habrías hecho sola de no ser así?

—Iba a hacerlo sola como pudiera.

—¿Cómo está Harry?

Harry trabajaba allí como camarero. Era un gran profesional, una gran persona y una mejor pareja para Sally. Estaba de baja por enfermedad.

—Está mejor, parece que la medicación ayuda con los dolores.

—La rodilla es algo jodido.

—Con tantas horas de pie ya ves.

—¿Cuándo vuelve?

—Se retrasará unos días, el médico aún no le dio el alta. De todas formas, Boris y yo nos habríamos hecho cargo de ello.

—Ni de coña —dijo el susodicho, apareciendo en escena con una bandeja con comida.

Dina rio al escuchar el tono con el que pronunció esas tres palabras. Sally miró a su cocinero con mala cara.

Un hombre de mediana edad, demasiado alto, demasiado delgado y con un pelo que ya quisieran Dina y Sally para ellas, se unió al descanso.

Dejó la bandeja sobre la mesa y suspiró al sentarse.

Trabajaba para Sally casi desde el principio. Menos mal que lo encontró, porque la pobre no había tenido demasiada suerte con los anteriores cocineros.

Tampoco es que tengan que preparar unos platos complicados, pensaba ella cada vez que veía el desastre que hacían con la comida.

Y un día, después de unos quince cocineros, cuando Sally iba a darse por vencida, apareció Boris. Y ya no se marchó.

Eso sí, las cosas habían cambiado, él tenía tres reglas y había que seguirlas.

Regla uno: La cocina es de Boris, solo de Boris.

Regla dos: En la cocina no se entra. Solo entra Boris.

Regla tres: Boris no trabaja de la cocina para afuera.

Y con eso, se había adueñado de la cocina.

Sally no tenía ninguna queja. Al principio discutieron un par de veces porque Boris cambió el menú, pero como la clientela aumentó, Sally tuvo que callar y dejarlo hacer.

Y hasta el día de hoy...

A Sally le había faltado el tiempo para devorar el plato de carne en salsa. Boris ni lo había probado. Como se pasaba todo el día entre comida, lo que menos le apetecía era comer.

Sally se levantó y volvió con unos botellines. Tras dejarlos sobre la mesa, volvió a atacar el plato de comida.

—¿Sigues sin comer? —preguntó Boris a Dina al ver que no tenía intención ninguna de hacerlo.

—Comeré algo en casa —bebió un poco de bebida energética.

—¿Tiene comida en casa? —preguntó Boris, mirando a su jefa.

—A lo que ella llama comida sí —dijo esta con la boca llena.

Boris miró a Dina con los ojos entrecerrados.

—Sobres de pasta rápida y latas de fruta en almíbar no es comida —bufó.

Era lo único que podía permitirse comprar antes y ahora.

Antes porque si compraba carne, era para su abuela.

Ahora porque ni siquiera se le ocurriría comprar carne ni nada caro, la residencia costaba mucho dinero y comer era secundario para ella. No necesitaba gran cosa.

—Ya me volverá el hambre.

—O ya te meteré la comida a la fuerza —le advirtió el cocinero y suspiró—. Vamos, corazón, solo queremos verte bien.

—Estoy bien, no os preocupéis tanto por mí. Solo necesito un poco de tiempo, me cuesta verla allí enchufada a una máquina.

Dina hizo un gesto con la mano, intentando no llorar.

Boris, mirándola con tristeza, cogió una de sus manos.

—Estamos aquí para lo que necesites. Contigo.

—Lo sé —ella sonrió, emocionada. A veces, en realidad casi todo el tiempo, la sacaban de quicio, pero sabía que podía contar con ellos incondicionalmente—. Y os lo agradezco.

—Pues deja la vergüenza y llévate a casa la comida que necesites.

—Sally... Sabes que no soy así.

—Pues deja el orgullo, entre nosotras no se necesita. No podré contratarte ni pagarte el sueldo que querría, pero un plato de comida siempre habrá para ti donde yo esté.

—No me hagas llorar —le advirtió.

—Y necesitas descansar.

—No, Sally —negó ella rápidamente.

—Al final enfermarás.

—Necesito currar. Necesito trabajar el doble que antes. Y necesito pasar menos tiempo en casa porque me cuesta ver que no está allí, conmigo... —los ojos se le llenaron de lágrimas—. La echo mucho de menos. Y hasta que me acostumbre a que ella no vive allí, si no en ese centro... Poco a poco o me volveré loca.

Su amiga cogió su otra mano y le dio un apretón, también emocionada.

—No creo que sea tan mala idea. ¿A los locos no les dan una paguita? —dijo seriamente, haciendo que su amiga y el cocinero soltaran una carcajada.

Entre lágrimas, las risas actuaron, durante un ratito, como medicina para el alma de Dina.

Alivio que duró poco porque cuando esa noche llegó a casa, volvió a venirse abajo al echar de menos a su abuela.

La realidad era un duro golpe para ella.

Un día después y no muy lejos de allí, en la decimoquinta planta de uno de los edificios de cristal de Manhattan, en pleno distrito financiero, Brent, con las manos en los bolsillos, miraba a la nada. La ciudad se presentaba ante él iluminada y majestuosa. Las vistas desde allí eran impresionantes a cualquier hora del día. Pero Brent no era consciente de ello.

Su mirada perdida. Su mente en otro lado.

—No me jodas.

Daniel Reed, Director de Operaciones de Corporación Harper, pestañeó varias veces.

Había leído el documento tres veces y aún no podía creérselo.

—¿En serio? —preguntó de nuevo, estupefacto.

—Sería más bonito imaginar que se trata de una broma macabra, pero no.

—Joder.

Brent se giró y lo miró.

—No me deja elección.

—Eso es evidente. Que perdió la cabeza también. ¿Quizás enajenación mental transitoria?

—¿Mi tío? —¿en serio?

—Por buscarle una explicación a por qué te ha jodido de esta manera.

Daniel tiró los papeles sobre el escritorio del CEO, frustrado.

—Sea lo que sea, no tengo salida.

Sacó las manos de sus bolsillos y se acercó al escritorio. Se puso bien la corbata, apretándola, cogió la chaqueta y se la colocó.

—Algo podremos hacer. Déjame hablar con los abogados, estoy seguro de que...

—¿Crees que no lo he hecho ya? ¿Crees que no he hablado con todos? —se abrochó la chaqueta— Solo tengo dos opciones. O hago lo que quería o pierdo la mitad de la empresa.

—¿Quieres decir que...?

—Que voy a casarme.

Pasmado, así se había quedado Daniel al escuchar esa afirmación. No pensó oírlo nunca, claro que nunca había imaginado que Anthony llegase a ese punto con su obsesión de ver a su sobrino sentar la cabeza.

Su fallecimiento los había tomado a todos por sorpresa. Hacía unos días que su amigo lo había llamado contándole la impactante noticia.

Estaba destrozado.

Y era normal. De repente, sin esperárselo, se había quedado solo en el mundo.

Después del impacto de la muerte de una persona que parecía estar sana y que aún no era tan mayor como para pensar en que dejase este mundo, ahora se encontraba con semejante sorpresa.

Era un sinsentido.

Anthony Harper adoraba a su sobrino. Había dedicado su vida a él y a esa empresa. Eran todo su mundo, había renunciado a tener una vida propia por ellos. Por eso no entendía cómo se la había jugado así.

Además, a última hora. Porque cambió el testamento la misma noche que murió.

—¿Vas a casarte? ¿Así, sin más? —Daniel se levantó rápidamente y siguió a su amigo, quien ya abría la puerta del despacho.

—¿Puedo hacer otra cosa?

—¿Negarte?

Eso no era una opción, ni por la mente se le pasó.

En ningún momento había pensado en poner en peligro lo que tanto le importaba.

Había pasado horas pensando, pero esa posibilidad ni siquiera se le pasó por la mente.

Brent resopló.

—No—no era una posibilidad. No iba a perder su empresa.

Salieron de la oficina, dirección al ascensor.

—Pues no sé.

—Tengo que casarme —no había otra salida.

—¿Supongo entonces que eso significará una unión con Bell? Ahora entiendo qué hacía él allí.

—¿Qué tiene que ver Bell? —pulsó el botón de llamada del ascensor.

—Si Anthony hizo esto, será porque era la única manera que encontró de verte emparentado con los Bell. Le deja, si no, su parte de la empresa a él. Blanco y en botella.

—¿En el testamento dice eso? —las puertas del ascensor se abrieron y Brent entró.

—¿El qué?

—Que tengo que casarme con la hija de Bell, que tengo que formar una alianza con ellos.

—No —el hombre de pelo castaño y ojos del mismo tono entró tras él—. Pero...

—Dice —lo interrumpió— que tengo que estar casado antes de un mes desde su fallecimiento y que esa parte de la empresa estará a mi nombre cuando cumpla un mes de casado. Mientras estará a nombre de mi mujer —torció el gesto al decir esas palabras.

Pulsó el botón del aparcamiento.

El ceño de Daniel, fruncido.

—Sí.

Las puertas del ascensor se cerraron.

—Pero no dice con quién debo casarme. Tampoco dice, en ningún sitio, que no pueda divorciarme una vez que ese mes de matrimonio se cumpla y que se me devuelva todo, ¿no? Como tampoco dice que ella no puede cederme durante ese mes de casados el control de su parte.

—¿Hablas de un matrimonio de conveniencia? —casi exclamó, ni se le había pasado por la mente.

—Hablo de un pacto.

Un pacto... Así suena mejor, pensó Brent.

—Un pacto... —pensando en ello, tenía todo el sentido del mundo— Es ilegal.

—Nadie tiene que saberlo, no tengo por qué contarlo. Para el mundo ese matrimonio será real.

—Siendo así, puede ser. ¿Pero seguro que no hay una cláusula que no lo permita? Porque me extraña que tu tío no haya pensado en esa posibilidad.

—No, todos los abogados de la empresa se han leído y releído el testamento y las condiciones. Brown me ha asegurado que no hay trampa.

—Entonces está claro que con Kelly no. Ni ella ni su padre aceptarían algo así. Ni sabiéndolo ni sin saber. Ya les prometieras parte de la empresa. No van a aceptar un matrimonio en esos términos y mucho menos un divorcio. Siendo claro, ni te devolverían la mitad de la empresa, ya que estamos. Una vez que se convirtiera en tu esposa y que se adueñara de parte de la Corporación... No echarías de aquí a Kelly ni a su padre ni con agua caliente.

—No lo dudes, la cara de Bell al salir de la lectura del testamento lo decía todo.

—No me extraña, creerá que ha ganado, que será Kelly. Por tu parte no cogería nada con la separación de bienes, pero la de tu tío sería suya sí o sí un mes. Y en un mes puede buscarse las vueltas para que lo que cojas tú como herencia sea una mierda —Dios, qué desastre.

—Por algo nunca pensé en ella —dijo con seguridad.

No se fiaba ni un pelo. Por más que ella vendiese la imagen de mujer enamorada, era todo un paripé.

Brent Harper, de tonto, tenía poco.

Durante el velatorio de su tío había intentado estar encima de Brent, habría sido así si él no hubiese mantenido las distancias.

Anthony y Bell se conocían desde hacía años y los dos habían querido siempre una unión de las familias.

Pero Brent no estaba por la labor. Y no entendía por qué su tío no respetaba su decisión y por qué se la jugó así en el último momento.

Es que, acaso, ¿no lo quería? ¿Valía más su cabezonería que él?

Porque no había tenido en cuenta sus deseos, solo lo que él consideraba mejor.

Algo que estaba bastante alejado de la realidad.

—¿Entonces alguna de tus amantes? —tenía unas cuantas. Si había alguien con mujeres en su vida que ocuparon solo ese puesto de una noche y poco más, ese era Brent Harper— ¿Alguna de tus amigas? ¿Quién aceptaría un trato así?

Las puertas del ascensor se abrieron en el aparcamiento. Salieron.

—No lo sé—salió del cubículo.

—Tiene que ser alguien a quien no le importen los negocios. Y que represente muy bien el papel porque, aunque solo sea por cuatro semanas, vas a tener a Stuart Bell pegado al culo intentando averiguar si ese matrimonio es real o no para impugnar el testamento y reclamar lo que es suyo.

—Lo sé, pero eso no ocurrirá.

—¿Entonces en quién piensas?

—Aún no me ha dado tiempo a pensar en ello.

—No es por presionarte, pero tampoco es que tengas mucho tiempo. Ya hoy tienes un día menos. Te dio un mes, así que te quedan ¿qué? ¿Treinta días?

Brent llegó hasta el coche, tenso. Pues menos mal que no iba a presionar.

—Sube y calla —refunfuñó al llegar al coche—. Quiero beber en paz —gruñó.

Aún no había asimilado la idea de que su tío, el hombre que lo había criado, ya no estaba. Menos aún terminaba de ser consciente en el lío en el que lo había metido antes de marcharse.

Había sido doloroso asistir a la lectura del testamento porque el simple hecho de hacerlo ya confirmaba lo que aún no quería asimilar: su tío ya no estaba y él se quedaba solo.

Como si con el dolor de la pérdida no fuera suficiente, llegó la parte de la sorpresa.

Todos sus bienes y sus propiedades le pertenecían, pero respecto a la empresa...

La mitad de las acciones de la Corporación Harper, de las cuales Anthony era propietario, no pasarían a su único familiar, su sobrino Brent Harper.

“Debe contraer matrimonio en el plazo máximo de un mes, un matrimonio que debe estar vigente y demostrar que conviven juntos cuando se produzca el traspaso de las acciones a nombre de Brent Harper. Mientras tanto, la heredera de la mitad de las acciones de Corporación Harper será su esposa.

De no llevarse a cabo mi última voluntad, mis acciones pasarán a pertenecer a Stuart Bell.”

Y se quedó tan pancho...

Brent se quedó de piedra.

Y Bell con una sonrisa en la cara.

—¿Pero qué demonios...? —miró al abogado.

Brown carraspeó al ver la mala cara de quien también era su cliente.

Cameron Brown no solo era el abogado de la familia y el principal de Corporación Harper. Era un gran amigo de Brent. Había sido como un hermano para Anthony.

El pobre jurista evadió la mirada de su cliente y se continuó con la lectura del testamento.

Al salir, Stuart Bell lo paró.

—Tu tío sabía lo que hacía —le puso la mano en el hombro a Brent y le dio un apretón—. Sé que aún es pronto, pero habrá que ir preparando la boda, ¿no crees?

—Ni lo sueñes —juró Brent, haciendo que la sonrisa le desapareciese del rostro.

Y se marchó.

—¿De qué va todo esto, Cameron? ¿Cuándo demonios cambió el testamento? —preguntó Brent al salir afuera del edificio y encontrarse allí al abogado.

—Después de tu visita, antes de morir. James me llamó, tu tío quería verme.

—No me lo puedo creer —Brent se pasó las manos por el pelo, frustrado.

—Me dijo que te dijera que lo perdonases y que ojalá entendieses sus razones.

—¿Sus razones? —bramó Brent, sin importarle si la gente que pasaba por allí lo miraba— Se ha

ido, me ha dejado solo de repente. Joder, ¡ni siquiera sabía que estaba enfermo!

—No dijo nada de los dolores que tenía, ni James sabía que lo pasaba tan mal —le recordó Cameron.

Así fue, se había callado y había sufrido en silencio siempre que podía. No había ido al médico, no se había hecho un chequeo que pudiese evitar...

Brent suspiró pesadamente.

—No entiendo por qué me hace esto. ¡Quiere regalar la empresa!

Cameron puso su mano en el hombro de su amigo y cliente.

—No es eso lo que escuchaste. Tampoco es tan grave. Te ha dejado opciones.

—¿Opciones? ¡¿Qué opciones?!

—La del divorcio para poder quedarte con la empresa.

Brent no había caído en eso, tan impactado estaba con la lectura del testamento.

Y seguía así horas después.

Por eso quería emborracharse. Sabía que no tenía tiempo que perder, pero necesitaba embotar su mente antes de pensar en lo que tenía que hacer.

Necesitaba alcohol para ello y para olvidar que volvían a abandonarlo, jodiéndole de esa manera.

“No me casaré con ella. Es más, no me casaré con nadie. Nunca.”

Esas fueron las últimas palabras que le había dicho a su tío. Un juramento que Anthony Harper se había encargado de que no pudiese cumplir.

¿Por qué? ¿No era suficiente con el dolor de su partida?

¿Tenía, también, que quitarle lo único que le quedaba y que le importaba?

Alcohol, Brent Harper quería mucho alcohol.

Para olvidar el duro golpe que había recibido.

Capítulo 6

¡Pum!

Un fuerte estruendo hizo que Dina despertase. Se había dormido tarde la noche anterior, le costaba conciliar el sueño.

Era lo normal, su abuela no estaba, la echaba de menos.

Pero quería pensar en que duraría poco, que pronto volvería a casa.

¡¡Pum!!

Otro golpe y Dina abrió los ojos. Volvió a cerrarlos con fuerza.

¿El suelo se está moviendo? ¡¿Un terremoto?! Porque no recuerdo haber bebido y estar borracha o tener resaca.

Para una vez que entro a trabajar más tarde y no tengo que madrugar...

—¡Dale fuerte! —gritó alguien en la calle.

¡¡¡Pum!!!

¿Pero qué...?

De un salto, Dina se levantó de la cama. Con los ojos como platos y asustada, se agarró a los muebles mientras sentía que toda la casa se movía.

Llegó, como pudo, hasta la ventana que daba a la calle principal y casi se le cae la mandíbula al suelo.

—¡¿Pero eso qué es?! —gritó.

En mi pueblo se le llama excavadora. Ya esa cosa con la bola negra... Ni idea, pero por lo que veo en las pelis, destroza una casa con solo rozarla.

¿Y quién demonios iba a querer derribar su casa?

¡Oh, Dios mío!

No podía ser, ¡no podían derribar su casa!

Temblando y tras pellizcarse en el brazo y darse cuenta de que aquello no era una pesadilla, que estaba bien despierta, abrió la ventana del dormitorio.

—Pero ¡¡¿qué hacen?! —gritó a pleno pulmón. Nadie la oía —¡Me cago en todo, que estoy aquí!

¡Paren! ¡¡¡Se han equivocado de casa!!!

¡¡¡Pum!!!

—¡¡¡Voy a morir!!!

Gritó con tanta fuerza que consiguió que uno de los obreros la escuchara.

—¡Parad las máquinas! ¡¡Abortad!! ¡¡¡Hay alguien!!! —vociferó.

Fue entonces cuando se hizo el silencio. Todos los obreros buscaron con la mirada al intruso. Varios pares de ojos se posaron en una aterrorizada Dina.

Su rostro era la viva imagen del horror. Y es que nunca había visto la muerte tan de cerca.

Triturada por una máquina de esas se había imaginado. Tenía que borrar esa imagen de su mente ¡ya!

Con la mano en el pecho, a punto de sufrir un paro cardíaco, Dina se dejó caer.

¿Pero para qué te escondes, “almacántaro”? ¡Van a seguir como no te vean!

—¿Señora? ¿Está usted bien? —gritó el obrero que había parado la obra al verla desaparecer.

Dina se incorporó de un salto.

—¿Bien? Han estado a punto de enterrarme viva entre escombros y ¡¿me pregunta si estoy bien?!

¡¿Pero se puede saber qué demonios están haciendo con mi casa?! —gritó.

Tan fuerte que a ver si no se había quedado afónica.

¡Para perder la voz estoy!, gritó en su mente.

Los trabajadores de la obra se miraban los unos a los otros. Con el rostro blanco por el miedo de haber hecho daño a alguien, el susto en todo su cuerpo.

—¿Qué hace ahí? —preguntó uno mirando a la loca chiflada con el pelo rubio y enmarañado que gritaba como una posesa.

—¡Y yo qué voy a saber! —gritó otro.

—Madre de Dios, ¡díganos que está bien! —exclamó otro.

Dina intentó volver a respirar con normalidad y a que su cuerpo la dejase hablar.

Los ovarios de corbata tengo, gimió mentalmente.

No era para menos, no...

Aún con el susto en el cuerpo, se pasó las manos temblorosas por el pelo y por la cara.

—Voy a salir, ¡no se muevan! —vociferó.

Para moverse estaban ellos, si temblaban igual o más que ella.

A Dina le flaqueaban las piernas, no supo ni cómo fue capaz de llegar hasta la puerta de entrada y salir.

—Señora...

Levantó la mano, mandando a callar al regordete obrero que se acercaba a ella.

El obrero se quedó mirando a la mujer que vestía con un pijama bastante pasado y que parecía que no se había peinado en días.

Era un desastre. Seguro que estaba loca de atar.

Una pena, porque guapa es, pensó.

Y menos mal que no lo dijo, porque lo que le faltaba a Dina era un comentario como ese.

—No quiero escuchar nada que no sea una jodida explicación sobre ¿por qué están intentando derribar mi casa?! —saltó y todo, con eso os podéis imaginar cómo de fuerte gritó— Que sé que es vuestro trabajo —intentó respirar de nuevo—. ¡Pero deberían echaros si ni siquiera sabéis qué tenéis que derribar! ¿No sabéis leer un mapa o qué? ¡Porque os habrán dado uno, ¿no?! ¡¡¡Partida de inútiles!!!

Ella no solía insultar, al anciano del “solo es agua” y porque se lo merecía. Como se lo merecía esa panda de ineptos.

¡Que casi la matan, por Dios!

—Señora, verá... —intentó hablar el jefe de obra.

Pero Dina tampoco lo dejó esa vez.

—Yo lo único que quiero ver es ¡cómo desaparecen! ¡¡¡A la de ya!!!

Hizo un gesto con las manos para que se largasen. Quería verlos desaparecer y tomarse tres tilas y dos Valium a ver si le iba el susto del cuerpo.

—Ya... Verá... —el hombre estaba sudando del agobio que tenía encima, ¡menudo susto!— A eso me refiero. Que va a ser imposible.

—¿Imposible? —el hombre asintió con la cabeza— ¿Qué es lo que va a ser imposible?

—A ver cómo se lo explico...

—Inténtelo.

—Es que creo que hay un error.

—Y tanto que hay un error —habló en tono fúnebre y miró al hombre con unas entradas que presagiaban calvicie con cara de asesina.

—Da miedo —cuchicheó otro de los obreros.

—Ya te digo —susurró otro.

—Lo que quiero decir, señora... Señorita —rectificó al ver cómo los ojos de Dina echaban fuego—. Lo que quiero decir es que no nos hemos equivocado. Que no fue un error.

¿Que no qué?

—¿Perdón?

—Verá... —otro carraspeo. Una iba a quedarse afónica por gritar y el pobre hombre iba a perder la voz al dañarse las cuerdas vocales con tanto carraspear— Que esta es la casa que tenemos que derribar.

Ahí sí que Dina se quedó sin voz, pero porque no fue capaz de articular sonido.

Abrió la boca varias veces, volvió a cerrarla. Los ojos abiertos de par en par. Su cabeza moviéndose de un lado a otro mientras negaba.

¿De qué demonios estaban hablando?

Mientras Dina intentaba asimilar las palabras de ese hombre, el jefe de obras dio algún que otro paso atrás, sacó el móvil y llamó.

—¿Sí? —preguntó una voz al otro lado de la línea.

—Verá, señor. Creo que tenemos un problema.

Capítulo 7

—Maldita sea —Brent se sentó en la silla, dejó caer la cabeza hacia atrás y resopló—. ¿Desde cuándo me da resaca?

—Desde que eres viejo, la edad no perdona —Daniel entró en el despacho sin tocar.

La puerta estaba abierta, así que...

—Pues tienes la misma que yo, así que no me hagas creer que estás como una rosa —miró detenidamente a su amigo mientras se acercaba a él y vio las ojeras negras que lucía—. Vale, también estás hecho una mierda.

Sonó satisfecho, porque lo estaba.

Sí, tenía muy mala cara. Además, lucía enfadado.

Seguro que no era solo él quien sufría ese martilleo en la cabeza. Si bebieron los dos, resaca para los dos.

Las cosas eran más fáciles de sobrellevar cuando se compartían.

—Más mierda de lo que vas a dejar a alguno te aseguro que no.

Brent frunció el ceño.

—¿De qué hablas? ¿Qué ha pasado?

—Me ha llamado Price, le ha llamado el jefe de obras que lleva la demolición de Brooklyn.

—¿Y?

—Y han estado a punto de derribar la casa con una mujer dentro de ella.

Brent no sabía qué esperaba escuchar, pero aquello no. Se levantó como un resorte, cogió la chaqueta y salió de allí.

—¿Una mujer? ¿Qué mujer?

—No tengo ni idea —caminó al lado de su jefe—. Pero imagina el susto de los obreros y de la mujer.

—Dile a Price que lo quiero en mi oficina cuando vuelva, ¡con su maldita carta de dimisión!

—exclamó, asustando a Lizz.

Daniel ni se inmutó, lo conocía bien y conocía sus prontos.

—Sí, señor —tartamudeó la pobre Lizz que, aunque hacía tiempo que trabajaba para su jefe, nunca

lo había visto así.

Daniel, sin embargo, lo había visto aún peor. Estaba curado de espanto.

—¿La mujer está bien?

—Sí —confirmó el Director de Operaciones—. No ha ocurrido nada —llamó al ascensor.

—Y habrá que agradecerse y todo —la ironía en la voz de CEO, se refería al responsable de la obra—. Llama y diles que no muevan ni una pestaña hasta que lleguemos.

—Ya lo hice —Daniel eficiente. Entraron en el ascensor y pulsaron el botón de bajada. La puerta se cerró. —. Espero que también puedan parar los gritos de la mujer y que aquello no se llene de policías y de periodistas. Y me adelanté, avisé a Price y le advertí que no apareciera por allí.

Más que nada porque podía salir degollado.

—Maldito idiota. Quiero su cabeza en bandeja de plata —gruñó Brent.

¿Veis? No iba muy desencaminado el hombre. Si es que lo conocía mejor que nadie.

—¿Sabemos quién es?

—¿El idiota? Price.

Brent rodó sus ojos.

—La mujer, Daniel, me refiero a la mujer.

—Ah, no. Pero por lo que me han dicho, debe de ser la antigua dueña de la casa.

—¿Por qué sigue ahí?

—No lo sé. Debería de haberse marchado hace tiempo.

—Joder —resopló.

—A todo esto, ¿tienes la lista?

Brent entornó los ojos.

—¿Quieres que pida también tu cabeza? —gruñó.

—No lo harías, me la cortarías directamente.

—Mira, ahí le has dado.

—En el clavo, ¿eh? —sonrió, intentando cambiar el tema de conversación para que a Brent no le diese por boxear con algunas cabezas— Por algo he llegado lejos.

—Más lejos vas a llegar de la patada en el culo que te voy a dar si vuelves a nombrarme esa lista en todo el día.

Salieron del ascensor.

—Como si fuera mi culpa. Que el que hizo el testamento no fui yo. Ni el que tiene que casarse. Encima que intento ayudar —suspiró.

— Ayuda. Cerrando el pico.

Daniel le quitó las llaves del coche cuando Brent las sacó del bolsillo del pantalón.

—Por ahora ayudaré a que llegemos ilesos —no iba a dejarlo conducir ni de coña—. Vamos en mi coche.

Brent no protestó. Lo único que quería era llegar a Brooklyn lo más rápidamente posible.

—Señora... ¿Qué hace? —preguntó el jefe de obra, no queriendo imaginar que fuera a hacer eso.

Todos los obreros esperaban juntos la llegada de su superior. Sentados en la acera y en el bordillo de la carretera, aguardaban a que llegase quien les dijera qué hacer.

Mientras tanto, Dina estaba haciendo de las suyas.

Entró en la casa a toda prisa y rebuscó en su baúl.

—Aquí están —dijo al encontrar lo que buscaba.

Los obreros estaban alucinando, no se podían creer lo que veían.

—¿Acaso no es evidente? —preguntó ella. Con unas posturas algo extrañas, consiguió su objetivo — ¡De aquí no me echa nadie!

El pobre hombre miró al cielo, pidiendo ayuda. Sí, había hecho exactamente eso que no pensó que haría.

¡Se había esposado al poste de la luz del jardín!

—Señora...

—¡Es mi casa! ¡¡¡No me moverán!!!

—¿Quiere hacer el favor de no gritar?

—¿Que no grite? —los ojos de Dina abiertos de par en par— ¡¿Que no grite?! ¡¿También me va a decir cuándo puedo gritar y cuándo no?! —ahí, a todo pulmón para que la oyese todo el barrio.

Lo de ese hombre ya no era sudar, el pobre era un charco andante.

—Mi jefe viene en camino y hablarán.

—¡De mi casa no me echarán! —gritó de nuevo.

Y le importaba muy poco si pensaban que estaba loca. Con la situación que estaba viviendo, era para estarlo.

Se sentía desesperada, no sabía qué hacer.

Cuando el jefe de obra le aseguró que se paralizaba todo hasta que su jefe llegase, Dina corrió dentro de la casa. Se cambió de ropa, quitándose el viejo chándal que usaba de pijama.

Una duerme como un mendigo, había pensado muchas veces, riéndose por ello. Pero esa vez le hizo de todo menos gracia.

—Ahora entiendo por qué las madres se preocupan tanto en que sus hijos lleven la ropa interior limpia y los calcetines sin agujeros —murmuró mientras se vestía.

Las pobres madres debían de estar siempre temerosas de que su hijo o su hija sufrieran algún tipo de percance y que los viesen de esa manera.

Mientras buscaba las esposas, encontró una carta que había recibido tiempo atrás y que no había, ni siquiera, abierto. Y se dio cuenta de que venía de parte de un bufete de abogados.

La abrió a toda prisa y leyó. Le comunicaban que había sido desahuciada y que tenía que abandonar la casa.

Ha sonado como en Gran Hermano, ¿verdad?

¡Malditos hijos de... piiiiiii!

Los de Gran hermano no, por Dios. Es que a veces se me lían todo y me pierdo narrando.

Volviendo a la historia que nos ocupa...

Dina sabía que debía dinero, sí. Y siempre había avalado con la casa que su abuela había puesto a su nombre años atrás, dejándole la herencia en vida.

Las cosas no habían ido bien, no siempre había podido pagar, así que la deuda había seguido aumentando. Ella pagaba todo lo que podía, pero...

Joder, nunca imaginó que pudiera perder la casa por eso y ¡menos de esa manera!

¿Eso era, siquiera, legal?

Dina no tenía ni idea y tampoco podía pagar los servicios de un abogado.

Con la carta en las manos, llamó a su amiga y le contó la situación. Sally iba a llamar a un primo suyo jurista para preguntarle de camino que iba a ofrecerle apoyo a su amiga.

Moral y físicamente si hacía falta, porque la mujer iba a salir del bar con un cuchillo jamonero en la mano.

—Pero ¿qué haces? —le preguntó Boris al verla.

Sally le explicó atropelladamente lo sucedido. Entonces Boris no solo le permitió llevarse el cuchillo jamonero, sino que, además, él fue a por otro. Y como solo tenían uno, pues cogió el que se usaba para trocear carne.

Estaría preparado por si había que cortar algún que otro pescuezo.

Dina hizo venir a Harry sin importarle si seguía de baja o no y lo dejó a cargo de todo. En un momento así, tenía que dejar todo e ir a ayudar a su amiga.

Amiga que hacía lo que podía por evitar que la echasen de su casa.

Capítulo 8

Cuando Brent llegó a Brooklyn, lo último que se imaginaba encontrar era aquello.

Daniel aparcó el coche y ambos bajaron rápidamente. Para su fortuna, no había ni policías ni cámaras. Pero sí empezaba a haber gente curioseando.

—Joder. No tengo ganas de ser noticia por algo así —gruñó Brent.

—Intentaré que se larguen. ¿El jefe de obras? —le preguntó a uno de los trabajadores que estaba sentado en la acera, delante de la casa.

—En el jardín —respondió este.

—Bien —Brent ya se dirigía hacia allí, Daniel comenzó a dar órdenes—. Hagan como los que vuelven al trabajo, llaman la atención si están parados y no queremos eso, ¿verdad?

—Como mande, señor.

—¿Adivino que el jefe de obras está con la mujer? —preguntó el COO.

—Adivina bien —resopló.

—Háganme caso y hagan como si no ocurriese nada.

—Sí, señor.

Dejando a los obreros cumplir con su parte, siguió a su amigo.

Brent Harper no era un hombre que soliese sorprenderse por nada. Había visto de todo en la vida, así que pocas cosas había que pudiesen dejarlo estupefacto.

Al menos eso era lo que él pensaba hasta que ese día, al poner un pie dentro del jardín delantero de la casa en discordia, lo primero que vio fue a una mujer...

—¿Está encadenada? —preguntó Daniel, ya a su lado.

Al escuchar voces, Dina levantó la cabeza y abrió los ojos. Los había cerrado intentando calmarse, pero no había sido de mucha ayuda.

Y lo primero que vio fue unos impresionantes ojos negros sobre ella.

—Esposada. Se ha esposado al poste de la luz —suspiró el jefe de obras, después de preguntarse por qué iban los jefazos hasta allí en vez de su superior.

No es tu problema, pensó. Tú trabaja, cobra y ya.

—¿Qué hace un poste de la luz en medio de un jardín? —preguntó Daniel.

Carl, como se llamaba el obrero, se encogió de hombros.

—A saber... Pero en los planos no aparece.

Brent miró alrededor, echó un vistazo rápido para evaluar los daños y volvió a poner sus ojos sobre esa mujer.

Con el pelo rubio recogido en una cola alta, su rostro levantado e inclinado, mirándolo con altanería.

Brent, sin saber por qué, tuvo ganas de sonreír.

No perdió la oportunidad de mirarla de arriba abajo.

Vaya, pensó. E ignoró la inmediata reacción de su cuerpo a lo que estaba viendo.

No era a alguien así a quien esperaba encontrar en un lugar como ese, tan... No es que estuviera en ruinas, pero la casa era bastante vieja y para que luciese bien había que echarle mucho dinero.

Derribarla y construir otra.

Al menos era esa la impresión que daba desde fuera. De ahí su sorpresa al encontrarse a una mujer como aquella en un lugar como ese.

Dina, nerviosa por el repaso al que la había sometido el alto ejecutivo de pelo y ojos negros e ignorando el escalofrío que recorrió su cuerpo, observó, también, al otro hombre.

Un poco más bajo, menos imponente.

Menos guapo también, porque el moreno está cañón.

Dina cerró los ojos una milésima de segundo. Jodida voz...

¿Qué le importaba a ella eso? Por cierto, ¿quiénes eran? ¿Los jefes?

Si era así...

—¡Es mi casa! ¡¡¡No me moverán!!! ¡De mi casa no me echarán! —gritó de nuevo, ignorando a ese par de ejecutivos que tenía frente a ella.

Demasiado cerca.

—¿Quiere hacer el favor de no gritar? —se notaba que Carl estaba un poco desesperado. Pobre hombre.

—Ha estado a punto de matarme, ¡¿cómo no voy a gritar?! —

Indignada de la vida.

—No exagere, mujer.

—¿Qué yo qué? —Dina alucinaba— ¡Pero si casi me convierte en tortilla con la maldita bola del cacharro ese! —gritó.

Brent quiso reír. Otra vez. No lo hizo.

Daniel no pudo evitarlo, rio. E ignoró la mala mirada de su jefe. Su problema si no le hacía gracia, a él sí.

No la situación, que no era para reírse. Pero la mujer era cómica. Además de preciosa.

Dina no sabía por qué se reía, pero a ella no le hacía ninguna gracia todo aquello.

Miró malamente al sonrisas y después al hombre serio que permanecía a su lado. Mirándola de esa extraña manera.

Frío.

—Supongo que es la antigua dueña de la casa. ¿Dina Ellis? —preguntó Daniel.

Mientras iban en el coche, habían hecho un par de llamadas.

Dina volvió la mirada hacia el otro hombre, el menos imponente. Negó efusivamente con la cabeza.

—Ah, ¿no? ¿Entonces quién es? —quiso saber él.

—Dina Ellis.

—Pues lo que dije.

Y una mierda, eso no era lo que había dicho.

—¿No? —insistió Daniel.

—No. Dueña de la casa, ¡no antigua dueña de nada! —exclamó.

Daniel enarcó las cejas, iba a sonreír de nuevo.

Brent, como pudo, se mantuvo impasible. Pero le estaba costando lo suyo, ¿eh?

Dina paseó la mirada entre ambos hombres. Desde el que dialogaba hasta el del rostro impertérrito.

A quien miraba poco porque la ponía nerviosa.

—Señora... —Dina carraspeó y Daniel hizo lo mismo— Señorita Ellis —rectificó—. Mi nombre es Daniel Reed, Director de Operaciones de Corporación Harper.

Entonces no es el jefe. ¿Quién es el otro? ¿Lo será él?

No creo. Habría actuado como tal, ¿no? Y más bien parece un subordinado ahí parado un poco

atrás del Director de Operaciones.

—¿Y?

—Este terreno pertenece legalmente a Corporación Harper.

Pues no lo va a presentar. Quizás su asistente, por eso está tan callado.

—Eso no...

—No sé por qué se empeña en decir que esta es su casa.

Dina resopló antes de exclamar.

—¡Porque lo es!

—Hace tiempo que tenía que haberla abandonado, la propiedad estaba embargada y nosotros la adquirimos —a Dina iba a darle algo—. Todo esto es nuestro. Siento todo esto, pero le agradecería que se marchase sin oponer resistencia, será lo mejor para todos.

—¿Lo mejor para todos? ¿Lo mejor para quién? Me echan de mi casa, me quieren dejar en la maldita calle. ¿Y me está diciendo que es lo mejor? ¿Lo mejor para quién?! —estalló— Joder. Es su casa, adora esta casa. Quiero que vuelva aquí cuando se cure—gimió cuando las lágrimas salieron de sus ojos.

Toda la tensión convertida en gotas de agua salada. Y es que la angustia que había vivido desde que abrió los ojos derrumbaría a cualquiera.

Daniel no sabía qué decir.

Brent otro tanto de lo mismo. Solo podía mirarla.

Toda la seguridad de la que había hecho gala hasta ese momento, había desaparecido en cuestión de segundos. Sus ojos, esos que antes echaban chispas, ahora estaban empañados por las lágrimas.

De un azul más brillante.

Y se posaron sobre él. De nuevo.

—Por favor...

—¿¡A quién hay que matar?! —el grito de Sally interrumpió a Dina.

Cuchillo jamonero en mano, la pequeña mujer acompañada de un hombre alto con un gorro de cocinero en la cabeza y con otro cuchillo en la mano, anunció su presencia a gritos.

Se pararon uno a cada lado de su amiga y levantaron los cuchillos, amenazantes.

—Dios... —suspiró el jefe de obras al ver el panorama.

—A Dios y a San Pedro vas a ver pronto como le hagas daño —advirtió Sally, a nadie en particular. Mirando al obrero y a esos dos...— ¿Quiénes son estos buenorros? —preguntó en lo que intentó ser un susurro.

Que no lo fue.

Daniel sonrió. Brent se mantenía impassible.

—Sally —suspiró Dina.

Ni en un momento así...

—No lo sé, pero me quedo con el que sea —murmuró Boris, dándoles un rápido repaso a los dos.

Dina gimió. Con ellos no se podía...

—¿Habéis venido a ayudarme o a babear? —gruñó Dina. Sus amigos ni la escucharon, seguían embobados con el panorama que tenían delante— ¡Hacedme caso! —exclamó.

—¿Qué? —preguntó Sally.

—Ah, ¡sí, claro! —Boris...

Los dos a la vez, saliendo del estupor. Blandiendo, de nuevo, los cuchillos.

—¿A quién hay que desnudar? —Dina abrió los ojos como platos al escuchar a Sally— ¡Digo, desnucar! No desnudar, ¡desnucar! De romper el cuello, quiero decir.

Roja, Dina se puso roja al escuchar a su amiga.

¿Para qué la llamaste?, preguntó la voz de su cabeza.

Eso mismo me pregunto yo.

—Daniel Ellis, Director de Operaciones de Corporación Harper —se presentó riendo.

Todo aquello era surrealista, ni en una película.

—Ahora son los dueños de mi casa.

—Eso aún no es así —dijo Boris rápidamente—. Su primo —señaló a su jefa—, que es abogado, tiene que mirar...

—El terreno pertenece a Corporación Harper —dijo Daniel, sin asomo de dudas. Muy serio—. Su primo y cualquier letrado le dirá lo mismo. Como cualquiera le dirá que puede interponer todas las demandas legales que quiera que ninguna será llevada a trámite. Les juro que no les miento —suspiró—. Imagino que todo esto es difícil para usted —volvió a centrarse en Dina—, a nosotros tampoco nos está gustando vivir una situación así. Pero esta propiedad es nuestra y están infringiendo la ley. Se llama allanamiento de morada.

—¡Morado lo voy a dejar a usted! —exclamó Sally, enfadada al oírlo.

—Señora... —bufó el jefe de obras.

Qué gente, por Dios.

—De verdad que lo sentimos, pero las cosas son así. Podemos llamar a las autoridades y la echarán en cuestión de minutos.

—Será... —a Boris le estaba entrando de todo por el cuerpo.

—Pero no queremos llegar a eso. Y como entendemos su situación... —miró a Brent de reojo. Este asintió con la cabeza, sabía lo que iba a decir y lo aprobaba. Fueron unos gestos que pasaron desapercibidos para los demás, pero no para ellos dos. Volvió a posar la mirada sobre Dina—. Pararemos las obras un par de días para que pueda recoger sus cosas. Pero no podemos hacer mucho más. Ya eso nos supondrá tener que soltar una elevada cantidad de dinero —Daniel suspiró—. Créame, lo siento, no podemos hacer más —era la verdad.

Ni él ni nadie podía disfrutar viendo cómo la gente sufría.

Los ojos de Dina, de nuevo, rebosantes de lágrimas.

Sus amigos la miraron, la tristeza en sus ojos. ¿De verdad era aquello así? ¿Se había quedado sin casa? ¿De verdad no podían hacer nada por evitarlo?

—¿Entonces de verdad quiere decir que tiene que irse? —Boris, triste.

—En dos días derribaremos la casa. Y si sigue aquí, entonces será la policía quien la eche —la seriedad en la voz de Daniel.

Con los ojos anegados en lágrimas, Dina los cerró unos segundos antes de posar su mirada sobre Brent.

Él la miraba en silencio. Parecía frío.

Insensible.

Y sin decir nada, se giró y se marchó.

—Dos días —repitió Daniel antes de seguir a su jefe.

Dina miró cómo esos hombres desaparecían. Los otros dos también lo observaron.

—Qué culo —murmuró Sally.

—¿Cuál de los dos? —preguntó Boris, embobado.

—Los dos, los dos —gimió su jefa.

Dina puso los ojos en blanco y suspiró.

—Mierda de vida —gruñó.

Sus amigos volvieron a la realidad al escucharla.

—Cariño, no los creas. Seguro que podemos hacer algo.

—No —Dina miró a Sally—. Tiene razón, he perdido. Yo... —tragó saliva, se sentía derrotada—
No imaginé que esto pudiese pasar —volvió a llorar.

—Ay, cielo —Boris la intentó abrazar, pero fue imposible—. Vamos dentro, te prepararé un té y veremos qué podemos hacer.

Con eso hay otro problema, pensó Dina.

Entraron en la casa y se extrañaron al ver que Dina no los había seguido.

Se asomaron a la puerta y miraron a Dina. Bajaron la mirada hasta su cintura.

Dina esperó pacientemente a que los “pocas luces” tuvieran un momento de inspiración. O simplemente le preguntaran por qué demonios no se movía.

Boris abrió los ojos como platos. Lo había entendido.

—¿Te has atado?! —exclamó Boris.

Sally corrió a ayudar a su amiga.

—Lo que es peor, ¡se ha esposado! Esta chica... —suspiró— Dame las llaves —ordenó.

Dina carraspeó. ¿Cómo iba a dárselas?

—Que nos des las llaves para... —Boris puso los ojos en blanco. Lo había entendido, de nuevo—
¿Dónde están las llaves?

Dina miró alrededor, evitando las miradas de sus amigos.

—Dina... —le advirtió el chef.

—No lo sé —reconoció ella.

Dejando a los otros dos alucinando.

Ay, Dina, como si no tuvieras suficientes problemas en la vida, ¡ahora esto!

—Olvida el té. Necesito alcohol, ¡mucho alcohol!

A ver si se emborrachaba, perdía el conocimiento y cuando volviese a despertar, todo aquello no era más que una pesadilla.

Una horrible pesadilla.

Un extraño sueño era lo que había tenido Brent esa noche. Tan extraño que del susto que se llevó, se cayó de la cama.

¿Sueño que no pesadilla?

Bueno, depende de cómo se mire. Porque la parte en la que la desnudaba y acariciaba su blanca piel con las manos... Esa parte en la que él se colocó encima de ella, su sexo húmedo comenzó a abrirse cuando él empezó a entrar en su cuerpo.

Gimiendo.

Mirándola, embobado, mientras la hacía suya.

A su mujer.

Joder, ¡a la mierda el erotismo! Estaba casado y amaba a su mujer.

Eso era una pesadilla, ¿no?

Fuese lo que fuese, se despertó, alarmado.

Y con una erección de caballo.

Acojonado, mejor decir que se despertó acojonado. Cómo no hacerlo si en su sueño él estaba nada más y nada menos que felizmente casado.

¡Felizmente casado!

Y por si eso no fuese ya bastante alucinación, para colmo, su esposa era la loca que se esposaba a postes de la luz en casas que no eran suyas.

¡Por favor!

¿Se podía ser más demente?

Aunque pensándolo bien...

Cogió el teléfono y llamó.

Daniel buscó a tientas hasta que encontró el móvil encima de la mesita de noche. Abrió uno de sus ojos lo necesario para poder ver quién llamaba.

Estuvo a punto de colgar e ignorarlo.

Pero su conciencia era demasiado buena amiga y se preocupó rápido al ver el nombre de su amigo a esa hora de la madrugada.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? —no pudo evitar sonar, él también, preocupado.

—Tengo una pregunta.

—¿Eh? —intentaba espabilarse y no dormirse.

—¿Hay una mejor manera de organizar un matrimonio por conveniencia que con alguien que no conoces?

Daniel tardó en asimilar la pregunta de Brent.

Más que pregunta...

Sí, lo sabemos. Encubría una afirmación.

Cuando Daniel fue consciente del significado de esas palabras, abrió los ojos de par en par y en esa ocasión fue él quien se cayó de la cama.

—Auch —joder, pues sí que estaba duro el suelo— ¿De qué demonios estás hablando? —gruñó.

—Escúchame, Daniel. Creo que tengo la solución a mi problema.

De psiquiátrico, de verdad que su jefe no podía estar más ido. Necesitaba una camisa de fuerza. Eso fue lo primero que pensó Daniel.

De todas las posibilidades...

Aunque pensándolo bien...

No. No pensándolo bien ni leches. ¡Eso era una locura!

¿Seguro que lo es?

Esas preguntas que hacían dudar de que aquello fuera una locura iban a marcar el inicio del resto de la vida de Brent Harper.

Y de alguien más.

Capítulo 9

Daniel estaba sentado, sus brazos cruzados, su ceño fruncido mientras miraba a su amigo.

Brent, de pie, con las manos en los bolsillos, dándole la espalda a Daniel y mirando, sin ver, a través de la enorme cristalera de la decimoquinta planta del edificio de oficinas donde trabajaba.

—Me golpeé el culo al caerme de la cama por tu culpa.

Brent dejó a un lado sus pensamientos, pero mantuvo su postura.

—Aja...

—Lo que quiero decir con eso —fue a explicar ya que su jefe parecía no hacerle ni caso— es que si yo me golpeé el culo, seguramente tú te golpeaste la cabeza y de ahí todo lo que me soltaste anoche.

Habían estado al teléfono como una hora y por culpa de todo aquello, Daniel ya no pudo conciliar el sueño.

Así que ahí estaba, en la oficina de su amigo para ver si podían hablar de nuevo del tema y entender mejor la locura que se le había ocurrido.

—Sigo pensando igual.

—Porque los efectos del golpe aún te duran, seguro.

Brent sonrió. Se giró y miró a Daniel.

—¿Crees que es una locura?

—No lo creo, lo sé.

—¿No es una locura, ya de por sí, el tener que casarme para conservar algo que es mío? ¿No es locura el que mi tío me esté obligando a casarme sabiendo que no hay nadie con quien quiera hacerlo? ¿Alguien que, además, será dueña de la mitad de mi empresa durante ese mes? Joder, o casarme en contra de mi voluntad o perder lo que me pertenece.

Daniel suspiró. Claro que era una locura.

—Pero no por eso...

—De todas formas, tendré que casarme con alguien a quien no quiero —se encogió de hombros—. ¿Qué más da quién sea?

—Joder, claro que da. Ya que tienes que hacerlo, qué mejor que con alguien que conozcas. ¿Qué

sinsentido es hacerlo con una desconocida? Y no me vale con esto.

Brent había llamado a su abogado después de colgarle a Daniel y le había ordenado investigar rápidamente a Dina Ellis.

No tenía antecedentes legales, que era lo más importante. Sí muchas deudas, seguramente muchas más de las que le había dado tiempo a Brown de conocer. Pero él ya imaginaba eso...

El asunto del internamiento de su abuela y los gastos que eso acarrearía sería un punto a su favor.

Y aunque le faltaban muchos detalles por conocer, no importaba. Con lo que sabía era suficiente para seguir adelante. Y si había algo más, se enteraría en las próximas horas.

Recordando la pregunta de Daniel, Brent se encogió de hombros.

—Ya te lo expliqué. Hará menos preguntas. Molestará menos. Yo gano. Ella ganaría bastante con el trato y lo necesita. Ya conoces la situación de su abuela. Ya viste dónde vive y los problemas económicos que tiene. Ganamos ambos, ¿no? Y ni me conoce. Es mejor opción que hacerlo con alguien que quiera más que una farsa, que es lo único que puedo ofrecer —Brent solo veía ventajas—. Anoche no te pareció tan mala idea.

—Anoche estaba medio dormido.

—No es mala idea. Solo será un mes.

Daniel resopló.

—En realidad no lo es. Pensándolo fríamente y con tus argumentos, lo veo lo más lógico.

—¿Pero?

—Pero...

Daniel resopló. Los peros que podía ponerle ya se los había rebatido Brent.

—Haré lo que sea por mantener mi empresa. No la perderé por nada del mundo.

Su amigo asintió, lo entendía.

Como entendía otras muchas cosas de las que había preferido no hablar hasta el momento.

Daniel no tenía ni un pelo de tonto y si había alguien en el mundo a quien él conocía bien era a Brent. Su jefe podía engañar a cualquiera, pero a él no.

Y estaba obviando una razón muy importante que lo había llevado a tomar esa decisión.

—Pero hay algo que me preocupa.

—¿El qué?

—Que de todos los argumentos que me has dado, te has callado el más importante.

Brent frunció el ceño.

—¿Y cuál, según tú, es?

Daniel se levantó, se acercó a su amigo y se paró frente a él.

—Que te intrigó esa mujer.

Brent rio.

—¿Y eso te preocupa?

—Hay muy poca gente que llame tu atención, menos aún si son mujeres. Pero ella...

Brent enarcó las cejas, divertido.

—¿Ella? —lo instó a seguir.

—Solo espero que con esto no estés cavando tu propia tumba. Porque de ser así, me reiré toda la vida —sonrió, luciendo emocionado porque aquello sucediese.

Brent bufó.

Ese chico...

—Lo siento, no te daré semejante alegría.

Puso la mano en el hombro de Daniel y le dio un par de golpecitos antes de ir a sentarse tras su escritorio.

—Veremos... —la curiosidad mató al gato— Por cierto, ¿cuándo la veremos? A la loca del poste, quiero decir —Brent lo miró con ganas de asesinarlo y Daniel rio—. Relájate, aún no es tu mujer. Si acepta serlo.

Brent lo miró con cara de suficiencia.

Por supuesto que aceptaría.

—Lo hará. Créeme que lo hará —y sonó a juramento.

Porque él ya había decidido que sería su mujer y así iba a ser.

Había estudiado todos los pros y los contras. Había muchos pros y casi ningún contra.

Así que solucionado.

Iba a casarse con Dina Ellis e iba a recuperar la empresa.

Ahora solo quedaba convencerla a ella. Pero eso sería fácil, ¿verdad?

Capítulo 10

¿Fácil?

Una mierda iba a ser fácil.

Qué ingenua era...

El día anterior, después de unas cuantas cervezas en la cafetería mientras ayudaba a servir cafés porque ella no podía quedarse quieta ni cuando la habían desahuciado y después de estudiar junto a sus amigos y de confirmar por parte del abogado “primo” de Sally (entre comillas porque primos serían sus antecesores diez generaciones atrás, solo compartían el mismo país de procedencia).

Por dónde iba, que me pierdo...

Después de confirmar que el Director de Operaciones de Corporación Harper tenía razón y que Dina no podía hacer nada para evitar quedarse en la calle (la verdad era que lo estaba desde hacía un tiempo), Dina, tras aceptar la ayuda de su amiga que le ofrecía su casa el tiempo que necesitara, decidió empacar cuando volvió de visitar a su abuela en la clínica.

Solo lo necesario. Mi vida tiene que caber en una maleta.

Eso había dicho. Y pensaba ella que iba a ser fácil.

Yo más que ingenua la calificaría de otra manera más dura, pero bueno.

La cuestión era que Dina estaba en mitad del que ya no era su dormitorio, con las manos en las caderas y mirando alrededor. Había llenado una maleta y aún no había metido ni toda la ropa.

Y claro, ¿qué iba a hacer ella con sus cosas? Porque tenía más de las que imaginaba. Joder, que aquella era su casa, había vivido toda su vida ahí.

No podía llevárselas a casa de Sally. La casa de su amiga no era demasiado grande, vivían sus hijos y su pareja allí. Ahora se les unía Dina y tampoco podía meter allí todo.

Le había dicho a Sally que se acercase para mirar qué necesitaba, seguro que algo podían aprovechar.

La casa de Dina estaba anticuada tanto por fuera como por dentro, pero algo podría reutilizarse.

Pero ¿qué iba a hacer con todo lo demás?

No tenía ningún sitio donde guardar las cosas, nadie con un cuartito para prestarle.

Tantos recuerdos que acabarían dentro de la pala de una excavadora...

—También te he fallado en esto, abuela. Ni tu casa he podido mantener. ¿Adónde te llevaré cuando salgas?

Con los lagrimones cayéndole por las mejillas, sacó el móvil del bolsillo de su pantalón vaquero y aceptó la llamada del número desconocido.

—¿Sí?

—¿Señorita Ellis? ¿Dina Ellis?

Esa voz...

—Sí, soy yo. ¿Con quién hablo?

—Soy Daniel Reed, Director de Operaciones de...

—Corporación Harper —dijo ella a la vez que él.

Daniel rio.

—Veo que se acuerda de mí.

—Cómo olvidarlo... —resopló.

Dina escuchó cómo sonreía. Y Daniel lo hacía.

—Siento molestarla.

—Tranquilo, mañana estaré fuera de aquí. No necesita controlarme. Por cierto, ¿de dónde sacó mi número?

Si supiera todo lo que conocía Brent sobre ella con una simple llamada... El número de móvil era una nimiedad.

—No la llamo por eso —ignoró el tema del teléfono móvil—. Mi jefe quiere hablar con usted.

—¿Su jefe? ¿Conmigo?

—Así es.

Dina resopló.

—¿Y para qué demonios quiere hablar conmigo?

—Verá...

Era una pregunta retórica, Dina no esperaba ninguna respuesta. Es más, ni siquiera tenía que haberla pronunciado en voz alta.

—Señor Reed —no lo dejó hablar—. De verdad, no voy a causarles problemas. Ayer me cogió desprevenida todo esto, pero no tengo ganas de acabar en el calabozo. Bastantes problemas tengo

en la vida como para añadirme uno más. Así que dígame a su jefe que no se preocupe, que me iré de la casa antes de que termine el día. No hay nada más de lo que tengamos que hablar.

—Le agradezco que no ponga impedimentos y que esté tan decidida a abandonar la casa.

—Y estoy muy liada con eso, así que... —iba a colgarle.

—Quiere verla. Y si de verdad le importa esa casa, yo de usted, vendría.

Dina se quedó quieta, su ceño fruncido.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Le acabo de mandar la dirección de la empresa por mensaje de texto. No tarde, puede que no todo esté perdido.

Y fue él el que colgó, dejando a Dina con la palabra en la boca.

¿Pero qué...?

¿Qué había querido decir con eso?

“Si de verdad le importa esa casa...”

¿Cómo demonios no iba a importarle si había vivido ahí casi toda su vida? Y sí, era un lugar viejo, bastante. Pero entre esas cuatro paredes, ella había sido muy feliz.

Tenía tantos recuerdos ahí con su madre y con su abuela... No olvidaría nunca lo que ese lugar significaba para ella.

¡Claro que le importaba la casa! Además, no tenía adónde ir más que de prestada a casa de su amiga. No podía pagarse un alquiler.

Si le importa... ¿Si le importa?

Qué sabrían ese par de ricachones.

Con un pesaroso suspiro, Dina se dejó caer sobre la cama. Se apoyó sobre su espalda y cerró los ojos unos segundos. Hasta que el móvil pitó por la llegada de un nuevo mensaje.

Abrió los ojos y miró la pantalla del dispositivo. Era la dirección de Corporación Harper. Volvió a suspirar.

—¿Para qué querrá verme? —murmuró.

Solo lo averiguaría yendo hasta allí.

Unos cuantos minutos había tardado Dina en poner un pie dentro del edificio donde se encontraba la oficina de Corporación Harper. Era un edificio bastante alto. No de los mayores rascacielos de la ciudad, pero sí parecía ser de los más lujosos.

—Si trabajan en un lugar así, a saber dónde viven —refunfuñó—. Qué mal repartido está el mundo.

Carraspeando y mirando alrededor por si alguien la había oído, entró en el edificio. Se acercó hasta lo que parecía ser una recepción y sonrió, nerviosa, a la mujer que la miraba, también, sonriendo.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarla?

—Hola —carraspeó y sonrió, nerviosa—. Verá, yo...

—Señorita Ellis, es un placer volver a verla.

La voz del señor Reed la interrumpió.

Dina miró hacia el susodicho. Se acercaba a ella con pisadas largas y rápidas. Con una sonrisa en la cara.

¿Ese hombre sonreía siempre o qué?

—Lamento no poder decir lo mismo —le salió del alma, no pudo evitarlo.

La recepcionista abrió los ojos como platos. Daniel rio. Se paró delante de ella, riendo.

No lo recordaba tan mono, era muy lindo. Sus facciones juveniles. Esas marcas en la piel que le demostraban que sí, sonreía bastante.

—No esperaba menos —rio él—. Si me acompaña, puede que su percepción sobre nosotros cambie.

Le señaló el camino con un gesto de la mano. Dina dudó, pero terminó por acompañarlo.

—¿Por qué habla en plural?

—Porque son negocios, hablo como empresa. Nada de esto es personal. ¿O su aversión hacia mí sí lo es? —pulsó el botón del ascensor.

—No, claro que no —no lo conocía para ello. Además, parecía agradable.

—Me alegro —sonrió. Ambos entraron en el ascensor y Daniel pulsó el botón número quince.

—¿Y para qué me han llamado? —preguntó un momento después— ¿Han descubierto que se han equivocado o les he dado pena y quieren enmendar el error y dejar mi casa en paz? — se giró un

poco y lo miró— Porque si es para que, además, yo tenga que compensarlos económicamente o algo así, se convertirán en un saco de huesos esperando.

Daniel soltó una carcajada. Esa mujer...

No sabía por qué, pero tenía la sensación de que si accedía a la locura que iba a plantearle Brent, iba a poner el mundo de su amigo patas arriba.

Porque él no estaba acostumbrado a mujeres así.

—Puede respirar, Corporación Harper no va a pedirle ninguna compensación económica.

—Qué alivio —dijo con ironía.

La puerta del ascensor se abrió y salieron. Daniel saludó con la cabeza a la recepcionista de la empresa y Dina le sonrió nerviosamente.

Qué vergüenza pasaba en un sitio así. Se sentía fuera de lugar. Miró su ropa y resopló.

Ya podías haberte arreglado un poco, se regañó a sí misma. Aunque ni de haberlo hecho lucirías así.

Es que las dos chicas que había visto hasta ahora en el edificio lucían perfectas. Sonrisa Profident incluida, obvio.

Tú también llamas la atención, pero en modo vagabunda, dijo la voz de su cabeza.

Joder, eso era pasarse un poco.

—¿Entonces qué quieren? —se centró en lo que debía.

—No me corresponde a mí explicárselo.

—Ya veo. A su jefe según me dijo.

—Así es —se pararon ante una enorme puerta de cristal que no mostraba nada de lo que había dentro.

“Brent Harper.

Director General de Corporación Harper.”

—¿Su jefe, supongo?

—Supone bien.

Sin ni siquiera llamar, el señor Reed abrió la puerta. Notó cómo ella dudaba y sonrió.

—¿Señorita Ellis?

Con varios movimientos nerviosos de su cabeza, Dina dio un paso al frente. Después otro. Y otro.

Y sus ojos se posaron rápidamente en el hombre de espalda ancha que miraba a través de una enorme cristalera. Con las manos en los bolsillos y las piernas un poco abiertas, parecía que estaba relajado, pero que, a su vez, estaba preparado para la batalla.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Dina.

—Brent, la señorita Ellis está aquí.

Fue entonces cuando Brent Harper se dio la vuelta y Dina se encontró, de nuevo, con ese par de fríos ojos negros.

¿Él? ¿Él era...? Joder.

No, él no, gimió en su mente.

Pero sí, era él.

Su cuerpo volvió a estremecerse mientras lo miraba. Su rostro duro, su mirada también. Su cuerpo...

Tenía la camisa desabrochada por arriba, las mangas remangadas.

Informal y sexy.

¿Sexy? ¿He usado la palabra sexy?

Escandalizada...

¿Pero qué demonios le pasaba?

—Señorita Ellis... Brent Harper, dueño y Director General de Corporación Harper —lo presentó Daniel—. Que no la intimide, no es tan ogro como aparenta.

Sin saber muy bien cómo actuar, Dina juntó sus manos por delante de su cintura y las agarró.

—Señor Harper... —lo saludó, una educada y perfecta inclinación de cabeza.

Brent solo la miraba.

Desde que Daniel le había dicho que bajaba a su encuentro, los minutos se le habían hecho eternos. Él no solía ponerse nervioso y, sin embargo, lo estaba.

Porque podía depender de esa mujer que él no perdiese todo lo que era suyo por derecho.

Estaba dispuesto a convencerla, tenía que casarse con él a como diese lugar. Se sabía de memoria todo lo que iba a decirle, todo lo que iba a usar para conseguir su “Sí, quiero”.

Pero no contó con que su cuerpo se quedase paralizado al verla y que todos los recuerdos del sueño-pesadilla volvieran a su mente en ese momento.

Joder, pensó cuando notó que se ponía duro. No podía permitir eso.

A Daniel no le pasó desapercibido el examen físico al que Brent había sometido a la señorita Ellis.

Al final tendré yo razón, pensó.

El tiempo se la daría. O no.

Si se la daba, Brent estaría en un buen lío si seguía con sus planes. Pero...

Me voy a reír de lo lindo.

—¿Brent?

Su amigo y socio salió de su estupor y pestañeó.

Dejó de mirar a la guapa mujer de ojos azules que tenía delante e ignoró la respuesta de su cuerpo cuando había sido consciente de esos succulentos labios, de ese cuerpo, de...

Y es que ese pantalón vaquero roto y esa camisa ajustada...

—Señorita Ellis. Un placer conocerla oficialmente.

Dina, que estaba roja como la grana porque su cuerpo también había experimentado algo extraño ante la mirada de ese hombre que la ponía nerviosa, carraspeó.

—Pues no entiendo por qué. He paralizado sus obras, no creo que eso le proporcione ningún tipo de placer.

Brent enarcó las cejas, sorprendido.

Daniel rio. Otra vez.

Dina se puso más roja aún, pero es que cuando estaba nerviosa, no tenía filtro. Soltaba por la boca todo lo que incluso aún no se le había pasado por la mente.

—No creo que pueda imaginarse qué me produce o no placer —la miró de arriba abajo.

Su voz sonó grave y otro escalofrío recorrió el cuerpo de Dina. ¿En serio había dicho eso? ¿Mirándola así? ¿Dándole a entender que...?

Daniel puso los ojos en blanco.

En el clavo, Daniel, sabía que habías dado en el clavo, se dijo a sí mismo.

—Como si lo hubiera parido —murmuró el COO—. Visto lo visto... —carraspeó, llamando la atención de esos dos que tardaron en mirarlo— Señorita Ellis... Brent... —resopló— Mejor me voy —el aire de ese lugar estaba demasiado cargado— Qué tensión, por Dios —bufó mientras salía de la oficina del CEO, cerrando la puerta tras él.

Dina tragó saliva, nerviosa.

—¿Qué hago aquí? —directa al grano.

A Brent le gustaba eso.

Le señaló la silla para que se sentase y mientras lo hacía, él caminó hasta el otro lado del escritorio y tomó asiento.

La miró fijamente.

—Antes que nada, como propietario de Corporación Harper y Director General de la misma, quiero pedirle disculpas por lo que ocurrió ayer. Debió de llevarse un gran susto.

—El susto de mi vida —refunfuñó.

Una pequeña sonrisa de medio lado en los labios de Brent. Dina necesitó un babero al verla.

Sexy era quedarse corto.

Joder, Dina, se recriminó a sí misma por esos pensamientos.

—Mis más sinceras disculpas. Le aseguro que se han tomado medidas —Price estaba en la calle, en paro.

—No creo que me haya hecho venir solo para eso, ¿verdad? Porque aún tengo que terminar de preparar las cosas para llevarme y no me da la vida.

—No. La he hecho venir porque quiero que me responda a una pregunta.

Dina frunció el ceño.

—¿Una pregunta? —creía que a los ricos no les gustaba perder el tiempo, ya podía habérsela hecho por teléfono— ¿Qué pregunta?

Brent no iba a andarse por las ramas.

—¿Quieres casarte conmigo?

Capítulo 11

Dina no se inmutó al escuchar la pregunta porque su mente tardó más de la cuenta en procesar lo que había escuchado.

Brent vio cómo ella seguía mirándolo, como si no lo hubiese oído. Y esperó.

Se dio cuenta rápidamente cuándo el cerebro de Dina había asimilado sus palabras porque ella abrió los ojos exageradamente y la mandíbula casi roza el suelo.

—Perdone... ¡¿Qué?! —exclamó, levantándose de un salto.

—Te he preguntado si quieres casarte conmigo.

—Y lo repite —gimió y se movió, caminando—. No estás loca, Dina. Lo ha repetido, ha dicho exactamente eso.

Brent se acomodó mejor en su silla y la observó. Tenía cara de horror y quiso sonreír.

Con su abundante y rizada melena recogida, de nuevo, en una cola alta, esta se movía a la vez que ella que se había puesto a caminar de un lado para otro mientras parecía ser que intentaba respirar.

Con una mano en el pecho, Dina solo quería que su corazón se calmase.

Brent quería poner la mano ahí. Y quería verla sin esa coleta. Quería tirar de ese pelo mientras la hacía gemir.

Joder, pensó. Céntrate, Brent. Deja la calentura a un lado que no pinta nada aquí.

Ni pinta bien que la sientas si tus planes son los que son.

—Yo no sé si ayer me golpearon con la bola esa de verdad y quizás estoy hecha papilla en una cama de hospital con mi mente inventando este tipo de cosas mientras estoy en coma o a lo mejor es que, con el agobio de perder la casa, me he quedado más p'allá que p'acá —miró a Brent— Porque usted no ha dicho...

—Te he preguntado si quieres casarte conmigo —volvió a confirmar él.

—¡Claro que no quiero! —exclamó.

Brent frunció el ceño. Sabía que iba a decir que no, pero al usar ese tono le había dañado el ego.

Brent frunció el ceño.

—¿Por qué no?

—¿Que por qué no? ¿En serio me pregunta que por qué no? —miró alrededor— Señor Reed, ¡sáqueme de aquí! —gritó a todo pulmón.

Y corrió hasta la puerta, dispuesta a largarse de allí a toda prisa y dejar a ese loco solo.

—Zumbado, ¡está zumbado!

Dina fue a poner la mano en el manillar cuando Daniel abrió.

—Alabado sea Dios —gimió ella al verlo—. Señor Reed, supongo que usted no sabe qué hago aquí, solo será un mandado, pero ya le digo que ni se lo imagina —puso las manos sobre el pecho del hombre, quien tuvo que ignorar la mirada de hielo de su amigo—. Pero tiene que sacarme de aquí, su jefe no está muy normal de la cabeza.

Daniel cogió las manos de Dina y las quitó de encima de su cuerpo.

—Relájese, se marchará si es lo que quiere —un carraspeo de Brent y Daniel soltó las manos de la mujer. Daniel miró a su amigo—. ¿Cómo le sueltas algo así del tirón?

Había estado escuchando detrás de la puerta, era evidente.

Qué poca sensibilidad, por Dios.

Dina miró a Brent, que se encogía de hombros. Volvió a mirar a Daniel.

—¿Lo sabía? ¿Usted sabía para lo que este demente me ha hecho venir? ¡¿Están los dos locos o qué?!

—No somos nosotros los que estamos gritando —dijo Brent.

Dina lo fulminó con la mirada.

—¿Me llama loca? ¿Me pide matrimonio sin ni siquiera conocerme y soy yo la loca porque me sorprenda? —no salía de su asombro.

—Si me dejas explicarte, quizás no te parezca tanta locura.

—Ya... Verá, el problema es que ¡no quiero oír más sandeces! ¿Y por qué me tutea, ya que estamos?

—Dina... —la tuteó también Daniel, intentando que se calmase.

—Dina nada. Yo no sé qué tienen en la cabeza, pero sea lo que sea, no cuenten conmigo —pasó por el lado de Daniel, iba a marcharse.

—¿Ni siquiera si con eso mantienes la casa de tu abuela para cuando ella vuelva? Porque está internada, ¿verdad? Necesita cuidados y para ello se necesita dinero.

Brent quiso sonreír cuando vio que ella se paró de repente. Había acertado al apuntar.

¡En el blanco!

—¿De qué habla? —miró a Brent.

—Quiero ofrecerte un trato.

—Deberías escucharlo. No pierdes nada, ¿no? —sonrió Daniel.

Lo que Dina debía de hacer era salir de allí a toda leche. Pero no lo hizo y no imaginó que ese día marcó su destino.

Brent dejó encima del escritorio un sobre. Le hizo una señal a Dina para que lo cogiese.

Daniel los había vuelto a dejar a solas cuando Dina accedió a escuchar a Brent Harper. Sentados uno frente al otro, se iban a poner las cartas sobre la mesa.

—¿Qué es? —preguntó ella.

Lo abrió y miró por encima.

—Las escrituras del terreno a tu nombre sin deuda alguna, entre otras cosas.

Dina no se podía creer lo que estaba viendo.

—Pero ¿cómo...? —levantó la cabeza y posó la mirada sobre Brent— No entiendo nada.

—Es fácil. Te estoy ofreciendo un trato.

Volvió a leer el documento. Y sí, era lo que él decía que era.

—¿Qué trato es ese exactamente?

—Te ofrezco el pago de la mejor clínica para tu abuela, sin escatimar en gastos. Sin límite de tiempo. Te ofrezco, también, recuperar tu casa libre de cargas y saldar todas tus deudas a cambio de que seas mi esposa durante un mes.

—¿Me está hablando en serio? —no salía de su estupor.

—Sí —dijo con firmeza.

Aquello no podía ser.

—Pero... Yo no entiendo nada —suspiró—. ¿Por qué demonios iba a querer casarse conmigo?

—No es que quiera hacerlo, es que tengo que hacerlo —dijo con sinceridad.

—¿Tiene que casarse conmigo? —hasta un gallo le salió.

—Contigo o con quien sea, pero creo que eres la mejor opción.

—¿Para ser su esposa? Ya le digo yo que no —rio, nerviosa—. Oiga, no sé qué le pasa, no sé por qué dice que tiene que casarse, pero si algo tengo claro, es que soy la persona menos indicada.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Porque no me conoce —dijo en tono de acaso no es obvio.

—Conozco lo suficiente —le dejó delante otro sobre.

A Dina le daba miedo abrirlo, pero lo hizo. Y se quedó de piedra al ver lo que había dentro.

—¿Me ha investigado? —asombrada.

—No iba a hacerte una proposición de ese calibre sin saber todo sobre ti.

—Joder —bajó la mirada a los papeles. Hasta su grupo sanguíneo sabían—. Pensé que esto solo pasaba en las películas —murmuró, era para quedarse loca—. Me está dando usted miedo —dijo al levantar la cabeza—. Esto es...

—No quiero mentirte. Por ello no voy a ocultarte que sé todo sobre ti.

—¿Cómo tomo el café por las mañanas también? —la ironía en ese susurro. Dejó salir el aire de sus pulmones— Señor Harper.

—Brent a secas, puedes tutearme, vamos a casarnos —de nuevo esa media sonrisa, pero esa vez de suficiencia.

Y a Dina no le pareció sexy, solo quiso ahorcarlo.

—Señor Harper —insistió en llamarlo de usted, aunque a él no pareciese sentarle demasiado bien—. Aunque me ha parecido eso, no creo que sea un hombre que no esté en sus cabales. Por eso mismo, creo que es mejor que yo me vaya y que olvidemos todo esto y... —se levantó, con los papeles en la mano.

—Perderé la mitad de la empresa si no me caso —Dina lo miró a los ojos y vio que no mentía y que lo que decía le dolía—. La única persona que me quedaba en el mundo era mi tío, dueño de la mitad de la empresa. La otra mitad es mía por herencia de mi padre. Mi tío quería verme casado y ha fallecido, dejando como condición para que herede la otra mitad que me case. Le explicaré todos los detalles que necesite saber, pero esa es la base del asunto.

—Lo siento y siento lo de su padre y su tío. Pero... ¿Qué tiene eso que ver conmigo? Tendrá novia

o...

—No, no tengo. Y tú tampoco, así que no inventes. El último fue Colton y otro fracaso más añadido a tu lista. Hemos investigado bien —sonrió al ver cómo los ojos de ella se salían de las órbitas.

—Usted... Usted... —gruñó— Busque a una de sus amantes entonces.

—Ahora mismo no tengo. Y tú tampoco, lo sé. ¿Así que por qué no tú? Tienes mucho que ganar con ello.

—Me está ofendiendo —gruñó.

—Lo siento, no era mi intención.

—Yo no me vendo. ¿Qué se ha creído? Sí, tengo deudas y ahora no tengo ni dónde caerme muerta. Y necesito... Mi abuela... —suspiró— Pero no por ello llegaría al extremo de venderme. Yo no podría... Encontraré otras salidas, siempre lo hago.

Brent entendió a lo que ella se estaba refiriendo.

—No es eso...

Pero ella lo interrumpió.

—No soy una puta. No vendería mi cuerpo. Joder, solo pensarlo me hace temblar, no sería capaz.

—Joder, lo sé —resopló—. No es eso lo que te propongo.

—Ah, ¿no? —sarcástica.

Dolida.

Y él se sintió una mierda por haberle dado a entender eso.

—No, Dina. No estoy pidiendo tocarte ni que cumplas como esposa en ese sentido. No tengo relaciones si no lo deseamos ambas partes libremente. Esa no es mi propuesta.

Dina suspiró de alivio al oír eso.

—¿Y cómo llama a su propuesta?

—Un pacto. Una transacción. Retroalimentación —la miró seriamente—. No quiero perder lo que más me importa en la vida que es esta empresa. Tú necesitas ayuda con el cuidado de tu abuela y no quieres perder tu casa. Su casa —matizó—. ¿Por qué no, entonces, ayudarnos?

—Porque no es ético.

Brent rio, cínico.

—¿Es ético que me obliguen a ello? —se levantó y dio la vuelta al escritorio. Se sentó en la esquina, cerca de Dina— No te pido que te vendas. Te ofrezco que representes un papel durante las próximas cuatro semanas y que después de ello, hagas tu vida como si no me conocieras porque es lo que yo haré.

—¿Un papel? —maldita curiosidad.

— Dina... Te estoy ofreciendo un matrimonio de conveniencia. Una farsa. Una interpretación de un mes ante los demás. Como si fueras una actriz. A cambio de ello, podrás tener tu vida solucionada para siempre. ¿Tan malo es?

Dicho así no parecía tan horrible, ¿no?

Dina se quedó mirando al CEO de Corporación Harper. Ese hombre al que solo había visto unos minutos y que ya había puesto su mundo patas arriba.

“Un pacto.”

“Un papel.”

“Un matrimonio de conveniencia.”

“Una farsa y podrás tener tu vida solucionada para siempre.”

Como si fuese una actriz...

—¿Acaso no es eso venderse? —preguntó en un susurro, sin darse cuenta de que lo había hecho en voz alta.

—No, no lo es —respondió él—. Son negocios. Es un trabajo tan digno como otro cualquiera. ¿Acaso no has trabajado duro siempre? ¿Por qué no aceptar un poco de ayuda si te llega? Tienes derecho a vivir y a que la mochila que cargas en tu espalda pese menos. Puedes mejorar la calidad de vida de tu abuela el tiempo que le quede con algo tan tonto como esto, ¿por qué no hacerlo?

Dina sabía que tenía que tapan sus oídos y marcharse de allí como alma que lleva el diablo.

Porque seguro que era el propio Lucifer quien le estaba proponiendo algo tan indigno como eso y se lo estaba adornando de la mejor manera.

Pero no se movió. Se quedó allí, quieta, mirando al loco que le proponía ese disparate.

Insensata...

Brent miró cómo se mordía el labio. Sabía que su cerebro era, en ese momento, un hervidero. La ética y la moral contra la practicidad y los negocios.

Por eso no se podían tener escrúpulos cuando de verdad se quería ganar.

Los azules iris se encontraron, de nuevo, con esa mirada fría.

—¿Y en qué consiste exactamente ese trabajo?

Fue ahí cuando Brent quiso sonreír porque supo que había ganado.

No me equivoqué contigo, pequeña, pensó.

Capítulo 12

“Necesito pensar.”

Eso había dicho Dina el día antes de marcharse del despacho de Brent. Y allí se había quedado él, nervioso, esperando a que le diese una respuesta.

Le había dado un poco más de tiempo, aunque eso significase perder dinero mientras decidía si las máquinas de demolición continuaban o no con su trabajo.

Más valía perder unos miles de dólares que la empresa entera.

—Ninguno de los dos tenemos mucho tiempo —le recordó él.

Le había explicado absolutamente todo. Le había dicho, también, qué era lo que se esperaba de ella. Le había propuesto negociar las bases del contrato.

Estaba dispuesto a escuchar y a ceder. Siempre.

Igual que, seguramente ella, tendría que hacerlo.

Y, sobre todo, le había aclarado que el pacto no implicaba nada sexual.

Pena...

—¿No crees que tarda demasiado? A lo mejor es que no le expliqué todo y por una tontería...

—Vamos, Brent —bufó Daniel—. ¿Desde cuándo esa inseguridad y esos nervios? Te veo y no te conozco —rio.

—Hablamos de mi empresa, ¿cómo quieres que esté si no?

—Si no es ella, será otra. No le veo el drama.

—Tiene que ser ella —dijo con firmeza.

—¿Por qué?

Él lo pensó unos instantes antes de contestar.

—Porque también necesita ayuda y mucha. Su abuela necesita un tratamiento mejor. El trato la beneficia y lo sabes.

—Ya... —no colaba, pero bueno— Entonces ponte a trabajar y para la mente. Ya vendrá.

—¿Como trabajas tú?

—No lo hago porque no dejas de molestarme —suspiró—. ¿Por qué no estás en tu oficina?

—Aquí estoy bien —se acomodó mejor en la silla, frente a Brent.

Estaba en el despacho del Director de Operaciones, ahí estaba en todo momento. Ni para comer se movía, con eso os lo digo todo. Se fue a casa a dormir y porque no tuvo más remedio.

—Ya veo, ya... —la ironía en la voz de Daniel— ¿Entonces habéis negociado ya todo?

—No. Solo lo que se espera de cada uno, pero aún tenemos cosas de las que hablar. Como vivir juntos y eso.

—¿Es necesario? —Daniel frunció el ceño.

—Claro que lo es —dijo sin lugar a dudas—. Los matrimonios viven juntos.

—Bueno, no todos. Y los que son de conveniencia menos. Además, no hay ninguna cláusula que diga que...

—Lo digo yo.

Y con eso se acababa el tema.

Daniel rio al ver la cara de su amigo.

—Tendrá que aceptar ella, ¿no?

—Lo hará.

Pero por mucha seguridad que usara en sus palabras, él no sentía ninguna.

Miró de nuevo la hora y resopló.

—¿Y si la llamas y la haces venir?

—No —se negó Daniel inmediatamente.

—Soy tu jefe —le recordó.

—¿Y?

—Puedo echarte.

Daniel se encogió de hombros.

—Hazlo.

Brent resopló.

—¿Para que te vayas a la competencia y me despellejéis vivos?

O lo que es peor, ¿para que te juntes con Bell? Mejor te tengo por aquí, vigilado.

Daniel soltó una carcajada.

—Lo que te cuesta decir que me quieres y que no puedes vivir sin mí porque me echarías de menos.

—No te lo tengas tan creído.

—¿A tu mujer tampoco vas a reconocerle esas cosas?

—Que te den —gruñó Brent, provocando que Daniel soltase una carcajada.

— ¿Sí? —cogió la llamada aun riendo— Está bien, Lizz —miró a Brent—, dile a la señorita Ellis que suba. El señor Harper la espera en su despacho.

Brent se levantó como un ciclón. Había llegado el momento de saber si contaba con su ayuda o no.

Un par de zancadas y ya estaba sentado tras su escritorio. Con un bolígrafo en la mano, como si hubiese estado trabajando como si nada.

—No, no va a colar...

Se levantó y miró a través de los cristales.

—Va a parecer que me paso el día así y que no trabajo, pero bueno.

Se cruzó de brazos.

Resopló.

—Así no, demasiado tenso.

Metió las manos en los bolsillos e intentó adoptar una postura relajada.

—Joder —gruñó, al ver que no lo lograba.

Entonces llamaron a la puerta. Se le había acabado el tiempo.

Dina había salido medio loca de aquellas oficinas y no regresaba aún mejor. No sabía la cantidad de tilas que se había tomado. Entre eso y la valeriana, debería volar de lo relajada que tendría que estar.

Ía, condicional. Es decir, que una mierda para el relax.

Estaba, si es que era posible, más atacada que antes. Y eso que aún no había tomado una decisión.

Después de tantas horas piensa que te piensa, necesitaba, antes de elegir, hablar con él.

—Brent te espera en su oficina —Daniel llegando hasta ella para acompañarla. Ni siquiera había

salido del ascensor.

—¿Recibís así a todas las visitas? ¿Personalmente?

—No —rio él, caminando a su lado—. Pero o me aseguro de que no te va a entrar el telele y te vas a marchar corriendo o al que le dará algo es a Brent —Dina lo miró, la pregunta en su rostro—. No hace falta que lo entiendas.

—Ah...

Para entender nada estaba ella en ese momento.

Ni siquiera entendía por qué se había parado a plantearse nada de aquella locura.

Daniel abrió la puerta del despacho de Brent.

—Pasa —sonrió.

Ella entró, él cerró la puerta.

—Dina —la saludó Brent al verla entrar, se había girado nada más oír la puerta—. Me alegro de verte.

¿Por qué tiene el pelo tan revuelto?, se preguntó.

Las otras dos veces que lo había visto lo llevaba perfectamente peinado.

No sabía que te fijabas tanto en los detalles...

Dina sí sabía ignorar a la voz de su cabeza.

—Señor Harper... Yo...

Pues sí que era difícil, ¿cómo empezaba? ¿Qué decía?

Brent la observó. Volvía a llevar su abundante melena rizada en una cola alta, ese día mejor peinada que los anteriores. Incluso parecía haberse maquillado un poco más, pero seguía luciendo natural.

Con una falda ajustada y una camisa ceñida debajo de la chaqueta...

No la recordaba yo con tantas curvas, pensó. Su cuerpo ya iba a empezar a endurecerse.

¿Pero qué le ocurría con esa mujer?

Volvió a mirarla a los ojos.

—¿Tienes hambre? —la voz le salió demasiado ronca.

Maldito subconsciente.

—Perdón, ¿qué? —la había desubicado por completo.

—No he comido. ¿Me acompañas? Si no te importa cenar temprano.

—Esto... Yo...

—Será menos violento hablar fuera de aquí y con el estómago lleno —le sonrió, de nuevo de medio lado.

—Yo... —Dina llenó sus pulmones de aire. Joder, no servía para esas cosas— Me muero de hambre —reconoció.

—No se diga más —Brent se acercó a coger la chaqueta y se la puso después de colocarse bien las mangas.

Pasó junto a Dina y le rozó el brazo sin querer. Un escalofrío los recorrió a los dos.

Ambos lo ignoraron.

Brent abrió la puerta del despacho y bufó cuando Daniel casi se cae de bruces.

—¿Adónde vais? —preguntó, haciéndose el tonto. Dina estuvo a punto de soltar una carcajada. Brent iba a matar a su amigo, así se lo hizo saber con la mirada —Ah, a comer, sí —para qué negar que los había oído—. Imagino que no puedo ir, ¿no?

—Yo creo que... —dijo Dina.

—No —Brent, rotundo.

—Ya. Bueno... Que os aproveche —sonrió.

Para Dina sería suficiente si no se indigestaba.

Indigestión no porque la comida estaba buenísima, pero lo de atragantarse ya era otro cantar.

Dina creyó que iba a morir con un trozo de pollo atascado en la garganta. Si eso ocurría, la culpa era de ese insensato.

—Si tu plan es quedarte viudo antes del divorcio, te agradecería que pusieras tus miras sobre otra —dijo de mala manera, cuando pudo hablar. Tuteándolo sin darse cuenta—. No tengo ganas de morir.

—¿Significa eso que aceptas el trato?

—No dije eso —bebió agua.

—Pero lo diste a entender.

—Era una forma de... Lo que sea, da igual —suspiró.

Se tocó el cuello, le dolía la garganta, se la debía de haber lastimado.

—Un poco de miel, por favor —le pidió Brent al camarero—. Tómala —se la puso a Dina por delante cuando la trajo—. Te suavizará la zona.

—Gracias —susurró ella, haciéndole caso y comprobando que tenía razón.

Aún no habían terminado de comer y ya ella había estado a punto de morir. Si eso no era una señal de que huyese, ¿qué lo sería?

Todo estaba siendo un poco violento. Se había montado en el coche de Brent Harper y no había pronunciado palabra en todo el trayecto.

Él tampoco, parecía estar inmerso en sus pensamientos.

Habían llegado al restaurante, habían pedido la cena y en mitad del plato, Brent Harper había abierto la boca.

—Como el matrimonio serán solo cuatro semanas, no puedes quedarte embarazada.

Y claro, a ella se le atragantó el pollo y hasta el aire que entraba en sus pulmones.

—Bromeaba, Dina. Estabas demasiado tensa —reconoció.

Debería de lucir arrepentido, pero él no parecía estarlo en absoluto. Al contrario, lucía bastante divertido.

—Joder, pues si bromeas en ese tono... ¿Cómo hablas cuando es en serio? —porque sonaba tan seco siempre...

—Supongo que lograrás distinguirlo —se encogió de hombros.

—Si acepto.

—Si aceptas —confirmó.

—De todas formas, si aceptase, tampoco creo que necesitemos... —hizo un gesto con la mano, no le salían las palabras— Conocernos tanto.

Brent lo pensó unos segundos antes de asentir con la cabeza.

—Supongo que tienes razón. Ni es necesario ni nos dará tiempo —él hablaba como si ya estuviera todo decidido, lo daba por hecho—. Trabajo casi todo el día, así que nos veremos poco. Por las noches cuando llegue a casa y los fines de semana. Cuando tengamos que acudir juntos a algún acto y poco más.

—Quieres decir que... En el remoto caso de aceptar... ¿Viviríamos juntos? —porque no estaba comiendo ni bebiendo, que si no se atraganta otra vez y ahí sí que se muere.

Otra como Daniel.

—¿No es eso lo que hacen los matrimonios?

—Bueno sí —Dina se acercó un poco más a Brent, aproximando sus rostros y habló en un susurro—. Pero yo creía que los de conveniencia...

—¿Eres experta en matrimonios de conveniencia?

—No, supongo que tú sí —de nuevo la ironía.

Brent sonrió. Y ella lo miró, contrita. Hablaba más de la cuenta.

—Lo siento. Solo creía que...

—Crees mal entonces —la interrumpió él—. Es una de las cláusulas del testamento.

—Ah... Entiendo.

—Tendríamos que convivir durante un mes, después de eso, podremos divorciarnos y todo terminará. Eso sí, durante ese mes el matrimonio tiene que ser creíble, que la otra parte no tenga dudas. Para todos tiene que ser un matrimonio real, solo nosotros sabremos que es una farsa.

—Y Daniel.

¿Por qué lo nombraba a él? ¿Es que acaso le gustaba?

¿Y a ti por qué te molesta tanto de ser así? ¿Son esos celos?

—Y Daniel —dijo medio enfadado sin razón ninguna—. Y mi abogado.

—Y mi amiga.

—¿Es necesario?

—Sí —dijo rápidamente—. Sally es mi amiga, como mi hermana. Tendría que contárselo o no me lo perdonará nunca. Con Boris sí podría mantener el secreto, me entendería.

—¿Quién demonios es Boris? —ahí los celos de nuevo.

—El cocinero de la cafetería de Sally, un buen amigo.

—Ah —alivio, ya recordaba quién era. También lo había investigado bien. Más de lo que debería y fue un alivio comprobar que no era nada para ella... En el sentido que él pensaba—. Con tu amiga es suficiente.

Ella sonrió con tristeza.

—Son las únicas personas en mi vida, además de mi abuela. Pero como sabes, decirle a ella no sirve de mucho. Y necesitare poder desahogarme con alguien, ¿no? —explicó.

Brent asintió, entendía a Dina. Él tampoco tenía a nadie, solo contaba con su amigo Daniel y él era parte de todo eso.

—Está bien. Pero ante los demás, tenemos un papel que representar, porque hay quien espera que todo pase a ser suyo. Como ya te expliqué, estará durante ese mes a tu nombre, pero será un mero trámite.

Ella le cedería esos derechos a él. Sería él quien tomaría el pleno control de la empresa hasta que pasase a ser, oficialmente, suya.

Ella afirmó con la cabeza.

—Si acepto —dijo muy seria, juntando sus cejas.

—Si aceptas —Brent sonrió, la típica media sonrisa.

—Te he investigado —reconoció ella—. Bueno, como puede hacerlo alguien como yo —estaba avergonzada, se sentía menos.

A Brent le divirtió oír eso, lo esperaba.

—¿Y qué encontraste?

—Nada muy diferente al dossier sobre ti que me diste.

Y un poco más de chismes sobre su familia, pero poco más.

—¿Conforme con que no soy un asesino en serie ni un violador ni tengo antecedentes penales?

—Además de tu labor como hombre de negocios y de tu enorme historial con las mujeres, poco más se habla de ti. Menos aún malo. Lo cual es un alivio. Si decido aceptar, claro —matizó.

—No saldré con nadie mientras esté casado —dijo con seriedad.

—Qué considerado —la ironía en su voz.

—Pensé que te alegraría saberlo.

Ella se encogió de hombros.

—Tendría que estar enamorada de ti para que me importase que me engañes.

Vaya, vaya. Buena y directa respuesta, pensó Brent.

—A mí sí me importa, Dina. Aunque entre nosotros no haya nada, tampoco lo habrá con terceras personas. Una de mis cláusulas inamovibles es que no puede haber nadie en tu vida mientras estés casada conmigo.

Lo dijo de una manera tan dominante, sonando tan posesivo que el cuerpo de Dina tembló.

Pero entendía que todo lo hacía así por las apariencias.

—¿Por qué yo? —le preguntó— Tienes que tener una lista enorme de teléfonos de mujeres preciosas que darían lo que fuera por estar contigo. Aunque solo sea un paripé —lo miró con curiosidad—. ¿Por qué alguien como yo? —se señaló— Mírame. No soy de tu mundo.

Él no dudó en responder.

—Precisamente por eso.

—No tiene sentido. Ni sabría cómo comportarme en el caso de tener que tratar con gente —lo señaló— así. No tengo idea de nada de lo que se necesita en tu posición social.

¿Y eso te preocupa? ¿Te hace sentir insegura?, se preguntó Brent.

—Si quisiera eso... Si buscara esas cualidades, le habría pedido esto a cualquiera de esa lista de la que hablas. No busco eso, Dina.

—¿Entonces qué?

De verdad que no lo entendía.

Brent cogió la copa de vino y la observó mientras movía el líquido con el movimiento de su mano.

—A alguien que no sienta nada por mí. Porque no quiero verla sufrir el día que todo esto se acabe. Entonces la miró y Dina no supo qué decir.

—¿Me estás queriendo decir que todas esas mujeres que forman la famosa lista están enamoradas de ti? —rio, lo hizo porque no pudo controlarse. Soltó una gran carcajada— No tienes abuela, ¿verdad?

—Ni abuela ni padres ni nadie en realidad —dijo con seriedad.

A Dina se le cortó la risa rápidamente.

—Yo muchas veces siento que tampoco —susurró. Su abuela estaba sin estar—. Pero no viene al caso. Joder, qué ego tienes.

—No es ego, es realidad. Y no, no dije eso —bebió un poco de vino y dejó la copa sobre la mesa—. Pero todas ellas sí han querido más de una noche. Y no me refiero a sexo, también hablo de la empresa. Todo el mundo querría tener la vida solucionada.

Ahora sí lo entendía.

—¿Te refieres a un matrimonio de verdad? ¿A ser no solo la mujer del hombre, también la dueña?

—Sí. A llevar el apellido Harper, en definitiva. Un matrimonio también es un negocio.

—Entiendo —y un poco sí que lo hacía—. Quieres a alguien que no te vaya a suponer un dolor de cabeza después. Un negocio más rentable.

—Puede decirse así, ¿sí?

Ahora era Dina la que bebía.

Joder, en realidad suena duro.

—¿Y qué te hace pensar que yo no seré como ellas? ¿Qué te hace pensar que no pediré más y más?

—Dina sabía que no tenía que seguir preguntando, pero...— ¿Qué te hace pensar que no me enamoraré de ti?

Ahí estaba la pregunta que dejó a Brent sin palabras.

La miró, observando los detalles de su rostro. Seguía teniendo el pelo hecho un desastre, no sabía cómo esa pobre gomilla aguantaba. Su maquillaje era mínimo y no necesitaba más. No le importaba como a las demás.

¿Cómo hacerlo si lucía preciosa?

Su pequeña y respingona nariz arrugada en un gesto gracioso. Y esos labios arrugados en un perfecto mohín mientras esperaba, nerviosa, la respuesta.

—O lo que es más posible aún —volvió a hablar Dina al ver que él no respondía—. ¿Qué te hace pensar que no serás tú el que querrá más porque se enamore de mí?

Dina intentaba bromear, pero la cara de Brent le mostraba que no lo había conseguido.

—Jamás podría enamorarme de ti —dijo con firmeza.

Aunque desearte es otro tema.

—Oye, que ya sé que no valgo como todas esas a las que te tiras, pero tampoco tienes que ofenderme así. Yo...

¿Qué demonios es esa estupidez?, pensó él.

Si la deseaba como nunca antes a nadie.

—No quise decir eso, Dina —mierda, no era eso lo que intentaba decir—. Yo no puedo amar.

Dina lo miró, la pregunta en sus ojos.

¿Qué era esa estupidez?

—Puedes estar tranquila. Una vez que nuestro pacto termine, no volverás a verme. Es lo mismo que yo espero de ti.

Cómo podía hablarse tan fríamente de un tema así era algo que Dina no concebía. Pero ahí estaba,

hablando de ello.

De un matrimonio de conveniencia.

Sin sentimientos.

Con un desconocido.

Dina cogió su copa y bebió. Brent hizo lo mismo mientras la miraba, en silencio.

—Está bien.

Dina dejó la copa sobre la mesa y la observó unos segundos antes de levantar la mirada hacia Brent. Él no quería cantar victoria, pero ¿eso no sonaba a sí?

—Negociemos las condiciones —dijo ella finalmente.

Esa es mi pequeña, pensó él, feliz al oír eso.

—Y una mierda voy a dejar de trabajar.

Era la primera condición que leía y ya le estaba poniendo pegas.

Estaban en un apartado privado en un bar, fue el lugar elegido como neutral.

—Perdón —de nuevo avergonzada. Pero es que su lengua iba por libre.

—Tendrás que hacerlo.

—¿Por qué? Tengo que vivir contigo. Dices que trabajas todo el día, ¿qué esperas que haga yo en casa sola? ¿Morirme del asco? Porque además de ver a mi abuela, trabajar es lo único que hago.

—Aprovecha para estudiar, no sé. Un mes puede dar para mucho.

—Para lo único que da un mes es para joderte la vida —refunfuñó ella—. Un mes estaremos casados. Después yo tendré que volver a mi vida y necesitareé trabajar.

—No te hará falta.

—Un coño que no —apretó los labios con fuerza—. Lo siento, digo palabrotas cuando estoy nerviosa.

—Ya me había dado cuenta —la media sonrisa en su rostro.

—Ese es otro tema que tenemos que discutir.

—¿El que digas palabrotas?

Ella lo miró con los ojos entrecerrados.

—Lo que sacaré yo con todo esto.

—Se puede añadir algún cero, no te preocupes.

Pues sí que le sobra...

—¿Por qué no te callas, dejas hablar y escuchas? —resopló ella.

Brent enarcó las cejas y, divertido, se acomodó en el sofá donde se encontraba.

—Habla.

—Dios, dame paciencia —suspiró ella—. No quiero tener ningún futuro resuelto.

—No entiendo —él frunció el ceño.

—Acepto, ante todo, el cuidado de mi abuela los años que viva. Acepto la casa y el pago de las deudas y ya me parece demasiado por un maldito mes. No quiero nada más.

—Pero...

—Quiero seguir trabajando cuando todo esto acabe. Quiero seguir ganándome la vida con el sudor de mi frente.

¿Quieres qué? ¡Venga ya!

—No me jodas, Dina. Tienes frente a ti la posibilidad de no tener que trabajar, de no tener que ser la mujer de la limpieza nunca más ¿y la rechazas? —Brent rio— No me lo creo.

—Si no es así, no firmo ningún pacto —dijo con firmeza.

—Pero...

—No me vendo, Brent. A lo mejor así lo entiendes.

—Dina.

—Si acepto hacer esto es por ella. Si acepto que pagues su recuperación es porque por ella lo haría todo. Por eso acepto la casa y el pago de las deudas que contraí para poder afrontar los gastos de su enfermedad. Lo único que quiero es que cuando esto termine y le den el alta, pueda volver a la que es su casa y yo pueda seguir trabajando y pagando a su enfermera para que esté feliz y cuidada el tiempo que le queda.

Brent no quiso decirle, en ese momento, que sabía, como ella en el fondo también, que su abuela no iba a volver a casa. No le iban a dar el alta.

Sabía que era algo que ella necesitaba decirse a sí misma para poder seguir adelante. ¿Y quién era él para terminar con las esperanzas de alguien?

Nadie.

—Está bien, acepto tus condiciones, recibirás solo lo que quieras. Pero lo del trabajo lo tienes que entender. Ya te dije que tendremos que cubrirnos las espaldas y fingir que el matrimonio es real. Por amor. Tenemos que actuar bien y mi esposa no puede trabajar limpiando suelos ni en una cafetería. Menos aún puede hacerlo la dueña de la mitad de Corporación Harper, ¿lo entiendes?

Dina suspiró.

—Pero no puedo estar sin hacer nada.

—No lo estarás, tendrás que comportarte como mi esposa, te mantendrá ocupada. Y no malpienses

—sonrió de medio lado.

Como si no fuese fácil malpensar cuando de él se trataba.

Ella resopló.

—Vale. Pero lo otro no lo negocio.

—Está bien —asintió—. Será como dices.

—Bien —siguió mirando el documento—. Sobre lo del cambio de domicilio, de acuerdo, viviremos juntos. Por las apariencias. Y supongo que es evidente que en habitaciones separadas —él asintió con la cabeza—. Pero ¿podré ir a mi casa? Quiero decir, ¿no podré ir hasta que el contrato termine?

—No tiene nada que ver, la casa estará a tu nombre el día que todo termine. Mientras también es tuya. Pero tampoco te pases la vida ahí, podría levantar sospechas. Además, tendrás cosas que hacer, no lo dudes. Aunque solo sea ir a la empresa a visitarme.

—Sabiendo que puedo ir cuando quiera, es suficiente —sonrió, feliz—. A la casa, no a tu empresa —aclaró rápidamente al ver cómo él movía las cejas, divertido—. No tendré que sacar nada de allí. Haré mi parte. Mantendré el secreto. No habrá terceras personas ni haré nada que pueda poner en entredicho mi lealtad hacia ti. Me portaré como tiene que hacerlo tu esposa ante los ojos de los demás. ¿Nada más?

—¿Qué esperabas?

—No sé, un montón de cláusulas.

—¿Para qué?

Dina se encogió de hombros. Ni idea.

—Así se ve en las películas.

—Pero esto no es una película —sonrió él—. La realidad, a veces, es más sencilla de lo que parece.

—Será...

—Si sigues leyendo verás que se especifica cómo terminará todo. Y cómo puedes volver a perderlo todo si incumples el contrato una vez que nos hayamos separado. La indemnización sería millonaria.

—Ya veo, ya. Pero tranquilo, siempre cumplo mi palabra.

—¿Y si te enamoras de mí?

Se la estaba devolviendo.

Se lo veía en los ojos, brillantes por la diversión.

Dina miró a esos fríos ojos negros, sonrió y negó con la cabeza.

—Incluso así, no volverías a verme —juró—. Pero tranquilo, no soy tan kamikaze. Prometo no amarte, Brent Harper.

Levantó la mano en señal de solemne juramento. Sin imaginar que cumplir esa promesa no iba a ser tan fácil.

Mientras, en otro lugar de la ciudad...

—El viejo nos lo ha dejado en bandeja de plata —sonrió Bell mientras se bebía, de un sorbo, el whisky.

Se sirvió otro y señaló con el vaso lleno a su hija, quien permanecía sentada en el sofá, frente a su padre.

—¿Eso quiere decir...?

Bell miró a su preciosa hija y sonrió. Desde siempre la había querido unir a los Harper. Pero por más que lo habían intentado, no había manera de que ese idiota de Brent Harper diese su brazo a torcer.

Ni con todos los esfuerzos de una rubia tan impresionante como ella había funcionado.

—Pronto serás la señora Harper y yo dueño de la mitad de esa empresa —levantó el vaso en un

brindis—. ¡Por fin!

Kelly sonrió.

—Tendré que ir a verlo.

—Déjalo pensar, debe de estar en shock con todo esto. Dentro de unos días se celebrará un acto benéfico al que estamos invitados ambas empresas y entonces podrás acercarte a él. Ya tendrá más asumido cuál será su destino. Prepárate para ese día, tienes que darlo todo.

Kelly lo haría, porque si había algo en la vida que quería era a Brent Harper.

Capítulo 13

Dina había prometido no amarlo. Pero lo que no prometió fue no matarlo, ¿verdad? Porque eso era lo que quería hacer.

Las tripas, le voy a sacar las tripas y me voy a quedar viuda pronto.

Porque Brent Harper merecía eso y mucho más.

Maldito idiota.

La noche anterior, tras ella aceptar y después de haber discutido todos los pros y los contras del contrato, Brent la dejó en la puerta de su casa. Una casa que, si todo salía bien, sería de ella para siempre.

Fue por su abuela y por esa casa y por lo que representaba que había aceptado cometer esa locura.

Esa mañana se había despertado con las insistentes llamadas al timbre. Se levantó de la cama, asustada, temiendo que le hubiese ocurrido algo malo a sus amigos. ¿Por qué, si no, alguien llamaría así?

Algo malo, seguro. Ay, Dios...

Hacía un par de días que no iba a la cafetería. Le había contado a Sally que estaba intentando solucionar todo aquello y que necesitaba estar desconectada. Le prometió que le explicaría cuando pudiera y eso sería lo que habría hecho ese día si alguien no hubiera organizado su vida sin su permiso.

Abrió la puerta de golpe y la preocupación se convirtió en intriga cuando a quien vio detrás de la puerta fue a Brent Harper.

Con un traje de chaqueta demasiado elegante y una enorme caja en las manos.

Su pelo perfectamente peinado y mirándola extrañamente.

—¿Tienes el sueño muy profundo y no escuchas los ruidos o es que te cuesta levantarte de la cama? —frunció el ceño— ¿O me querías ignorar?

Ya se había puesto de mal humor. ¿Era eso? ¿Estaba pasando de él?

Pues no le gustaba.

Que lo ignorase. Porque ella, por cómo su cuerpo se había despertado al verla, era evidente de que sí.

Su pelo tapando gran parte de su cara. Indomable. Sus labios hinchados.

Y ese pijama tan infantil...

Joder, no es momento para fantasías, Brent.

—De haber sabido que eras tú, créeme, lo habría hecho —suspiró.

—Tendrás tiempo de hacerlo. Podemos pasar, ¿verdad?

¿Podemos?

Dina ni siquiera se había percatado de que detrás de Brent, había más gente. Ignoró cómo Brent pasaba sin su permiso y resopló.

Al fin y al cabo, qué podía decirle, si legalmente era su casa.

—Buenos días —sonrió Daniel, cantarín.

Dina, tras quitarse el pelo de la cara, intentó sonreírle tanto a él como al otro señor enchaquetado que los acompañaba.

No perdía detalle de cómo era la casa por dentro y no se había equivocado. Estaba para reformar. Mejor dicho, para derribar. Y bastante limpia y ordenada.

Dejando eso a un lado, esa casa era un hogar.

—Es Cameron Brown, nuestro abogado —dijo Brent desde detrás de ella, asustándola.

Dina dio un bote y lo miró.

—Vuestro abogado.

—Nuestro —él se señaló a sí mismo y después a ella—. También es nuestro.

—¿Mío? —Dina pestañeó.

—Mientras estemos casados, todo lo mío será tuyo.

—Ah... —volvió a pestañear, no salía de su asombro.

Y no era la única. Daniel no podía creerse lo que estaba viendo y Brown aún menos.

Conocían a Brent de toda la vida y lo habían visto actuar de esa manera... ¿Nunca?

El abogado miró al Director de Operaciones, una pregunta silenciosa en el rostro.

¿De qué va todo esto?

Daniel se encogió de hombros.

A saber...

Fuese lo que fuese, su amigo parecía ser otra persona.

—Pasad —insistió Brent.

—Es mi casa, no la tuya.

—Legalmente es mi casa, no será tuya hasta que nos divorciemos. Éticamente es tu casa. Pero como todo lo mío será tuyo, el viceversa también funciona aquí. Así que... —les hizo un gesto a los otros dos hombres con la mano—. Pasad.

Dina miró al cielo.

—Paciencia —rio Daniel mientras pasaba por su lado.

—¿Café? —preguntó ella y sin esperar respuesta, fue hasta la cocina a prepararlo— Porque yo necesito inyectármelo en vena —refunfuñó por el camino.

Llegó hasta la cocina y lo primero que hizo fue pellizcarse.

—Auch.

—¿Qué haces?

Dio un salto cuando vio a Brent en la puerta de la cocina, apoyado en el marco.

—Nada, te espero.

—Ah...

Qué hombre más raro.

Ignorando como pudo que él estaba ahí y que no le quitaba los ojos de encima, Dina preparó el café.

—No voy a escaparme si es lo que temes —terminó de preparar la bandeja con el desayuno y fue a cogerla, pero Brent se adelantó.

—Sé que no lo harías, confío en tu palabra.

A Dina le sorprendió oír aquello.

—¿Cómo puedes confiar en alguien que no conoces? Si incluso los que conocemos nos engañan.

Él se encogió de hombros.

—No eres nadie.

Y salió de la cocina con la bandeja, dejando a Dina sin entender a qué se refería con eso. Hasta que se dio cuenta que intentar entenderlo sería una pérdida de tiempo.

—Yo sirvo. ¿Cómo os gusta el café? —llegó hasta ellos y comenzó a servir.

—Con leche y con azúcar —dijo Daniel.

—Igual, pero sin azúcar —el abogado.

Dina miró a Brent.

—Doble. Sin leche y sin azúcar.

Dina pestañeó, le había recordado a ese hombre de la cafetería al que no vio, el de la gran propina.

¿Sería él?

Se sirvió su café y miró al trío de hombres que se había colado en su casa.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó cuando vio que ninguno iba a decir nada.

—Venimos a buscarte —dijo Brent.

—¿Buscarme? —él asintió con la cabeza— ¿Para qué?

—Ya verás tú —carraspeó Daniel.

Sabía que su amigo no le había dicho nada aún.

—Para casarnos.

Morada. Dina se puso morada. Escupió el café que estaba bebiendo y se atragantó. No podía respirar.

¡Voy a morir!, pensó.

Se levantó de un salto, no le llegaba el aire.

—Joder —Brent hizo lo mismo, se colocó tras ella y la abrazó por la cintura. Apretó hasta que ella consiguió respirar con normalidad.

Dina cerró los ojos. Él la giró entre sus brazos, sus manos en las caderas de ella.

—¿Estás bien? —preguntó en un susurro.

Ella asintió con la cabeza. Qué mal lo había pasado.

—No soy el único que piensa que lo del divorcio no va a pintar nada en este contrato, ¿verdad?

—murmuró Daniel al contemplar la escena.

Brown tenía los ojos abiertos como platos.

—Viejo zorro —Brown pensó en Anthony y en que al final, con la tontería, iba a acertar.

No salía de su asombro.

Dina abrió los ojos y se encontró con el rostro de Brent. Tan cerca...

—¿Pero qué boda ni qué mierda?! —exclamó, más nerviosa aún por tener esos labios tan, tan cerca de los suyos y esos ojos mirándola así.

¿Preocupado por ella?

Se separó de Brent y cerró la boca al recordar que había más gente allí.

—Dina...

—¿De qué hablas? —miró a Brent.

—De nuestra boda. Tenemos cita en el registro, vamos a casarnos. Te he traído el traje —señaló la caja.

—Me has... —cogió aire y miró a Daniel.

Este asintió con la cabeza y ella puso los ojos en blanco.

—Antes tienes que leer el contrato que ya se modificó y firmarlo. Cameron lo tiene.

—Nuestro abogado.

—Eso es —sonrió Brent.

—Porque nos vamos a casar hoy.

—En un par de horas, sí.

—¿Pero tú estás loco o qué te pasa?! —gritó de nuevo.

—¿No fue eso lo que acordamos? Dijiste que aceptabas.

—Sí, Brent. Pero no sé. No es que yo quiera una boda con invitados ni nada. Sé que es una farsa. Pero al menos ¿podías haber consultado conmigo el día? Porque ni tiempo he tenido de contarle a mi amiga nada. Joder, ¡ni siquiera he podido elegir yo el vestido! ¡Ni siquiera me has dejado ir a contárselo a mi abuela para que me dé su bendición!

Brent pestañeó. Los otros dos hombres carraspearon, incómodos.

—No pensé que necesitas nada de eso. Es algo... Es una farsa.

—Y no lo necesito —confirmó ella. Respiró un par de veces y volvió a sentarse—. Pero entiende que me ha pillado por sorpresa. No esperaba esto.

—Siempre puedes negarte —dijo Daniel.

Brent quiso matarlo con la mirada.

—No voy a obligarte. Lo siento, no pensé...

—Estás acostumbrado a que todo se haga a tu ritmo, supongo. Y un matrimonio concertado no va a

ayudar a que tomes en cuenta la opinión de nadie más —suspiró. Hablaba más para sí misma que para nadie.

Resopló.

—Dina, yo lo siento.

—Está bien. Cuanto antes ocurra, antes terminará. ¿Cuándo dices que nos casamos?

Más de una hora después, Dina salía de su casa vestida de novia.

—Vaya —Daniel sonrió al verla—. Normal que me haya costado echarlo de aquí.

Dina resopló.

Sí, estaba guapa, no iba a negarlo. Brent había traído un precioso vestido blanco roto ajustado que parecía quedarle como un guante. No era un vestido de novia en sí, pero tampoco era una boda real, ¿no?

Dina se había quedado más tiempo de la cuenta mirándose al espejo e intentando no llorar. Se recordaba que todo aquello no era más que un trabajo. Como Brent decía, negocios. Interpretaba un papel para poder vivir un poco mejor en el futuro.

No había nada de malo en ello. Ni denigrante.

No tenía por qué avergonzarse.

Ay, abuela, cómo te echo de menos. Por más farsa que sea, ojalá pudieras verme así, seguro que te emocionarías, pensó mientras miraba su reflejo.

Finalmente terminó por llorar.

—Si dudas...

Ella negó con la cabeza y sonrió como pudo.

—Decidí aceptar y cumplo con mi palabra. Es solo que siempre imaginé que este día sería diferente.

—Algún día vivirás lo que quieres —le recordó Daniel.

Ella sonrió, apenada.

—Lo siento, no tengo por qué desahogarme contigo. Tiene que ser violento para ti.

—Para nada. Sé que todo esto es un poco extraño, a mí me costó entenderlo también. Pero seguramente yo haría lo mismo. Entiendo las razones de ambos y apoyo el pacto. Brent es mi amigo y tú puedes considerarme como tal si quieres. Estaré aquí para lo que necesites.

—¿También si quiero ahorcarlo?

—Para ponerle un poco morado también —rio Daniel—. ¿Lista? Porque tiene que estar nervioso. Eso seguro. Había puesto miles de pegas cuando Dina le pidió que él la esperase allí. Al menos eso, ¿no?

Más pegas puso aun cuando Daniel se ofreció a cuidar de ella. Porque Dina sabía que era imposible, sino hasta habría pensado que estaba celoso.

Al final accedió. Aunque costó.

Ya montada en el coche, intentó relajarse, aunque parecía ser imposible. Cualquiera diría que se casaba de verdad.

—¿Tan importante es la empresa para él como para cometer semejante locura?

—Tan importante como tus razones —sonrió Daniel—. La empresa es su vida, siempre lo ha sido. Trabaja muy duro para estar donde está.

—¿Y su familia? No he querido preguntarle. Solo sé que su padre falleció. De su madre no me dijo nada, pero también leí que murió. Y que su tío también, que es el que lo ha metido en este lío.

—Anthony se la jugó. Lo quería mucho, pero no entiendo por qué hizo algo así.

—Quizás no quería ver a su sobrino solo.

—Quizás. No dudo que te contará lo que necesites saber.

—Tampoco es que necesite mucho.

—Supongo que no —miró por el retrovisor, Dina miraba por la ventana, pensativa—. Es un buen hombre, Dina. Sé que parece duro a veces, pero tiene un gran corazón. No te hará daño.

—Lo sé.

Y lo sabía. Lo más increíble de todo era que lo sabía.

—Para él tampoco está siendo fácil. Juró no casarse nunca.

Eso llamó la atención de Dina.

—¿Por eso que me dijo de que no puede amar?

A Daniel no le sorprendió que ella supiera ya aquello. Era la primera barrera de Brent para con las mujeres.

—Sí.

—¿Y qué estupidez es esa?

Daniel rio.

Pues una más, pensó, pero no lo dijo.

—Ya llegaron —Cameron Brown señaló al coche de Daniel cuando paró delante del Registro civil.

Brent había estado a punto de coger un taxi e ir a buscarla al ver que no llegaba. Se le había pasado de todo por la cabeza.

¿Y si se ha arrepentido?

Joder, no. No podía hacerle eso. No ahora que ya estaba casi todo conseguido y la empresa en sus manos. Porque una vez que firmase ese papel, lo demás sería coser y cantar.

A Cameron lo tenía desquiciado con tanto moverse de un lado para otro. Qué paciencia había tenido que tener el pobre abogado.

Cualquiera diría que se casa de verdad, pensó.

Brent no esperó y se acercó al coche, abriendo la puerta de atrás.

Le ofreció la mano y ella la cogió. Y lo dejó mudo al verla. De pie, frente a él. Vestida así...

Con el pelo recogido, dejando su cuello al aire. Envuelta en ese vestido ajustado blanco con un generoso escote.

Daniel carraspeó al ver que su amigo ni siquiera pestañeaba.

Cómo iba a pestañear si no le oxigenaba el cuerpo, no le llegaba el aire ni a los pulmones ni a la cabeza. Lo que sí le llegaba era la sangre a su entrepierna.

Y toda de golpe, además.

Madre mía, cómo está.

Brent salió de su asombro, no supo ni cómo.

—Estás preciosa —susurró.

Dina, nerviosa, sonrió.

—Espero que al menos ese piropo no sea una mentira.

Él negó con la cabeza. Pues claro que no lo era.

—Te aseguro que no —dijo con firmeza—. ¿Preparada para llevar el apellido Harper?

Ella dejó salir el aire de sus pulmones.

—Sí —todo lo segura que pudo sonar—. ¿Seguro de que quieres que sea yo...?

No la dejó terminar. Entrelazando el brazo de Dina con el suyo, caminaron hasta el Registro Civil. Minutos después, tras una corta ceremonia, los dos, con Daniel y Cameron como testigos, aceptaban convertirse en marido y mujer.

—Pueden besarse —sonrió el funcionario. Sin tener ni idea de la ilegalidad de todo aquello.

A Dina no le dio tiempo ni a pensar en qué excusa poner para que el funcionario no viese nada extraño cuando Brent ya la había cogido por la cintura y la había pegado a él. Sus labios en su oído, disimulando con ese gesto.

—Es parte del papel, no me pasaré —susurró, provocándole un escalofrío.

Entonces se movió y la miró a los ojos unas milésimas de segundos antes de unir sus labios a los de ella.

Dina tembló ante el contacto. Un roce leve que se convirtió en algo más.

Un beso.

Una unión entre sus bocas a la que no pudo decir que no. A la que no quiso decir que no.

Brent no había tenido suficiente, separó los labios de los de Dina el tiempo justo de mirarla de nuevo a los ojos para, acto seguido, pegarla completamente a su cuerpo para besarla de verdad.

—Eso sí es un beso de recién casados —a Daniel no le sorprendía cómo estaba actuando su amigo.

A Cameron ya os digo yo que mucho, no podía creerse lo que veía.

¿Desde cuándo ese hombre se comportaba así habiendo gente delante?

Brent terminó con el beso pronto, más que nada por su propio bien. Él había notado cómo le apretaban los pantalones y no quería que ella notase lo mismo. A regañadientes, la dejó libre.

Joder, quiero más, pensó.

Dina aún temblaba, no sabía qué había ocurrido, solo que...

Dios mío de mi vida, ¿cómo se puede besar así? ¿He tenido que esperar una treintena de años para saber qué es besar?

Y eso que es una farsa, lo más seguro es que no quiera ni tocarme. No me quiero ni imaginar lo que hará este nombre cuando quiera besar de verdad.

— Toda la felicidad a los recién casados —sonrió el funcionario.

Entre carraspeos y aplausos de Daniel y Cameron, Brent se separó de Dina, pero no del todo. Le agarró la mano y no la soltó hasta que salieron de allí y se montaron en el coche.

Todos en pleno silencio.

Dina miraba por la ventanilla, sus dedos, sin querer, sobre sus labios. Sus ojos cerrados, rememorando el beso.

Abrió un poco su boca y un pequeño gemido se le escapó.

Dio un bote y miró alrededor, avergonzada por no haberse podido controlar. Y suspiró de alivio al ver que los dos hombres de delante estaban hablando de sus cosas (no sabía que fingían hacerlo, claro) y que Brent...

Brent la miraba de una manera muy extraña.

Mierda, ¿se habrá dado cuenta de que...? Joder, podría malpensar y no es eso, ¿no? ¿Me acabo de casar y ya voy a meterme en problemas? Tengo que seguir las reglas, nada de sentimientos, Dina.

Pero nadie dijo nada de deseo, así que no exageres.

Roja, el comentario de la voz de su cabeza la hizo ponerse roja.

Brent se había dado cuenta de todo, como era normal. Su entrepierna también.

Quiso pensar que estaba sorprendida por el beso y no que ella también lo deseaba. Porque si imaginaba eso, no iba a poder controlarse, el deseo que sentía por ella era enorme.

Así que como no quería volver a tener un problema físico, era mejor ignorar lo cargado que estaba el ambiente en esa parte del coche.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella, rompiendo el tenso silencio que se había instaurado entre los dos. Daniel conducía, Cameron de copiloto y charlaban tranquilamente. La pareja de recién casados atrás.

—Ya lo tenemos casi logrado —dijo Brent—. Tienes que mudarte, coge solo lo necesario, ya irás llevándote más cosas. Además, ni siquiera eso, renueva tu armario.

—¿Por qué?

—¿Por qué no? —sonrió él.

—¿Qué le pasa a mi ropa?

Daniel resopló al escucharlos, empezaba el tira y afloja.

—No le pasa nada. Deja de sacarle la puntilla a todo. Aprovecha este mes y date tus caprichos.
¿Tan malo es?

Ella suspiró.

—No es eso...

—No incumples el trato por hacerlo, no te llevas más de lo que pediste. Pero eres mi esposa y necesitarás vestir como tal. Míralo así.

Dina no estaba muy convencida, pero...

—No quiero aprovecharme de ti en ningún sentido.

—¿Por qué no? —preguntó con la voz ronca, imaginándose cómo no le importaría que lo hiciera.

Las mejillas de Dina de nuevo rojas, su mente también volando.

Maldito idiota, así no la ayudaba.

Cameron tosió y Daniel prefirió no emitir ningún sonido, como si no hubiera escuchado nada.

—Prepararé la maleta —dijo demasiado seria—. ¿Puedes dejarme en mi casa?

—La verdad es que ya me encargué de ello, pero tú ve por si acaso no se hizo bien.

—¿De qué? —pestañeó Dina, perdida.

—De tu equipaje, ya está en nuestra casa.

—¿En nuestra casa te refieres a...? —los señaló a los dos y él asintió con la cabeza— ¿Has hecho que entren en mi casa sin yo estar y que me hagan las maletas y la lleven a la tuya? —lo mataría—
No sé por qué me sorprende —bufó ella, intentando respirar.

Brent se mantuvo impasible, ni arrepentimiento ni nada.

En fin...

—También tengo que ir a la cafetería.

—¿Piensas trabajar? —preguntó, asombrado— Porque te recuerdo que en las cláusulas...

Dina bufó.

—No voy a fastidiarla, puedes relajarte. ¿Pero tú no vas a trabajar? Porque no creo que te hayas tomado el día libre porque haya cambiado tu estado civil.

—Bueno, yo...

—Pues eso. Tú a trabajar y yo a lo mío.

—¿Y qué es lo tuyo?

—¿Y qué más te da?

—Tendré que saberlo, ¿no? Es parte del pacto.

Daniel rio por lo bajini, menuda excusa.

—Ujum... Supongo que sí. Qué cuatro semanas más largas me esperan —suspiró—. Solo quiero saludar a mis amigos e ir a ver a mi abuela. Además, tendré que contarle a Sally... —se calló y los señaló a ambos.

—Que estamos casados. Puedes decirlo, no cuesta tanto.

Otra risita de Daniel al ver la cara de alucine de Cameron. El pobre abogado estaba flipando.

—No, ya veo que a ti te cuesta poco —refunfuñó ella, haciendo reír a los otros dos hombres.

—Suena raro, pero supongo que cuanto más los repitamos, más fácil se nos hará.

—Ya... ¿Puedes parar aquí, Daniel? Me bajo.

—No es aquí —dijo Brent, mirando a través de la ventanilla del coche.

—Pero es cerca.

—Pero no es aquí.

Dina suspiró.

—Brent Harper, no quiero tener nuestra primera discusión de casados ya.

Daniel soltó una carcajada al ver, a través del espejo retrovisor, la cara de póker de su amigo.

—Dina... —le advirtió él.

—Necesito estar sola —reconoció ella—. Nos vemos más tarde.

—Vendré a buscarte entonces.

—Pero... —al ver la cara de Brent, resopló. Era evidente que no iba a cambiar de idea— Está bien. Nos vemos esta noche. Pero me esperas fuera.

—Aja...

La vio salir del coche y suspiró.

—Te ha salido muy natural lo de eres mi esposa —rio Daniel.

Madre mía, qué circo, pensó el COO.

—¿En qué lío me he metido? —preguntó mientras la miraba a través de la ventanilla del coche.

—No te preguntes eso ahora. Pregúntatelo dentro de un mes —Daniel soltó otra carcajada.

Se veía venir el desastre.

Capítulo 14

—Hombre, ¡hasta que apareces! —exclamó Sally al ver a Dina— Me has tenido muy preocupada, que sepas que no te lo voy a perdonar.

—Lo siento, tenía unas cosas que arreglar.

—¿Y qué es eso que ni siquiera puedes contarme? Porque lo único que sé es que tenías que solucionar algunas cosas y que te habían dado un tiempo más para tener que abandonar la casa.

Dina se apoyó en la barra y cruzó los brazos.

—Tengo mucho que contarte.

Sally la miró con curiosidad. Había algo raro en ella.

—Termino de limpiar esto y me tomo un descanso— le vendría bien. Su pareja había vuelto ya a trabajar y ella no tenía que andar con la lengua fuera—. Antes que nada, ¿la abuela bien?

Dina asintió con la cabeza, sonriendo con dulzura.

—Sí, está bien. Vamos, te ayudo —cogió una bayeta y se puso a ello.

No tardaron demasiado.

Dina había pasado la mañana en su casa. Organizando aquello un poco, limpiando.

Pasando el tiempo mientras pensaba en la locura que había cometido. Es como si hasta ese momento no hubiera sido consciente de en el lío que se había metido y se lo cuestionaba todo.

Un rato después, estaba sentada frente a su amiga, mirando la lata de refresco que le había puesto por delante.

Dejó a su pareja encargado al ver que había poca clientela y se tomó un respiro.

—¿Y Boris? —preguntó Dina.

—Tuvo que irse antes.

Mejor, pensó ella. Así podía hablar con su amiga ya.

—Espero que no sea nada.

—No, algo de papeleo. Venga, empieza a soltar. No sabes lo nerviosa que me tienes. Ya sé que te cuesta mandar un mensaje, pero joder, ¿por qué no llamarme y contarme algo? Porque me tienes en ascuas. Al menos coger mis llamadas —la riñó.

—Lo siento, ya sabes que no estoy muy pendiente al móvil.

Entonces le sonó y cogió el bolso, buscándolo como loca. Porque seguro que era ese zumbado que la sacaba de quicio.

—¿Sí?

—Este es mi número, anótalo.

Sí, era él...

—¿Para eso me llamas?

Sally enarcó las cejas. Pues no, se había equivocado, no era del hospital. Y en parte suspiró aliviada.

—¿Dónde estás?

—En la cafetería.

—Espero que no trabajando.

Dina puso los ojos en blanco.

—Brent...

Fue entonces, cuando escuchó un grito ahogado de su amiga, que se había dado cuenta de que había metido la pata.

¡Mierda!

Se lo iba a contar, pero no así.

—¿Brent? ¿Quién es Brent? —casi gritó Sally.

—No lo estoy —dijo ella, tapando su boca con la mano para que no la oyese. No iba a levantarse porque sería demasiado descarado.

—¿Has comido?

—Sí, un montón.

—¿El qué?

—¿A qué viene tanta pregunta?

—Lo siento, solo es curiosidad.

—Ah —se sintió mal al escucharlo disculparse—. Un bocadillo de atún con una pinta buenísima.

—¿Estaba bueno?

—Delicioso —aseguró ella y siguió ignorando las miradas y los cuchicheos de su amiga que la miraba a ella y detrás de ella...

—Ya veo... —se quedó unos segundos callados— ¿Entonces por qué lo veo entero?

Dina se levantó de un salto cuando Brent apareció junto a ella.

—Me cago en... —se golpeó la rodilla con la mesa, no la tiró de milagro— ¡¿Tú quieres matarme de un infarto o qué?!

—No es mi intención ni ahora ni en las próximas cuatro semanas.

Dina cerró los ojos con fuerza.

—Seré yo quien te mate —gimió.

—Saldrías ganando —confirmó él.

Dina iba a llorar.

—¿Qué haces aquí?

Pues verás, como todo esto también es nuevo para mí y no me quedé tranquilo sin estar cerca de ti y Daniel, al que ya tenía hasta el cogote de escucharme que si estarías bien, que si habrías comido... Me dio una patada en el culo y me mandó para acá.

Brent se encogió de hombros.

—No tenía más trabajo y pensé que a lo mejor necesitarías ayuda.

¿Ayuda para qué si ni la maleta me dejaste hacer?

—¿Usted no es...?

Brent miró a la mujer que lo observaba con el ceño fruncido.

—Brent Harper. Director General de Corporación Harper.

—¿El que quiere echarla a la calle? —preguntó Sally— Usted estuvo en el jardín, no se me podría olvidar nadie así —lo miró de arriba abajo.

—Sally —resopló Dina.

—Ese soy yo —afirmó Brent.

—Ya veo... ¿Y qué hace aquí? ¿Qué demonios está pasando entre vosotros?

—Verás, Sally...

Pero Brent volvió a adelantarse.

—Soy su esposo.

La verdad es que Brent pensó que sería más difícil reconocerlo ante los demás, pero no.

Sorprendido se quedó.

Alucinada estaba Dina.

Ella cerró los ojos con fuerza. No había dicho eso, ¿verdad?

—¿Su qué?! —gritó Sally, a pleno pulmón.

—Cariño, ¿todo bien? —preguntó Harry desde lejos.

Ella asintió con la cabeza y le hizo un gesto con la mano para que no se acercase.

—Su esposo —repitió Brent cuando Sally volvió a mirarlo.

—Ya te escuchó —gimió Dina, dejándose caer en la silla.

—¿Su esposo? ¿Ha dicho su esposo? —a Sally iba a darle algo— ¿Está loco o qué?

—Lo está —Dina no iba a negar eso—. ¿Se te va? —miró a Brent, se sentaba a su lado. Dejó un sobre encima de la mesa.

—¿Para qué darle tantas vueltas?

—¿Porque quería decírselo yo?

Dina observó a ese hombre que todo lo que tenía de desquiciante lo tenía de guapo y se dio por vencida.

—¿Me estás diciendo que es en serio? —miraron a Sally— ¿De qué va todo esto? ¿Estás casada con el guaperas?! Voy a por alcohol —Sally se levantó a toda prisa.

—No es lo que piensas.

—¿Y qué crees que pienso, Dina? Esposo significa matrimonio, ¿no?

—Sí.

—Entonces es lo que pienso —gimió, volviendo con unos botellines de cerveza.

—Es un matrimonio falso —aclaró ella.

—Falso...

Dina miró a Brent y después a su amiga.

—Nos casamos esta mañana. Es un...

Brent la interrumpió.

—Antes de explicarlo, ¿puedes firmar?

—¿Firmar qué? —preguntó Sally, mirándolo con desconfianza.

—Un contrato de confidencialidad. Todo lo referente a nuestro matrimonio es privado. Si cuentas

algo, te demandaré —sonrió.

—Joder —gimió Dina—. Es de confianza.

—Aun así, tiene que firmar —insistió él, ofreciéndole un bolígrafo.

—¿No está bromeando? —preguntó Sally.

—Va a ser que no —suspiró Dina.

—No me jodas, Dina —bufó su amiga—. Sabes que ni a él se lo diría si no quieres —señaló a su pareja.

Pero Brent no la conocía y era mejor curarse en salud.

Sally, refunfuñando, sacó los documentos. Los leyó, le quitó el bolígrafo de las manos y firmó.

—Ahora escupe —miró a su amiga—. ¿Qué demonios está pasando aquí? ¡¿Qué es eso de un matrimonio?!

—Es un matrimonio de conveniencia. Solo durará un mes. Él mantiene su empresa y yo me aseguro del cuidado de mi abuela y no pierdo mi casa. Ese es el resumen.

—Alcohol, necesito alcohol —gimió Sally al oír la explicación.

Explicaciones que se habían alargado más de la cuenta mientras intentaba comprender la locura que había cometido su amiga.

Se alargó tanto que hasta comenzó a entenderla.

—Entonces viviréis juntos y todo —dijo Sally.

—Solo por el paripé, ya sabes —dijo Dina.

—Ya... —Sally miró a su amiga. El problema era ese, que sabía— ¿Y tu trabajo?

—Lo dejaré y ya me preocuparé por ello cuando todo esto termine.

—Madre mía, no me lo puede creer... —suspiró su amiga— Que no me lo contases desde el principio aún menos. ¿Y dices que solo durará un mes?

—Sí.

—¿Y después del mes?

—Todo terminará y ya. Como si no hubiese pasado nada.

—Y ambos conseguimos lo que queremos —confirmó Brent.

—Ya... —Sally no sabía por qué, pero no estaba muy convencida de que las cosas fuesen tan fáciles.

—Todo ha sido un poco...

—No le he dado tiempo ni a respirar —terminó por decir Brent.

—No tienes que ayudarme, sé encargarme de mis asuntos sola.

—Ya, bueno. Pero como estamos casados, ¿no tenemos que hacerlo los dos? —sonrió.

Dina miró malamente a Brent, él seguía sonriendo y ella puso los ojos en blanco. Miró, después, a su amiga.

—A veces no sé si se ríe de mí o si es así de extraño.

—Extraño y marido. Mira qué dos palabras más bonitas —Sally, sarcástica. Se bebió medio botellín de un trago y se limpió la boca con la camisa—. Por más vueltas que le doy... —negó con la cabeza.

Miró a la pareja y suspiró. No tenían nada que ver el uno con el otro.

Él un pijo. Ella no.

Él con ese porte frío. Ella no.

Él con dinero. Ella jamás.

—Aunque todo esto sea una farsa, un negocio... No voy a hacerle daño —juró Brent, tomándolos por sorpresa—. Cuidaré de ella —dijo mirándola.

Y esa manera de mirarla...

Sally gimió aún más.

—Más te vale, Brent Harper, porque si no, te aseguro que me importa una mierda las demandas que me pongas y si me paso la vida arruinada o entre rejas, pero te juro por Dios que te destrozó las pelotas.

Dina miró a su amiga, había cogido algunas servilletas de papel y las estaba retorciendo como si fuese el pescuezo de Brent y soltó una carcajada.

—Fuiste tú la de la idea del cuchillo jamonero, ¿verdad? —rio Dina.

—¿Acaso lo dudas? —bufó Sally.

Brent no rio. Miró a Sally y asintió con la cabeza. No era una amenaza vacía, él lo sabía.

Y la admiraba por proteger así a su amiga.

Esa que reía, haciéndolo a él sonreír al verla así, nada cohibida.

Una sensación extraña le recorrió el cuerpo. Un escalofrío que consiguió que sus pantalones le

quedasen apretados.

Se removió, inmóvil. Excitado de nuevo al tenerla cerca.

Tenía un problema, ¿verdad?

—Pues ya estamos aquí.

Dina esperaba a que Brent abriera la puerta de su casa.

Después de despedirse de su amiga y de comer algo, Dina fue a visitar a su abuela. Brent la esperó fuera y después de aquello, la llevó a casa.

Nerviosa, retorciendo su bolso entre las manos, quiso salir corriendo de allí.

Brent agarró el bolso y tiró de ella, moviendo a Dina a la vez, haciéndola entrar.

—¿Tengo que recordarte que no soy un violador ni un asesino ni nada de eso?

—Yo... —al final caminó por su propio pie y se quedó alucinada— Madre de Dios, esto es increíble.

Un enorme ático en plena ciudad.

Dina caminó hasta las cristaleras del salón y abrió la boca de par en par al ver, desde allí, Central Park.

—Dios, qué maravilla. ¿De verdad voy a vivir aquí? —miró hacia atrás, a Brent.

—Sí.

—Vaya... —volvió a mirar a través de los cristales— Ya tu oficina es para alucinar, ¿cómo no iba a serlo tu casa? —se giró de nuevo— Es precioso —abrió los brazos, abarcándolo todo.

Sí que lo es, pensó Brent, mirándola a ella.

Tensos, los pantalones iban a comenzar a quedarle tensos por la entrepierna.

—Ahora también es tu casa, siéntete libre mientras estemos casados.

—¿De verdad?

—Por supuesto.

—Gracias —sonrió ampliamente.

—Te enseño lo demás. Tu dormitorio es grande, te va a gustar. Cuando te acomodes, tenemos mucho de lo que hablar. Hay que organizar nuestra vida como matrimonio durante el mes que dure.

Con un asentimiento de cabeza, Dina mostró estar de acuerdo.

La situación no había sido tan difícil, ¿no?

Ya estaban casados.

Ya vivían en la misma casa.

Todo, a partir de ese momento, tenía que ser pan comido. Esperar unas cuatro semanas y ya.

Ía, condicional...

Esas cuatro semanas iban a ser de todo menos fáciles.

Y las cosas comenzaron a complicarse esa misma noche.

Dina era incapaz de conciliar el sueño y es que todo aquello la estaba superando un poco.

Se incorporó y se sentó en la cama. No se escuchaba nada, la insonorización de esa casa era perfecta.

Tan perfecta que le estaba empezando a crear ansiedad.

Ella estaba acostumbrada a escuchar ruidos. En su casa el silencio era imposible. Como lo era dormir toda la noche de un tirón, se levantaba como veinte veces para mirar si su abuela estaba bien.

Y su cuerpo se había habituado a todo aquello.

Así que no oír ni una mosca y quedarse quietecita...

Se levantó de la cama y aprovechando la luz que entraba por la ventana, fue hasta la puerta sin tropezarse con nada. Puso la mano en el manillar y abrió despacio, para no hacer ni el mínimo ruido.

Claro que el pasillo ya era otro cantar.

—Me cago en Dios —gimió cuando se golpeó el dedo del pie con la mesita que había en mitad del corredor.

Era la patosa número uno, si alguien tenía que golpearse con algo, ahí estaba ella.

Tras maldecir mentalmente, cojeó hasta el salón y se quedó parada frente a esas enormes cristaleras desde donde se veía la ciudad iluminada.

—Precioso —susurró.

Abrió la ventana y sonrió al escuchar el ruido de la calle. Aliviada, corrió hasta el sofá y se sentó en él, abrazando sus piernas dobladas mientras miraba ese bello paisaje.

De pie, apoyado en la pared y con los brazos cruzados, Brent observó cómo Dina se acomodó en el sofá.

Había escuchado el golpe tanto como las veces que se había movido en la cama. Sabía que no podía dormir. Él tampoco podía hacerlo, todo aquello también era extraño para él por mucho que intentase lucir tranquilo.

Se levantó y la vio mirar por la ventana, abrirla y sentarse en el sofá. Y se quedó ahí, no supo cuánto tiempo.

Hasta que la pierna que aguantaba la mayor parte de su cuerpo se le durmió.

Cuando la sangre volvió a regarle en condiciones, se acercó a ella sigilosamente.

¿Estaba dormida?

Se agachó y la contempló, la luz de la calle iluminando levemente su rostro. Tenía una sonrisa en la cara y sí, parecía que estaba dormida.

Esa noche, Brent pidió algo de comida y tuvo que mantener el tipo mientras ella apareció, tras la ducha, con un pijama de ositos de lo más hortera.

De lo más hortera y sexy, porque bien que estuviste a punto de gemir.

A punto de gemir y duro como una piedra se había puesto. Inexplicablemente.

Ya...

La cuestión es que mantuvo la compostura y ella no notó nada. Le explicó qué se esperaría de ella. Al ser un matrimonio tan corto, no demasiado. No tendrían que mostrarse en público juntos en demasiadas ocasiones, así que sería fácil de llevar.

La mayoría del tiempo estarían en privado y ahí no tenían por qué fingir. Ni tampoco por qué intimar demasiado, no tendrían que conocer al otro a la perfección.

No tendrían que indagar demasiado en el otro.

O eso creía él. Pero la vida le demostraría que estaba muy, muy equivocado.

No solo porque para llevar adelante una farsa los pequeños detalles eran los más importantes.

Sino porque la necesidad de conocer a quien tienes cerca es casi instintiva.

Y la curiosidad de mirar más y más adentro puede llevarnos a sitios donde nunca imaginamos estar.

Brent suspiró y dejó de mirarla, maldiciendo, cuando se dio cuenta de que tenía los ojos fijos en su boca y una erección de caballo.

Otra vez.

—Joder —murmuró, marchándose.

Apareció unos segundos después con una manta. La tapó y suspiró de nuevo.

¿Qué era lo que le esperaba esas cuatro semanas?

Fuese lo que fuese, no sería tan difícil, ¿no?

Capítulo 15

Ingenuo. Eso era Brent. Un ingenuo de mucho cuidado.

Crejó que un pacto de ese calibre sería fácil. En plan: *aguantar a una desconocida en mi casa cuatro semanas y fingir ante la gente que estamos casados tampoco será muy complicado.*

No debería de ser muy difícil sino fuera porque tener a esa mujer cerca le estaba resultando una tortura y podía terminar eunuco.

Morados, se me van a poner morados, pensó. Eso si no me lastimo antes la muñeca con tanto meneo.

Y no era para menos, porque la mujer que tenía delante era la tentación en persona. Y a él iba a darle un jodido infarto.

Hasta entonces había soportado el chaparrón. Había aguantado verla despertar con ese pelo enmarañado y esos labios hinchados. Le había costado mantener la mente calenturienta a raya y no imaginarse que los tenía hinchados por otra cosa. Pero lo había conseguido.

Porque era la primera vez, claro.

Esto de lo que hablo ocurrió la primera mañana que Dina despertó en esa casa. Porque la noche anterior ya quedaba atrás y Brent y su mano... En fin, no hay mucho que explicar. El pobre tenía que desahogarse.

Así que podemos considerar la primera tortura la primera mañana de convivencia. Había conseguido pasar con éxito la prueba de verla con esos impresionantes labios, que para colmo él ya había probado, hinchados.

Como una piedra se puso, pero consiguió que ella no notase nada porque se sentó en uno de los taburetes de la cocina a toda prisa.

—¿Y todo esto? —preguntó como pudo, intentando sonar normal y rezando para que su voz no saliese ahogada. Ante él, en la isla que se usaba de mesa, el desayuno.

Dina se encogió de hombros.

—No he podido hacer mucho con lo que tienes por ahí. Nada en realidad. Pero estoy acostumbrada a eso y sé sacarle provecho.

Puso una taza de café frente a Brent y tomó asiento con la suya en las manos.

—Ya veo —dijo serio.

—Espero que no te haya molestado que yo trasteé un poco.

—¿Qué? ¡No! —negó rápidamente, no estaba serio precisamente por eso, pero a ver cómo demonios se lo explicaba— Me ha sorprendido, solo eso —bebió de su café—. No suelo tener nada en casa porque ni el café me tomo aquí.

—Ah...

—Pero si quieres vamos esta tarde y llenamos la despensa. La verdad es que necesitamos tener comida.

—No quiero ser una molestia para ti.

—No digas estupideces. Será tu casa durante las próximas semanas, quiero que te sientas a gusto.

—Gracias —sonrió ella y bebió de su taza mientras lo miraba.

Se levantaba guapo con ese pelo revuelto y la cara aun señalada de las sábanas. Eso era que había descansado bien, suponía que después de taptarla a ella, quien se quedó extrañada al despertarse con esa manta sobre su cuerpo. Había tenido que ser él, obvio.

—¿Qué quisiste decir con eso?

—¿Con qué?

—Con que estás acostumbrada y sabes sacarle provecho.

Ella se encogió de hombros, sonriente.

Demasiado sonriente para estar recién despierta, ¿no?

—Supongo que tú no puedes ni imaginarlo, pero cuando vives con el dinero justo, sabes que no puedes estirarlo más de lo que vale —se encogió de hombros—. Hay que hacer peripecias a veces.

—¿Has pasado hambre?

—No, tanto así no. Pero necesidad sí —sonrió avergonzada.

—Lo siento.

—¿Por qué? No tienes la culpa.

—Tú tampoco.

—No, yo tampoco —asintió ella—. No tuve otra oportunidad en la vida.

—Y ahora que puedes tenerla cuando todo esto termine, ¿por qué la rechazas?

—La tendré, ¿te parece poco quedarme limpia? Esa es la mayor oportunidad para mí. Poder

trabajar duro y saber que me va a cundir el dinero. Que no me va a sobrar, pero que voy a tener para vivir decentemente —una gran sonrisa en su rostro—. Con eso es más que suficiente, Brent. Tú vienes de otro mundo, sé que ves las cosas de otra manera. Pero así soy yo.

Con otra sonrisa, terminó de tomarse el café.

Sí, así es ella, pensó Brent. *Admirable*.

Y eso lo excitaba aún más.

Estoy empezando a tener un problema, pensó.

Así era, tenía razón. Y seguramente le habría venido bien saber que Dina vivía algo parecido por culpa de él.

Y es que se había quedado con el aire atascado en los pulmones al encontrárselo en mitad del pasillo, con la camisa abierta y el pecho al descubierto mientras comenzaba a abrochar los botones.

Ella salía de su dormitorio, ya arreglada.

Él era evidente que aún no estaba listo.

Y Dina...

Joder, las tabletas de chocolate en la barriga sí existen, pensó mirándolo e imaginando cómo sería tocar cada uno de esos cuadraditos.

Carraspeó. No una, sino varias veces. Hasta que tuvo que toser porque se había jodido la garganta.

So' bruta.

—¿Ya estás lista? —preguntó al verla.

Se metió la ropa por dentro del pantalón, apretó la correa y se dispuso a abrocharse el último botón de la camisa antes de ponerse la corbata.

—Sí —dijo ella.

Observó, ya divertida, cómo a Brent le costaba abrocharse ese botón.

—Tienes las manos demasiado grandes —rio.

Y, sin pensárselo, se acercó a él, le dio un manotazo en las manos y lo hizo ella.

Brent se quedó quieto, no se esperaba ese gesto. Pero no iba a quejarse. No le molestaba, en absoluto, tenerla así de cerca.

—Ya está —se separó de él con una sonrisa.

Era evidente, por cómo sonreía, que no se había sentido incómoda al hacerlo. Es como si se sintiera tranquila estando a su lado.

Brent no sabía por qué, pero eso le gustaba.

—¿Preparada para convertirte en la señora Harper?

Dina bajó la cabeza y miró su atuendo. Iba vestida casual, era el tipo de ropa que solía tener. Excepto un par de vestidos de fiesta para alguna ocasión especial, la verdad era que su guardarropa era, más bien, limitado y básico.

—Pues yo creo que sí —levantó la cabeza y se encontró con sus ojos. Él había terminado antes con su repaso ocular—. A no ser que creas que voy a desentonar demasiado.

—Estás perfecta —sonrió él—. Después nos encargaremos de la ropa más formal.

—Vale —sonrió ella y comenzó a caminar.

—¿No llevas abrigo? —preguntó Brent cuando caminando tras ella, observó su trasero. ¿Ese pantalón no mostraba demasiado...?

—No hace frío para eso.

—Yo creo que sí —la contradijo él—. Créeme, es mejor que lo lleves.

A Dina le pareció que era mejor ignorarlo.

Dina acompañó a Brent a un par de sitios antes de ir de compras.

—Es tuya —le dio una tarjeta que ella no quiso coger.

—Yo no... Sabes que no quiero.

—No es lo que quieras, Dina. Es el trato. No tiene límite y no te quiero ver mirando precios. Compra lo que necesites, lo que se te antoje. No te cortes. Quema tarjeta —le guiñó un ojo.

—Brent...

—Eso es lo que haría la verdadera señora Harper.

Con un suspiro, Dina aceptó la tarjeta. Pero esa vez no tuvo que usarla, porque quien pagó todo fue Brent con la suya.

No escatimó en convertir a esa preciosa mujer en alguien aún más espectacular.

Eso sí, le costó la vida.

Y las pelotas, pensó.

Se habían pasado el día entero de compras. Cuando Dina entró por la puerta de la casa, se quitó los zapatos y corrió hasta el sofá.

Gimió al tumbarse.

—Me duele todo. Pensé que ser rica era más descansado —bufó.

Brent rio, tenía unas cosas...

—No soy rico.

—Ah, ¿no? —levantó un poco la cabeza y lo miró— No me lo creo —volvió a dejar caer, de nuevo la cabeza—. Lo seas o no, la vida te va bien y yo me alegro —ella giró la cabeza y le sonrió al tenerlo más cerca.

—A ti también te irá bien después de todo, ya verás.

Dina se incorporó y se levantó del sofá.

—Seguro que sí —sonrió ampliamente.

Estaba feliz porque había ido a ver a su abuela a la residencia donde se encontraba y aunque estaba igual, se notaba que las cosas con dinero eran diferentes. La habitación donde estaba. La cantidad de plantilla que trabajaba allí y que estaba, veinticuatro horas, siete días a la semana, pendientes a sus pacientes.

Se había preguntado qué locura estaba cometiendo con ese desconocido, pero ver cuidada de esa manera a su abuela borró de su mente, para siempre, esos remordimientos.

Todo por ella. Todo por la mujer que había dado su vida para cuidarla a ella. Todo por mantener lo que a ella le importaba.

—Gracias, Brent —dijo, tomándolo por sorpresa.

—¿Por qué?

—Por cuidar así de ella —dijo emocionada.

—Yo...

¿Qué iba a decir? ¿Que no era nada, que era parte del trato? ¿Que lo había hecho porque a él le interesaba?

Porque esa era la verdad, no tenía que agradecerle, era ella quien había conseguido todo aquello aceptando el loco trato que él le había propuesto.

El timbre de la puerta sonó, salvándolo. Evitando que él tuviese que decir algo desagradable.

—Será Daniel.

—Yo mientras tomaré una ducha.

Corrió por el pasillo y Brent fue a abrir.

—¿Sigues vivo y cuerdo? —sonrió Daniel cuando vio la cara de su amigo.

—Soy un hombre duro —miró hacia el suelo y vio los zapatos de Dina, que había dejado por allí tirados. Los cogió y los dejó bien puestos en una esquina.

—Sí, ya veo —rio Daniel al observar el detalle.

—¿Algún problema?

—Ninguno, solucioné el tema de la demolición. Apenas tuve que indemnizarlos, los he contratado para el otro proyecto y se han quedado más que contentos. Perderemos un par de días de sueldos, pero poco más.

—Me alegro —llegaron hasta el salón— . ¿Cenaste?

—No, acabo de salir.

Tras un asentimiento de cabeza, Brent pidió algo de comida a domicilio.

—¿Qué es eso? —preguntó unos minutos después, cuando se sentó frente a Daniel, dejando tres latas de cerveza encima de la mesa, al lado de la de él, detalle que no pasó desapercibido para Daniel.

—Necesito que lo firmes para que podamos comenzar ya con las obras del Centro Comercial.

—¿Ya están todos los permisos entonces?

—Sí.

Brent sacó los documentos del sobre y, sin leerlos, los firmó.

—Cualquier día de estos te engaño y ni cuenta te das.

—Inténtalo —Brent se encogió de hombros.

—No tengo ganas de morir —rio Daniel—. ¿Y Dina?

—En la ducha —bebió un trago.

—Ah... ¿Cómo va todo?

—Bien. Es una chica lista. Le he estado explicando lo que tiene que hacer. Lo que puede o no decir. Le he hablado un poco de la gente con la que se va a encontrar. A quién puede responder y a

quién no —se acomodó en el sofá—. He estado intranquilo por nada. Parece haberlo pillado bastante rápido, lo hará bien.

—No la conozco demasiado, pero te creo —hizo un brindis silencioso con su amigo y bebió—. ¿Sigues con los planes de presentarla en el acto benéfico?

—Sí.

—Los más conservadores van a criticarte por no respetar el duelo.

Brent se encogió de hombros.

—No voy de fiesta, asistiré a un acto benéfico y cuando termine y empiece la diversión, me marcharé.

—Estoy deseando ver algunas caras —rio Daniel.

—Comenzará el juego sucio, pero estaremos preparados para ello.

—¿Quién juega sucio? —preguntó Dina, llegando hasta ellos.

Daniel fue el primero en verla y casi se atraganta. Brent miró hacia atrás y entendió por qué.

Otro pijama de ositos malditamente sexy.

Pero ponte una bata o algo, ¡mejor un saco!

La siguió con la mirada y posó los ojos sobre su amigo cuando volvió a girarse. Este lo miró enarcando las cejas, Brent negó con la cabeza.

No quería oír nada ni saber si a él le parecía igual de sexy, no quería romperle el cuello a su mejor amigo.

—Hola, Daniel —sonrió Dina cuando, tras mirarlos, se sentó al lado de Brent.

Este sonrió, sí que era lista.

—Dina... Me alegra ver que te estás adaptando bien a tu nueva vida.

Ni le importaba estar en pijama ni nada. Tan natural ella.

Dina cogió la cerveza que le ofrecía Brent y se encogió de hombros. Miró al chico guapo de sonrisa dulce y pícara.

—No cuesta mucho sentirse cómoda en un lugar así —sonrió avergonzada—. Aun así, no es mi hogar y no creo que me llegue a acostumbrar. Además, ni tiempo me dará —rio.

Ella podía reír, pero a Brent le había sentado mal el comentario.

¿Por qué? Si es la verdad.

No lo sé, pero no quiero oír algo así.

En fin...

—Como sea —Daniel miró de reojo a su amigo antes de volver a mirarla a ella—, es bueno saber que te sientes cómoda.

—Hasta ahora todo es fácil —habían ido de compras, les entregarían las cosas al día siguiente, tanto la ropa como la comida y habían estado los dos solos hasta el momento, sin tener que representar el papel delante de nadie—. Me da miedo no dar la talla cuando Brent lo necesite. No quiero dejarlo en mal lugar.

—No digas estupideces —dijo Brent, brusco.

¿Por qué? Tampoco lo sabía.

—No temas, no te dejaremos sola.

—¿Dejaremos? —Brent enarcó las cejas.

—Los dos —Daniel se señaló a sí mismo y a Brent—. Estaremos pendientes, por el bien de la empresa, a que nadie se acerque a ella y pueda hacernos la puñeta. ¿No es eso lo normal? Somos amigos y trabajamos juntos, tenemos los mismos intereses, ¿no? —Daniel sonrió ampliamente y Brent bebió.

Bebió e imaginó cómo podría cometer el crimen perfecto.

Capítulo 16

Dos días más habían pasado.

Dos días más de tortura sexual.

Para ambos. Porque ninguno de los dos era inmune a la presencia del otro.

Brent intentaba decirse que era normal que su cuerpo reaccionase de esa manera porque hacía días que estaba a dos velas y él no era un hombre acostumbrado a ello. No es que cada noche estuviese con alguna mujer, pero tampoco solía pasar tantos días de sequía.

¿La conclusión? Era un tema físico y lo mismo le habría pasado siendo cualquier otra mujer...

Oh, vamos, ni pienses esa gilipollez. Soy la voz de tu cabeza y no voy a permitir que pienses esa idiotez. ¿Cualquiera? ¿Te pasaría con cualquier otra? ¿Entonces por qué, cada vez que te tocas lo haces pensando en ella? Vamos, no me jodas que eso fue así desde la primera vez que la viste. ¿O necesito recordarte lo que soñaste?

Maldita voz.

Como si hiciese falta que le recordase nada. Como si esas imágenes no siguieran estando en todo momento presentes en su mente y fueran las culpables, también, de su calentura.

Apoyó las palmas de las manos en los fríos y húmedos azulejos del baño y dejó que el agua que caía sobre su cuerpo lo destensara un poco.

Va a ser que así no.

Dejándose llevar por lo inevitable, bajó una de sus manos y agarró su miembro erecto. Gimió ante el contacto.

Joder, sí que estaba excitado.

Apretó un poco y comenzó a mover la mano mientras, en su mente, imaginaba que era Dina quien lo hacía.

—Dios —un gemido ronco, agónico al imaginársela allí abajo, frente a él. Su boca jugando con su virilidad.

No tardó demasiado en terminar, apoyó la frente en los azulejos y dejó que saliera.

—¿Cómo demonios voy a aguantar cuatro semanas? —murmuró entre gemidos.

Gemidos podía haber oído también Brent si hubiese puesto la oreja sobre la puerta del dormitorio de Dina.

Acostada en la cama y con una mano bajo el pantalón de pijama, la que era su esposa fantaseaba, también, con él.

—Más —murmuró.

Le faltaba el aire, movía las caderas sin control, deseando tener dentro de ella algo más que sus dedos.

Lo quiero a él, pensó.

La primera vez que tuvo un sueño erótico con Brent Harper, casi se cae de culo de la cama. Pero a esas alturas, después de varios...

Dina no iba a engañarse a sí misma ni a negarse que ese hombre la ponía como una moto.

La soledad es muy mala y como es simpático y se porta bien conmigo...

¡Venga ya!, se dijo a sí misma. Me pone y punto.

Así que se dio vía libre para imaginar. Eso no era malo, ¿no?

La imaginación es libre.

—Más fuerte —pidió, desesperada.

Sus dedos salieron y entraron en ella más rápidamente, con más fuerza. Hasta que...

—Oh, ¡sí! —exclamó, sin poder contenerse.

Recién salido de la ducha, con la toalla alrededor de su cintura, su cuerpo aún mojado, Brent miró hacia la puerta de su dormitorio al escuchar el grito de Dina. Con el ceño fruncido, abrió la puerta de su dormitorio y se acercó al de ella.

Puso la oreja en la puerta y la escuchó gemir otra vez.

Al otro lado de la puerta, Dina, con la mano tapando su boca, intentaba que los espasmos del orgasmo desaparecieran.

Brent llamó a la puerta. Dina dejó de respirar.

—Dina, ¿estás bien? —preguntó, preocupado.

Ella cerró los ojos con fuerza, maldiciéndose por no ser más silenciosa.

—Perfectamente —dijo con la voz algo tomada.

Al escuchar el gallo, Brent enarcó las cejas.

—¿Seguro? ¿Quieres que entre y...?

—¡¡¡No!!! —exclamó demasiado fuerte y demasiado rápido— Estoy... Esto... No estoy vestida.

Ya... Como si no fuese bastante problema saber que no estás vestida, con ese tono sé, demás, por qué.

Era Brent quien iba a gemir.

Así que, sin decir una palabra, se dio la vuelta y volvió a su dormitorio.

—A la mierda, de nuevo a la ducha —bufó.

Tenía otra erección que calmar.

—Eunuco, terminaré eunuco.

Esa misma noche, en otro lado de la ciudad.

Stuart Bell abrió el sobre que le habían enviado. Dentro de él, fotografías de Brent Harper.

—Pero ¿quién demonios...?

Apretó los dientes mientras miraba cada una de las instantáneas que había dentro. En todas ellas, Brent Harper estaba acompañado por la misma mujer rubia.

De compras.

Comiendo.

Sonriendo.

¿Quién era esa mujer?

Cogió el móvil y llamó a su asistente.

—Quiero que investiguen a la mujer que acompaña a Brent Harper y quiero que toda la información ¡ya!

Maldita fuera, no quería ni pensar que entre esos dos hubiera algo. Pero por cómo se miraban...

—Maldición —tiró las fotos sobre el escritorio.

No podía ser lo que estaba pensando, ¿verdad?

Más dolores de cabeza no.

Brent Harper no tenía otra salida que la de convertirse en su yerno.

Capítulo 17

Brent esperaba a que Dina saliese del dormitorio. Con una copa de vino en la mano, miraba a través de las cristalerías del salón.

Ahí era donde se ponía Dina todas las noches. Después abría la ventana y se tumbaba en el sofá. Y él, cada noche, esperaba a que ella se durmiese y la tapaba.

Ninguno había hecho ningún comentario al respecto. Era como un silencio tácito entre los dos.

Y aunque ella no le había dicho nada, Brent creía saber por qué lo hacía. Se le daba bien observar, conocía muchos aspectos de la gente mientras prestaba atención a los detalles.

Ya había pasado una semana desde que se casaron y las cosas no habían sido difíciles hasta el momento.

Brent ya había vuelto a la oficina y Dina, mientras, visitaba a su abuela y a su amiga.

Aún no le había dado tiempo a aburrirse. Sobre todo porque, al parecer, lo que había dicho Brent de que se verían poco no era tan así.

No pasaba tanto tiempo en el trabajo y sí en casa, pendiente a ella.

Era evidente que también le estaba costando todo aquello.

Las dos últimas tardes él había llegado más tarde de lo que quería y ella estaba allí, en casa. Esperándolo.

Sentada en el sofá, con el móvil. O leyendo alguno de los cientos de libros que Brent tenía en casa.

La primera vez le chocó. Ya la segunda esperó verla.

Todo era tan raro...

Escuchó sus pasos y comenzó a girarse para mirarla. No se le cayó la copa de milagro al verla.

—Joder —susurró o creyó hacerlo. A saber si fue capaz de emitir sonido alguno.

Porque se había quedado sin palabras.

Con un vestido azul de fiesta de corte sirena, ajustado a su cuerpo. Con un escote generoso sin llegar a ser demasiado para el acto al que asistían. La falda con un corte hasta arriba de la rodilla, ofreciéndole un poco de picardía al vestido.

Cuando Dina eligió su ropa, días atrás, Brent solo se encargó de pagar, nunca de elegir.

De haberlo hecho, de haberla visto antes con ese vestido, se lo habría quitado él mismo en el probador.

—Madre de Dios —gimió otra vez, mirándola.

Llevaba la mayoría del pelo suelto, solo recogido una parte de él en la parte de arriba de la cabeza. Lo demás cayendo en perfectos rizos por su hombro desnudo.

Me da, ¡a mí me da!, pensó Brent.

Nerviosa porque ese hombre la mirase y no dijese nada, la inseguridad comenzó a apoderarse de Dina.

—¿No es apropiado para...?

Brent, saliendo de su estupor, negó rápidamente con la cabeza.

—No...

—¿No? —lo interrumpió ella. Brent dejó la copa sobre la mesa y se acercó a Dina— A lo mejor es demasiado, ¿no? —suspiró ella, viendo cómo se acercaba— Lo siento, Brent, yo...

Él se paró muy cerca de ella y puso un dedo sobre sus labios.

—Shhh... ¿Por qué lo sientes? —preguntó al quitar la mano que le quemaba con un simple toque— Estás increíble —la cogió de la mano y la hizo girar—. Maravillosa.

—Pero dijiste...

—No dije, no me dejaste terminar —sonrió y volvió a mirarla—. Perfecta —su voz, admirándola.

—Gracias. Tú también estás muy guapo —dijo ella, roja como la grana.

Estaba más que eso, pero no podía decírselo, tenía que tener cuidado con las palabras.

En su mente podía decirlo, estaba jodidamente sexy.

Con ese esmoquin negro que le quedaba como un guante.

Con esa típica media sonrisa en los labios, Brent le ofreció el brazo.

—¿Preparada para ser el centro de atención?

Dina miró al techo.

—No me digas eso, Brent, que me escondo debajo de la cama a la de ya.

Fue a salir corriendo, pero Brent la cogió de la mano antes, riendo.

—¿Adónde vas? —rió, entrelazó el brazo de Dina con el suyo— Vamos, no eres una cobarde —tiró de ella para que anduviese a su lado.

—No, pero tampoco me pongas nerviosa.

—No es mi intención ponerte nerviosa —abrió la puerta de casa y salieron—. Solo te digo lo que ocurrirá.

—Pues miente —dijo ella cuando Brent pulsó el botón del ascensor.

—¿Prefieres que te mienta?

Entraron en el ascensor y Brent pulsó el botón del parking.

—En este momento sí. Siento demasiada presión por todo.

Y lo dijo agobiada, Brent lo notó.

—Mírame —se soltó del brazo y le puso las manos en la cintura, quedándose frente a ella—. Irá bien, ¿vale? Voy a estar en todo momento contigo. No voy a dejarte sola.

Dina se quedó mirando esos impresionantes ojos negros que la miraban intensamente y tragó saliva.

Lo tenía tan cerca...

—¿De verdad? —preguntó en un susurro.

Brent bajó la mirada desde esos brillantes ojos azules hasta esos impresionantes labios. Dina, inconscientemente, sacó su lengua, lamiéndoselos.

Brent no gimió de milagro. Le salvó que el ascensor pitase porque había llegado a su destino.

—De verdad —dijo con seriedad, buscando tener, de nuevo, el control de su cuerpo y de la situación.

Se separó de ella antes de hacer algo que no debía.

Dina no solía acobardarse ante nada, la vida se había encargado de que ella fuese así. Pero eso no quitaba que no hubiese situaciones en las que se pusiera nerviosa.

Histérica estaba cuando bajó del coche, ya habían llegado al hotel donde se celebraba el acto benéfico.

Según le había explicado Brent, cada año se reunían decenas de empresas para recaudar fondos para diferentes causas.

Ese año se recaudaría dinero para ayudar a la lucha contra el cáncer.

A Dina le encantó saber que ese tipo de cosas existían de verdad y que había gente que se involucraba en intentar ayudar a los demás.

Brent le había dicho que no todo era color de rosa. Muchos de los que asistían a ese tipo de eventos y que hacían donaciones buscaban ser recompensados de otra manera.

Por alianzas con otros, buscaban dar una buena imagen...

A Dina no le importaba saber si había gente que era así de inhumana. Su dinero, de todas maneras, podía significar la esperanza para muchos otros. Lo hicieran o no de corazón.

—¿Nerviosa? —Brent, a su lado, la miraba con algo de diversión.

Dina gimió.

—No suelo intimidarme con nada, pero esto... —miró a Brent— No quiero hacerlo mal, no quiero dejarte en ridículo.

Brent enarcó las cejas.

—¿Estás nerviosa por mí?

—Claro —resopló, ¿no era evidente?

—¿Por qué? El pacto no se romperá porque lo hagas mejor o peor esta noche.

—No todo es el pacto, Brent —bufó ella—. Ya sé que seguirá adelante, aunque yo no dé la talla. Tú estarás cerca y lo solucionarás. Además, no me importa lo que piensen de mí, nunca me ha importado. Al final terminarán olvidándose de mí. Pero no... Es que no... —cogió aire— Esto significa mucho para ti y no quiero avergonzarte. No soportaría que te sintieras abochornado por mi culpa.

Brent sintió algo muy extraño al escucharla decir eso. La miró unos segundos antes de coger su mano.

—Jamás podrías avergonzarme —y sonó cierto lo que decía tan serio. Entrelazó, de nuevo, sus brazos—. ¿Preparada?

No, quiso decir, pero asintió con la cabeza.

Y se agarró al brazo de Brent con fuerza.

Como si no quisiera soltarlo nunca.

Jamás.

Capítulo 18

—Señor Reed, todo un placer verlo por aquí.

Daniel sonrió a quienes le saludan. Una sonrisa que no le llegó a los ojos, pura cortesía. Como siempre solía pasar cuando de ellos se trataba.

—Señor Bell. Señorita Bell... —una reverencia exagerada que lucía, más bien, como una burla.

—Daniel —lo saludó ella, tuteándolo e ignorando su forma de comportarse.

Si quería ganar puntos con Brent, tenía que comenzar a tragar a ese idiota. Y es que a Kelly nunca le había caído bien la sombra de Brent, como ella lo llamaba. Siempre sonriendo. Cual hiena. Sabía muy bien cómo atacar.

—¿Dónde está Brent? —preguntó.

Daniel tomó un poco de su copa de vino.

—No creo que tarde en llegar. La recepción solo acaba de comenzar.

—Cuando nos casemos me encargaré de que no vuelva a llegar tarde —susurró, mirando a su padre, quien asentía con la cabeza.

Una amplia sonrisa en los labios de Daniel.

—¿Has dicho cuando os caséis?

—Sí —ella levantó la cabeza, altanera.

—Ya... —Daniel se terminó la copa de vino y la dejó sobre la bandeja que portaba uno de los camareros— Pues no sé yo... —señaló a sus espaldas, sin ningún disimulo y los dos se giraron a mirar.

Y se quedaron tan atónitos como la mayoría de los presentes. Digo la mayoría porque Daniel se sentía de todo menos eso.

Estaba divertido viendo cómo a algunos y a algunas se le iban a salir los ojos de las órbitas.

Y es que era la primera vez que Brent Harper aparecía públicamente acompañado por una mujer.

¿Conquistas? Muchas.

¿Sexo? Mucho.

¿Algo más que un momento privado? Jamás.

Del brazo de Brent, Dina se mantuvo quieta, a su lado, cuando él se paró tras entrar en el lugar.

Cientos de pares de ojos sobre ellos. Primero el silencio absoluto, después comenzaron los murmullos.

Y la mayoría susurraba lo mismo: “¿Quién es?”

Brent acercó su boca al oído de Dina y susurró.

—¿Estás bien?

Ella miró y ella sonrió con nerviosismo.

Solo entonces continuó caminando con ella.

Daniel observó todo aquello como si de una película se tratase. Dina lucía realmente fantástica. Preciosa, elegante y su sonrisa y sus gestos mostraban que estaba acostumbrada a verse en situaciones así.

Increíble.

Sin una sola palabra de despedida hacia los Bell, fue a saludar a sus amigos.

—¿Quién es? Papá, ¿quién es esa mujer? —sonó a berrinche de niña pequeña y caprichosa.

Stuart apretó los dientes. Aún no lo sabía, pero lo iba a descubrir.

—Si querías deslumbrar, lo conseguiste —una reverencia, pero esa vez de verdad, a Dina.

Con una enorme sonrisa, ella lo saludó.

—Estás muy guapo.

—¿Verdad? —dijo él y se acercó a ella para susurrar— A ver si así gano puestos para que cuando te quedes soltera, vengas a buscarme —le guiñó un ojo, ligón.

Brent bufó. Maldito idiota.

—Amigo —Daniel, riendo a la vez que Dina, le dio la mano a su jefe—. Casi se le salen los ojos de las cuencas. Los habéis dejado a todos con la boca abierta.

Eso era lo que Brent quería.

—El show debe continuar —dijo al ver acercarse al padre y a la hija.

—Brent.

—Stuart.

Con los típicos movimientos de cabeza, los dos hombres se saludaron.

—Kelly —para ella otro movimiento más, ignorando la mano que le ofrecía para que se la besara.

Brent mantenía a Dina agarrada, cerca de él. Y no iba a separarse de ella por saludar a otra mujer.

—¿Cómo estás? —preguntó ella, intentando ignorar el desaire al que le había sometido.

—Bien, espero que tú también.

—Quise ir a verte, pero pensé que necesitabas tiempo —miró a Dina de arriba abajo, de mala manera—. Creo que tenía que haberle hecho caso a mi instinto.

Dina se mantuvo imperturbable, no mostró reacción alguna. Sabía quién era esa mujer, sabía quién era su padre. Sabía qué era lo que querían.

A Brent.

Y a su empresa.

—No te preocupes, no hay nada que hubieras podido hacer por mí. Ni antes ni ahora —si quería ser desagradable, él también sabía serlo, pero con más elegancia.

—Ya veo... ¿Y esta quién es? —preguntó de mala manera.

—Kelly... —la regañó su padre. Por más que le fastidiase, no podía perder las formas en un lugar como ese, cuando había tantos pares de ojos pendientes a ellos.

Y cuando su futuro dependía de Brent. No debían despertar a la bestia. Bell no quería dar ningún paso en falso, tenía que asegurarse ese matrimonio y la empresa.

—Señorita... —Stuart Bell fue a saludar a Dina.

Brent lo interrumpió.

—Señora —dijo, esperando a que Bell rectificase.

—¿Perdón? —Stuart frunció el ceño, temiéndose lo peor.

—Dijiste señorita y te estoy corrigiendo —habló un poco más alto de lo que solía hacerlo para llamar la atención. Como si lo necesitase... Estaba toda la sala pendiente a él—. Y a mi mujer —hizo una leve pausa para que todos asimilaran esas palabras— deberías dirigirte como la señora que es.

Daniel, quien disimuladamente se había colocado al otro lado de Dina para hacerle un doble marcaje, viendo las caras de todos cuando escucharon las palabras posesivas y la declaración de Brent, disfrutó de lo lindo.

A punto estuvo, incluso, de soltar una carcajada. Se controló a duras penas.

—¿Tu qué?! —exclamó Kelly.

Con un vestido rojo ceñido y con demasiadas transparencias, la mujer con una larga melena rubia y una cara perfecta, abrió sus enormes ojos aún más.

—Al final se le salen, verás —susurró Daniel para que solo Dina lo escuchase.

Esta apretó los labios y lo miró de reojo, regañándolo porque la iba a hacer reír.

—¿Quién has dicho que es? —gruñó Kelly, enfadada.

—No habrás hecho una tontería, ¿verdad, Brent? —susurró Bell para que nadie más lo escuchase.

—No, por eso mismo no hice lo que tú esperabas que hiciera —miró a ambos—. Es todo un placer para mí presentaros a mi esposa —deshizo los brazos entrelazados, cogió la mano de su mujer y entrelazó sus dedos para, acto después, levantarlos y besar la mano de ella—. Dina. El señor Stuart Bell y su hija, Kelly. Un amigo de mi difunto tío.

Si con esa explicación no le quedaba claro el lugar que ocupaba en la vida de Brent, es que no era demasiado inteligente.

Y ya lo digo yo, por si acaso.

Ninguno.

No pintaba nada en la vida del empresario.

—Ganaste una batalla, pero aún queda la guerra —le advirtió Bell antes de tirar de su hija y marcharse de allí. No sin antes despedirse de todos con una inclinación de su cabeza y un “Señora” dirigido a Dina.

Las apariencias, siempre, había que guardarlas.

Desde ese momento, Brent Harper no solo hizo público su cambio de estado civil, sino que demostró a la gente que estaba en ese acto junto a su mujer.

Todo el tiempo al lado el uno del otro, con sus brazos entrelazados o no, Brent y Dina actuaron como la pareja perfecta ante todos los asistentes al acto.

Dina se mojó las manos y puso una sobre su frente, otra sobre su nuca.

Todo aquello estaba siendo un poco pesado para ella. No lo había llevado mal o eso creía. Pero se sentía cansada. Agotada de presentarse, de sonreír, de que la gente se le acercase porque quisiera conocerla.

Era la novedad, lo sabía. Duraría poco porque su tiempo ejerciendo ese papel era limitado. No quitaba que cansase.

Y es que hasta ese momento no pensó en la trascendencia que tenía un empresario como Brent Harper dentro de su mundo. Era más de la que nunca imaginó.

Tras salir del baño, al ver las cristaleras que daban al jardín, aprovechó para salir y tomar un poco el aire. Lo necesitaba.

La noche estaba preciosa. En aquella parte de la ciudad, lejos de la contaminación de la gran urbe, podían verse algunas estrellas.

El jardín lucía maravilloso. La iluminación y la decoración perfecta.

La verdad era que todo el evento lucía espectacular.

Con los brazos cruzados, moviéndolos para frotarse, intentando entrar en calor porque hacía un poco de relente, Dina contempló el cielo y disfrutó, un poco, de la soledad de un momento así.

Le vendría bien recargar pilas.

—¿Deseando volver a colocarte la bata?

Dina cerró los ojos unos segundos antes de girarse y mirar a Kelly.

—Señorita Bell —la saludó con cortesía.

—Modales has tenido que aprender mientras limpias lo que gente como yo ensucia.

Se cruzó de brazos y la miró, altanera, un mohín en los labios. Estaban operados, Dina lo había imaginado desde el principio. Esa cara tan perfecta y estirada, lo mismo que sus tetas y su culo tan bien puestos, solo podían ser así porque estaban retocados.

Porque la ley de la gravedad existe para todos.

—¿Me habla a mí?

—¿Ves a alguna limpiadora más por aquí? —señaló al lugar.

Dina no quiso sorprenderse, Brent ya le había advertido de que aquello podía pasar. Seguramente Stuart Bell ya sabría quién era ella.

—En este momento no veo a ninguna. Pero de ser así, merece todo mi respeto, por supuesto.

Kelly rio con ironía.

—Aunque la mona de vista de seda... Se ve a leguas, querida, lo que eres.

—¿Y qué soy?

—Una vulgar trepa.

Dina cogió aire.

—No la conozco y la verdad es que tampoco me interesa. Así que si me disculpa...

Fue a marcharse, pero a Kelly no le apetecía que lo hiciera tan pronto. Así que la agarró del brazo y la paró.

—Suélteme —le advirtió.

—Espero que todo esto te dure poco. Las putas como tú no tienen cabida en este mundo. ¿Acaso no eres eso? ¿Acaso no te has vendido por dinero?

Dina intentó permanecer impassible y que Kelly no notase cómo le dolía escuchar eso.

—Aunque sea así, que sepas que ganaré yo. Ese hombre será mío. No importa cuán vendida llegues a ser.

—¿Y qué de ser así? —la miró, desafiante— ¿Acaso no es eso lo que tú intentas hacer con Brent? ¿O es que cuando se trata de putas como tú, la cosa es diferente? —se soltó del agarre de Kelly y la miró de arriba abajo antes de volver a posar sus ojos sobre ella— Creo que te está haciendo falta una liposucción —señaló el cuello de Kelly—. Y la papada se va notando.

—Serás... —levantó la mano para abofetearla, pero Dina la agarró antes de que la rozara.

—¿Putas? Sí, ya me lo dijiste. Y, al parecer, mejor que tú. Al menos sé cuándo me han superado y no hago el ridículo.

Dejándola con una exclamación ahogada que después se convirtió en una pataleta infantil, Dina se marchó de allí.

Gritó cuando alguien la agarró del brazo y la metió tras los arbustos.

Y se quedó de piedra al ver de quién se trataba.

—Tarda demasiado.

Era la tercera vez que Brent decía eso y sería la primera en la que Daniel le daría la razón.

Dina había ido al baño hacía un buen rato y nada que aparecía. Y aunque Brent se estaba quejando al minuto, Daniel, en ese momento ya sí tenía que mostrar su acuerdo con él.

Además, teniendo en cuenta que ni a Bell ni a Kelly se los veía por allí, era normal que el pobre estuviese preocupado.

No es que fuesen unos asesinos ni mucho menos, pero sí podían hacerle daño de otras maneras.

Que la lengua puede ser de lo peor y la gente la usa sin control.

—Ve a buscarla, yo daré una vuelta por el jardín por si salió.

Brent no tardó en estar en la puerta del baño de mujeres. Una de las chicas que iba a entrar le hizo el favor de mirar. Le dijo que estaba vacío, que no había nadie.

Allí no estaba.

Salió al jardín y gruñó cuando Daniel lo agarró y lo hizo esconderse detrás de un arbusto.

—Shhh... —le advirtió este.

—Una vulgar trepa.

Brent se quedó quieto al oír la voz de Kelly, miró hacia donde lo hacía Daniel, la voz venía de allí.

—No la conozco y la verdad es que tampoco me interesa. Así que si me disculpa... —dijo Dina.

Fue a marcharse, pero Kelly la agarró del brazo y la paró.

—Suélteme —le advirtió esta.

—Espero que todo esto te dure poco. Las putas como tú no tienen cabida en este mundo. ¿Acaso no eres eso? ¿Acaso no te has vendido por dinero? Aunque sea así, que sepas que ganaré yo. Ese hombre será mío. No importa cuán vendida llegues a ser.

Y una mierda iba a ganar ella nada tratándose de él.

Brent quiso salir y cerrarle la boca a esa mujer, pero Daniel se lo impidió. Tenía que dejarla solucionarlo sola.

—¿Y qué de ser así? —la miró, desafiante— ¿Acaso no es eso lo que tú intentas hacer con Brent? ¿O es que cuando se trata de putas como tú, la cosa es diferente? —se soltó del agarre de Kelly y la miró de arriba abajo antes de volver a posar sus ojos sobre ella. Tanto Brent como Daniel enarcaron las cejas al escucharla— Creo que te está haciendo falta una liposucción —Daniel estuvo a punto de soltar una carcajada y su jefe no menos—. Y la papada se va notando.

—Serás... —levantó la mano para abofetearla y ahí sí que le costó trabajo a Daniel aguantar a Brent, pero lo logró.

Como Dina logró parar la mano de la otra mujer.

—¿Putas? Sí, ya me lo dijiste. Y, al parecer, mejor que tú. Al menos sé cuándo me han superado y no hago el ridículo —dijo antes de alejarse de ella.

Fue cuando pasó por su lado, que a la vez que Daniel salía de detrás del arbusto, Brent metía a

Dina tras él.

La vio abrir los ojos de par en par al verlo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Te estaba buscando.

—¿Detrás de un arbusto? —suspica.

—¿Y tú? ¿Qué haces aquí? —preguntó sin responder.

—Salí a tomar un poco el aire.

—Ah... ¿Nada más que contarme?

Dina suspiró. Él vio cómo le brillaban los ojos por las lágrimas no derramadas. Lo había pasado mal.

Maldita fuera.

—¿Cuánto escuchaste?

—Lo suficiente.

—Lo siento, Brent, yo...

—¿Quieres que nos vayamos ya? —la interrumpió él.

Dina asintió rápidamente con la cabeza. No había nada que deseara más.

Y Brent iba a darle el gusto.

Mientras, al otro lado del arbusto...

—Maldita —gruñó Kelly.

—Cuidado, Kelly, esa maldita lleva el apellido Harper y está protegida por tal.

Daniel no necesita ni quedarse allí más tiempo ni decir nada más.

Capítulo 19

Brent entró en casa tras Dina y cerró la puerta.

Ambos habían permanecido todo el tiempo en silencio desde que se montaron en el coche.

Dina avergonzada.

Brent pensando en muchas cosas.

Dina vio cómo Brent entraba en la cocina y aparecía con una botella de vino y un par de copas. Las puso sobre la mesa, las rellenó y sin decir una palabra, cogió la suya y fue hasta la cristalera.

Se quedó ahí, mirando a través de ella. En silencio.

Dina suspiró.

—Lo siento —dijo de nuevo.

Suponía que estaba enfadado con ella por cómo le había hablado a esa mujer.

—Deja de decir eso —Brent volvió a beber y dejó la copa sobre la mesa cercana.

—Es la verdad. No sé cuánto oíste, pero sé que lo hice mal. Tenía que haber pensado en ti, en el pacto y...

—¿Y dejarás que te humillen por el maldito pacto? —se giró y la miró.

—Estás enfadado.

Se le notaba en la cara.

—Sí —afirmó él—. Pero no contigo.

—¿Entonces?

—Conmigo. Te he metido en esto y me ha jodido tener que verte pasarlo mal cuando esa mujer...

—apretó los dientes— Odio que te hiciera sentir mal cuando te dijo que te vendiste. Odio que aún tú creas eso y que por eso te duela. Así que no te disculpes por defenderte. Nunca.

—Brent —estaba sorprendida por lo que decía—. Es normal, que me duela oír eso. Yo...

—No, no es normal. Incluso siendo cierto, no tiene derecho a juzgarte. Ni ella ni nadie.

Dina sonrió tiernamente.

—Y yo no tengo derecho a avergonzarte. Y lo hice. De verdad que lo siento.

Y lo sentía, se sentía mal por él.

—No digas estupideces —se acercó a ella, se paró cerca—. Soy yo quien debería disculparse, te dejé sola y prometí no hacerlo. De haber estado contigo no habrías escuchado ese tipo de cosas.

Dina sonrió.

—O sí, con esa loca quién sabe.

Brent también sonrió.

—Lo has hecho muy bien, Dina. Estoy muy orgulloso de ti —dijo con la voz profunda, provocando un escalofrío en Dina.

—¿Pero a partir de ahora mejor no haces más apariciones públicas? —preguntó ella, poniendo cara de inocente. Intentando bromear para no prestarle atención a lo que él le hacía sentir.

Brent, sin poder evitarlo, soltó una carcajada. Y la miró de arriba abajo.

—Con un vestido así, ya te digo yo que no.

Dina frunció el ceño.

—¿Por qué no? Si me dijiste que era perfecto.

—No, creo recordar que dije que estabas increíble, maravillosa, perfecta. Pero que el vestido lo era no.

Dina juntó aún más las cejas.

—¿Y cuál es la diferencia?

—Mucha, créeme.

—Pues no lo entiendo.

—Mejor —dijo él mientras se alejaba de ella.

—¿Cómo que mejor? —lo siguió. Lo agarró por el brazo e hizo que se parase— En serio, Brent Harper. ¿Qué tiene de malo mi vestido?

Y parecía preocupada y todo.

Brent suspiró.

—Tu vestido nada, Dina. El problema es la jodida mente masculina —la miró de arriba abajo, deteniéndose en sus pechos más de lo necesario. Después en su boca. Después en sus ojos—. La mía sobre todo.

Y sin una palabra más, la dejó ahí. Preguntándose si había querido decir lo que ella creía que había querido decir.

—¿Aun dándole vueltas a lo que te dijo?

Dina se sobresaltó cuando escuchó la voz de Brent tras ella. Con la mano en el pecho, se giró.

—Joder, me asustaste —el corazón en un puño. Lo miró, apoyado en la pared, con una manta en la mano. La manta con la que solía despertarse tapada cada mañana. Obvió, por supuesto, la tableta de chocolate—. ¿Y eso? —carraspeó y preguntó, señalando.

Brent bajó la mirada hacia donde señalaba.

—Six pack le dicen —Dina puso los ojos en blanco y Brent sonrió—. Venía a taparte.

—Vienes cada noche —era evidente.

—Pero esta parece que te cuesta más dormir —se separó de la pared, dejó la manta sobre el sofá y se acercó a Dina, quien intentó no ponerse nerviosa al tenerlo tan cerca y con tan poca ropa, solo un pantalón de pijama—. Aún no abriste ni la ventana. No tardas mucho en hacerlo —con eso le dejaba claro que la veía hacerlo. Dina abrió los ojos mucho y Brent sonrió—. Te he visto hacerlo cada noche. Espero a que te duermas para taparte.

—¿Por qué? —susurró ella.

—No quiero que enfermes.

Dina negó con la cabeza.

—¿Por qué no me has dicho nunca que estabas ahí?

Brent se encogió de hombros.

—Era tu momento, respetaba tu espacio. Pero hoy hay algo diferente. De verdad no puedes dormir.

—No —reconoció ella—. ¿Sabes por qué abro la ventana? —él negó con la cabeza— Estoy acostumbrada a dormir escuchando ruidos. En el barrio donde me crie y donde aún vivo, siendo una casa baja, mucho silencio no hay. Además, mi abuela, desde que está enferma, habla por las noches, se mueve, me hace levantarme —suspiró—. No estoy acostumbrada a esta paz.

—¿Por qué no has abierto aún la ventana? Sabes que dormirás entonces.

Dina se encogió de hombros.

—No sé. Tal vez no quiero dormir aún —susurró. Miró a Brent a los ojos, sentía cómo le hervía el cuerpo al tenerlo tan cerca—. ¿Por qué no duermes tú?

—No lo sé —su mirada quemaba—. Tal vez tampoco quiero dormir.

Dina lamió, inconscientemente, su labio inferior y Brent estuvo a punto de gemir. Le costaba, cada día más, tenerla cerca y no tocarla.

Iba a cometer una locura y lo mejor era marcharse.

De repente frustrado, bufó, se pasó las manos por el pelo y fue a marcharse cuando ella lo paró, agarrándolo del brazo.

Un escalofrío recorrió su cuerpo, su erección haciendo acto de presencia.

Enfadado consigo mismo, maldijo mentalmente, tenía que irse de allí.

—No hagas eso —gruñó.

Pero Dina lo ignoró, se colocó frente a él sin dejar de tocarle el brazo.

Brent apretó los dientes, rezando para que ella no notase nada.

—¿Sigues enfadado? —preocupada.

Él negó con la cabeza.

—Nunca lo estuve contigo, ya te lo dije.

Iba a irse, no lo dejó. Él suspiró, frustrado.

—¿Y contigo?

Esa vez asintió.

—Supongo que sí.

—¿Por qué?

—Dina... —le advirtió.

—¿Por qué, de repente, te has puesto así? ¿Hice algo mal? —preguntó ella, soltándolo. Él fue a marcharse, pero ella lo paró de nuevo— Brent...

Brent suspiró pesadamente.

—Odié cuando vi el dolor en tu mirada cuando esa mujer te dijo que te vendías. Me odié y me odio a mí mismo por ponerte en esta situación y que creas, por ello, que eso es cierto. Ambos sabemos que eso no entra en el trato. Pero me odio aún más porque por una parte he llegado a desear que ojalá fuera así, que ojalá ella tuviera razón —vio cómo Dina frunció el ceño, no lo entendía—. No que te vendas, sino que entre nosotros ocurriese todo lo que ello conlleva.

—No entiendo...

—Te deseo, Dina. Y cada día me cuesta más tener que fingir que no.

Dina se quedó helada. Completamente de piedra. Abrió la boca varias veces y volvió a cerrarla. Lo soltó y negó con la cabeza.

—Yo...

—No tienes nada que decir. Es más, olvida lo que dije.

Fue a marcharse, pero sus palabras lo pararon.

—¿Y si no puedo? —preguntó en un susurro.

Brent se paró, en seco. Le daba la espalda a ella. Se giró poco a poco y la miró a los ojos.

—¿No puedes o no quieres?

—Yo... —tragó saliva— Tenemos un trato que cumplir. Eso no entra dentro del trato —dijo, nerviosa.

—Algo que me alegra. No soy tan ruin. No negociaré con algo así.

—Lo sé —dijo ella rápidamente.

Confiado en él.

Creyendo en él.

Provocándole, de nuevo, esa extraña sensación en el pecho.

—Yo tampoco —dijo ella, refiriéndose a lo mismo.

—Lo sé —dijo él con la misma seguridad que ella había usado.

—Brent, yo... —cerró los ojos unos segundos, le temblaba el cuerpo.

Brent se acercó a ella lentamente. Se paró cuando sus cuerpos casi se tocaron.

—¿Tú? —la instó a seguir con lo que iba a decir.

Ella abrió los ojos.

—¿Cómo pretendes que olvide lo que me dijiste...?

—Dina —fue a interrumpirla para decirle que lo olvidase, sin darse cuenta de que todavía no había terminado de preguntar.

—¿...Si mi cuerpo tiembla cada vez que te tiene cerca? —ahí estaba, se daba por vencida. Ella tampoco quería guardarse por más tiempo lo que él le hacía sentir.

Brent no esperaba oír eso. Y no iba a poder controlarse.

—¿Por qué tiembla? —preguntó en un susurro.

Levantó la mano y la puso sobre la mejilla de Dina. Esta cerró los ojos unos segundos, disfrutando del contacto.

Cuando los abrió, volvió a encontrarse con esos iris negros.

Brent acarició con ternura el rostro de Dina y observó esos hermosos ojos azules mientras lo miraban.

—¿Por qué tiembla? —repitió él en otro susurro.

Dina sabía que de su respuesta dependía todo.

Podía callarse y dejar que el tema se quedase en eso. En nada.

Podía mentir y no complicarse los días que le quedaban con él.

O podía dejar de fingir.

Y la decisión estaba tomada.

—Por ti —reconoció.

Un gemido ronco, desesperado, salió de la garganta de Brent antes de lanzarse y devorar los labios de esa mujer.

Con una mano alrededor de su cintura, pegándola por completo a su cuerpo, la besó.

Con ganas.

Con desesperación.

Hambriento de ella.

Había soñado con un beso así desde el día de su boda, cuando la besó. Mentira, había soñado con un beso así desde el primer momento, cuando vio esos increíbles ojos.

Y había sido una jodida tortura tenerla tan cerca y no poder demostrarle cuánto la deseaba.

—Dina —susurró sobre sus labios antes de profundizar el beso.

Sus bocas abiertas, sus lenguas conociéndose, saboreando al otro, descubriendo cada rincón de su boca.

Dina se agarró a su cuello y gimió, disfrutando de la sensación de saborear esos perfectos labios que la besaban así, como nunca antes lo había hecho nadie.

Cuando Brent terminó el beso, ella intentó coger aire. Le temblaba el cuerpo.

Bajó las manos desde su cuello, acariciando sus hombros, su pecho. Parándose en sus

abdominales.

Joder, pues sí que son de verdad. Y bien duros, además.

—Por Dios, no bajas más —dijo él, un escalofrío recorrió su cuerpo.

Él notó la tensión en el cuerpo de ella tras ese comentario.

Dina quitó las manos de donde las tenía y fue a alejarse.

—Hey —él cogió su cara entre sus manos, preocupado por ese cambio repentino. La miró a los ojos y vio la vulnerabilidad en los de ella—. ¿Qué te pasa? —ella negó con la cabeza, se sentía frágil en ese momento— Dina —insistió.

—No sé qué hacer en este momento —reconoció ella—. No sé dónde están los límites.

Brent maldijo mentalmente al jodido pacto y sus límites de mierda.

—Esto no se trata de ningún contrato. Esto no se trata de ningún jodido pacto. Olvida eso cuando estemos juntos —dijo con firmeza—. Esto se trata de que te deseo y de que me muero por hacerte mía. Esto se trata de lo que tú deseas. No hay ningún límite en ello. No quiero ningún jodido límite cuando hablemos de esto. Mi deseo por ti no tiene nada que ver con el maldito contrato.

—Brent...

—El pacto es lo que es. Separemos las cosas.

Como si fuera tan sencillo.

—Mientras estés conmigo, haz siempre lo que sientas —le pidió él—. Y no importa lo que pueda sentir yo, tú siéntete libre de sentir y de demostrar. Sea lo que sea.

—¿Sea lo que sea?

—Sea lo que sea.

Menos amor, pensó ella.

—Nos vamos a meter en un problema, ¿verdad? —murmuró ella.

Más para sí misma que para que él la oyese.

Dina pestañeó varias veces y volvió a levantar la mirada hasta encontrarse con esos increíbles ojos negros.

Maldita vida, se estaba enamorando de él. Y reconocerlo daba miedo. Porque conocía el final de todo aquello.

—Que así sea entonces —susurró, mirándolo fijamente. Con una mirada limpia, que no le escondía nada.

No podía perder la oportunidad de tenerlo con ella por más fecha de caducidad que tuviera todo aquello.

Otro gemido salió de la garganta de Brent cuando volvió a abalanzarse sobre ella para devorar esos perfectos labios.

Brent acarició su espalda y ahuecó las manos en las nalgas de Dina, haciéndola saltar. Ella entrelazó las piernas en su cintura y se dejó llevar.

Metió las manos en su pelo y lo devoró.

Haciéndolo gemir.

Poniéndolo duro.

Brent cayó al sofá, con ella encima. Dina se colocó sobre sus rodillas, una a cada lado de las caderas de Brent, sentándose a horcajadas sobre él. Momento que él aprovechó para coger el dobladillo de su blusa de pijama y quitársela, dejándola desnuda de cintura para arriba, como lo estaba él.

Y ahora era su turno de contemplarla a ella.

Con dos de sus dedos, acarició la garganta de Dina. Su clavícula, de lado a lado. Y llegó hasta sus pechos.

Eran perfectos, ni más ni menos.

Los acarició, sus pezones incluidos, pellizcándolos y haciéndola gemir.

—Me has tenido toda la noche imaginando qué escondía ese jodido escote —resopló—. No imaginé... —la miró a los ojos y la vio nerviosa— Aún no eres consciente de cuánto te deseo, ¿verdad?

Dina no podía creerse lo que oía. La verdad era que aún no se podía creer lo que estaba viviendo. No imaginó que ese hombre pudiese sentir así con ella.

No es que no se valorara o que se menospreciara. Era, más bien, una cuestión de prejuicios. Una mentalidad instalada en su mente que por más obsoleta que estuviera, ahí estaba.

Con las manos en su cintura, Brent la abrazó y volvió a besarla. Dina se dejó caer sobre ese cuerpo duro que le provocaba escalofríos.

Volvieron a besarse, esa vez con más desesperación. Deshacerse del resto de la ropa se convirtió en crucial.

Necesitaban sentirse por completo.

Desnudos.

Piel con piel.

Tumbado sobre el cuerpo de Dina, acariciándolo, Brent se sentía el puto amo del mundo.

—Brent...

Esos gemidos que emitía ella pronunciando su nombre lo hacían sentir así.

Dina tenía las piernas enroscadas alrededor de él, acariciaba su espalda. Gemía entre sus labios.

Su miembro, ya protegido, rozó, por primera vez, el sexo de ella. Dina gimió por la expectación.

—¿Estás segura? —preguntó él, mirándola a los ojos.

¿En serio le iba a preguntar eso en ese momento?

—Te quiero dentro de mí.

Un gruñido de placer y Brent entró en ella con un solo movimiento.

—Joder —un pequeño mordisco en el cuello de Dina, excitándola aún más.

Salió de su cuerpo y volvió a entrar.

—Dios —gimió ella, casi sollozando de placer.

Los movimientos eran lentos. Pausados. Notándose el uno al otro con cada poro de su piel.

—Esto es perfecto. Tú eres perfecta —Brent había comenzado a aumentar el ritmo, sintiendo que el cuerpo le quemaba. La excitación llevándolo al precipicio— Maldita sea. Estás hecha para mí —aún más fuerte. Más y más fuerte. Más rápido—. Te hicieron para mí —eso era lo que sentía.

Se amoldaba a él a la perfección, era jodidamente perfecta.

—Brent...

El cuerpo de Dina comenzó a temblar. Primero un poco, hasta que esos temblores se convirtieron en los espasmos del orgasmo cuando Brent la llevó al límite.

Donde ella lo llevó a él mientras lo apretaba, con fuerza, queriendo mantenerlo ahí, dentro de ella, para siempre.

—Joder —gruñó él, derramándose dentro de Dina.

El cuerpo de Brent tenso, vaciándose. Dejándose caer sobre ella al terminar.

Cuando Dina volvió a la realidad, no supo cómo reaccionar. Brent, notando el cambio en su respiración y cómo su cuerpo volvía a tensarse de repente, se quitó de encima, se colocó a su lado, haciendo que ella se girase. Alargó la mano y cogió la manta, los tapó a ambos.

La miró a los ojos.

—Ha sido perfecto —le acarició la mejilla—. Ahora duerme. Puedes hacerlo tranquila, nadie va a molestarte —prometió.

—¿Vas a quedarte aquí?

—Si me dejas.

Dina olvidó que estaba desnuda, cerró los ojos y se acomodó, acercándose más a él, entrelazando sus piernas con las suyas. Apoyando la frente en su pecho.

—¿Hasta que me duerma?

Brent la abrazó y acarició su cabeza.

—Hasta que quieras.

Le dio un beso en la cabeza y él también cerró los ojos.

Dina notó cómo Brent la cargaba, pero ni preguntó. Se agarró con fuerza a su cuello y protestó cuando él la dejó sobre la cama.

Gimió unos segundos después, cuando lo notó pegado a su cuerpo. Los labios de Brent en su cuello.

—Brent —suspiró, con su voz medio dormida, pero excitada.

—Me gusta cómo dices mi nombre cuando estás así —movió la mano que tenía sobre la cadera de ella y la posó sobre su sexo—, mojada.

—Dios —sollozó ella.

Brent estaba detrás de ella, su miembro erecto clavado en su trasero. Una de sus manos por debajo de su cuerpo, agarrando uno de sus pechos. Con la otra...

Metió dos dedos dentro de ella y Dina creyó morir.

—Vas a tener razón y nos vamos a meter en un problema —sacó sus dedos y la hizo tumbarse de espaldas, él sobre ella. Ella mirándolo, viendo lo que la luz que entraba por la calle le permitía —. Porque con una vez no voy a tener suficiente. Ni con dos —la besó e hizo que Dina cerrara los ojos otra vez.

Entró en su cuerpo. Duro. Con fuerza. Haciéndola gritar por la sensación.

—Brent —sollozó ella.

Porque ya temblaba, en eso la convertía ese hombre.

—¿Qué?

—Por favor—rogó ella.

—¿Por favor qué? —entró y salió de ella más fuerte— Dímelo. Quiero escucharte decirlo.

—Necesito... —ni siquiera podía hablar.

—¿Qué necesitas? —más fuerte— Vamos, preciosa. No te cortes —puso la boca en su oído—. Quiero escuchar cómo esa perfecta boca hace que me corra hablando sucio.

Ella era la que iba a terminar al oírlo decir eso.

—Necesito correrme —dijo sin vergüenza alguna.

Un alarido salió de la garganta de Brent. Metió una mano entre los dos y apretó el clítoris de Dina mientras se movía más fuerte, más adentro. Y se la llevó con él.

Cayendo, ambos, por el precipicio. Quedando completamente laxos el uno sobre el otro.

Brent salió de su cuerpo y se puso a su lado. Dina abrió un poco los ojos y fue consciente de dónde estaba. Fue a moverse para marcharse, pero él se lo impidió.

—¿Adónde vas? —la agarró por la cintura.

—A mi cuarto.

—¿Por qué? —hizo que se tumbase de nuevo, poniéndola de lado, frente a él— Quédate aquí.

—Brent...

—Ahora no, Dina. Ahora no pensemos —le acarició el rostro—. Te he dicho que con dos veces tampoco será suficiente, así que te quiero aquí. Quédate —le pidió.

Ella levantó una mano y acarició, también, la cara de él. Brent cerró los ojos, dejándose llevar.

Olvidando las alarmas que se encendían en su cabeza, se acomodó de nuevo junto a él y cerró los ojos.

Porque tampoco quería irse de allí.

Vas a pasarlo mal, Dina. Muy mal...

Capítulo 20

—¿Qué haces aquí?

—En la oficina me dijeron que aún no llegaste, así que me pasé a recogerte de camino. Se te pegaron las sábanas por lo que veo.

Daniel entró en la casa y cerró la puerta.

Brent estaba vestido, pero las mangas remangadas, la camisa sin abrochar por completo. Y la cafetera se escuchó.

Sí, iba tarde.

Y todo era culpa de Dina porque él se había despertado a la misma hora de siempre, pero no tuvo más remedio que quedarse en la cama y volver a hacerla suya.

Y es que ese trasero pegado a su miembro...

Tenía un problema con esa mujer y él lo sabía.

—¿Café? —preguntó Brent, llegando a la cocina.

—Ya lo tomé, pero no te lo rechazo. ¿Y Dina?

—Sigue en la cama.

—Ayer lo hizo bien. Perfectamente si tenemos en cuenta cómo contraatacó a Kelly —sonrió Daniel.

Brent dejó las tazas sobre la isla y se sentó frente a su amigo.

—No me hizo ni puta gracia escucharla. Tenía ganas de salir de detrás de ese maldito arbusto y de ahorcarla allí mismo —dijo enfadado al recordar cómo le hizo daño con sus palabras a Dina.

—No hace falta, Dina te ha demostrado que sabe defenderse sola. Además, no creo que se atreva a mucho más. Es la pataleta de la niña malcriada porque le han quitado la chuche que quería, pero nada más.

—Para habérsela quitado, primero debería de haber sido suya. La chuche, quiero decir—dijo Brent—. Y nunca me ha tenido —le recordó Brent.

Fue entonces, tras esas palabras, que vio a Dina en la puerta de la cocina. Lo miraba de una manera extraña. ¿Satisfecha?

¿Por lo que había oído? ¿O por lo que había ocurrido ya tres veces entre ellos?

Porque si ella estaba satisfecha ya, él no. Y eso quería decir que ya haría que le entrasen, de nuevo, las ganas. Porque para él seguía sin ser suficiente.

¿Cuándo lo será?

Ni lo sabía ni le importaba. Aún tenía tiempo junto a ella e iba a aprovecharlo al máximo.

Brent la miró de arriba abajo y una sonrisa pícaro se instaló en sus labios.

Fue esa mirada a su espalda la que hizo a Daniel girarse.

Y entenderlo todo.

—Buenos días, Dina. ¿Te hemos despertado? Lo siento mucho de ser así —se excusó Daniel.

—No, no —dijo ella rápidamente—. Ya estaba despierta —carraspeó. Y bien despierta...

—Buenos días —sonrió, avergonzada porque sus mejillas se habían teñido de rojo.

—¿Café? —preguntó Brent.

—Sí, pero yo me lo preparo —Dina corrió hacia la cafetera, pero Brent llegó antes que ella.

La cogió por la cintura, la levantó un poco en peso y la sentó sobre uno de los taburetes.

Como un tomate se quedó la pobre.

Daniel enarcó las cejas. Por si tenía alguna duda, que no era así porque tonto no era y nada más verla aparecer, por su aspecto, era evidente lo que había ocurrido entre los dos, Brent acababa de confirmar con ese gesto que sus sospechas sobre la intimidad entre ambos era cierta.

—Toma —Brent le puso la taza de café por delante y volvió a sentarse—. Y no esperes, como siempre, a que se te enfríe —le advirtió.

Dina puso los ojos en blanco. A ella le gustaba frío y así se lo iba a tomar.

—Le decía a Brent que sobrellevaste muy bien la situación con Kelly. No sé cómo pude aguantarme la risa con lo de la liposucción y la papada —rio Daniel.

Dina sonrió, avergonzada.

—No estoy orgullosa de lo que hice, me sacó de mis casillas pronto y no me controlé. No tenía que haberlo hecho.

—No empieces con lo mismo —le advirtió Brent.

—Ya sabes lo que pienso —insistió ella.

—Ya haré que se te olvide —le guiñó un ojo sin importarle que su amigo estuviese allí, pendiente a todo. Sin importarle lo que pudiera pensar. Dejó a Dina de nuevo roja como la grana y miró a Daniel—. Por la hora que es, imagino que lo del Centro Comercial ha comenzado.

—Sí. También me pasé a buscarte por eso. Sé que no tenemos costumbre de hacerlo, pero después de lo que ocurrió en Brooklyn —señaló a Dina, se refería a la demolición de su casa—, creo que no estaría mal que nos pasemos por allí para asegurarnos de que todo va bien.

—Me parece bien —terminó de beberse el café, se abrochó los botones de la camisa que faltaba mientras salía de la cocina.

No tardó en llegar con la corbata medio puesta y peleándose, de nuevo, con el botón de arriba.

Dina, sin pensárselo y sin darse cuenta de lo que ese gesto significaba, se levantó y se acercó a él. Le dio un manotazo en las manos para que las quitase, le abrochó ella el botón y lo ayudó con la corbata.

—Ya está —sonrió cuando terminó.

Daniel estaba alucinando. Aunque se veía venir el desastre, no imaginó que sería tan pronto ni tan...

¿Desastroso?

Con una sonrisa pícaro por tenerla tan cerca, Brent no se cortó ni un pelo. Cogió la cara de Dina entre las manos y le dio un beso en los labios.

—Brent —se quejó ella cuando escuchó a Daniel carraspear.

¿Se había olvidado de que estaba ahí o qué?

Sonriendo y sin importarle lo más mínimo nada, Brent separó sus labios de Dina tras besarla otra vez y la agarró por la cintura.

—¿Qué haces hoy?

—¿Yo? —ya la había desubicado.

—Aja.

—Nada nuevo. Iré a ver a mi abuela y a saludar a Sally. Me pasaré por la casa para limpiarla.

—¿Puedes esperarme para ir a ver a tu abuela?

—No hace falta que me lleves, puedo ir en bus, no quiero molestarte.

—Quiero conocerla.

—Oh... —Dina pestañeó— Claro que sí —sonrió.

—Bien —le dio un beso en la frente—. Te llamo luego.

Se separó de ella y miró a su amigo con la mayor tranquilidad del mundo.

—¿Nos vamos? —preguntó.

Dina no sabía dónde esconderse.

Daniel pensó que no, que desastroso iba a quedarse corto.

—¿Y bien? —preguntó Daniel cuando iban de camino al Centro Comercial.

—¿Y bien qué? —Brent miraba por la ventana, sumido en sus pensamientos.

—Estáis juntos —lo miró de reojo antes de volver a poner los ojos sobre la carretera—. Joder, Brent. Aguantaste menos de lo que imaginaba.

—No es así.

—Oh, vamos, claro que no. Después de lo que acabo de ver, me vas a negar que no deseabas a esa mujer en tu cama desde el primer día que la viste. Que soy yo, no me jodas.

Brent suspiró pesadamente.

—No, no te lo voy a negar. Bastante tuve con negármelo a mí mismo.

—Si es que lo veía venir —resopló Daniel—. ¿Y ahora qué?

—Ahora nada. ¿Qué hay de malo en ello? —miró a su amigo, quien lo miraba de hito en hito.

—Que es una farsa —le recordó.

—Lo que ha pasado entre los dos no es una maldita farsa —dijo enfadado.

—Joder, lo sé, no me refiero a eso. Me refiero a lo demás.

—Lo demás es tema aparte. El maldito pacto es aparte.

—Pero el maldito pacto os separará pronto.

Brent apretó los dientes.

Daniel bufó.

—Que conste que no estoy en desacuerdo con lo que hay entre vosotros. Es lo primero que quiero dejar claro. Sois libres de acostaros con quién queráis y las veces que os dé la gana.

—¿Pero?

—Pero... —bufó— No te mientas, Brent, porque entonces lo vas a pasar peor.

—No sé a qué te refieres.

—Vi cómo te hervía la sangre cuando escuchaste a Kelly. Te jodió oírle decir que Dina se vendía y te jodió aún más ver cómo le dolían a ella esas palabras. Espero que cuando todo esto acabe, no seas tú mismo quien la haga sufrir y hacerle creer que eso fue todo lo que hizo. Venderse. Y espero que cuando te des cuenta de lo que de verdad pasa, no sea demasiado tarde.

—¿De qué demonios hablas? —gruñó.

—Espero que solo sean estupideces más, Brent. Porque te quiero espero que solo sean sandeces.

Pero no lo tenía demasiado claro.

Él seguía viendo el desastre cerca.

Capítulo 21

—La señora Harper se digna a hacer acto de presencia.

Dina ignoró el tono que había usado Sally y se acercó a ella para darle un abrazo.

—Yo también te echo de menos.

Estuvo así unos segundos, hasta que Sally le dio en las manos y se la quitó de encima.

—Sí, sí. Mucho te quiero, perrito, pero pan poquito.

—Oh, vamos, sabes que te quiero. Deja los celos.

—No sé de qué hablas.

—Ya... Dime que también me echabas de menos.

Sally puso los ojos en blanco.

—Un poco, pero no te emociones.

Sonriendo ampliamente, Dina provocó un bufido en Sally.

—Me gusta oírlo.

—Me tenías preocupada.

—¿Por qué? Si te he mandado mensajes a diario diciéndote que estaba bien.

—¿Crees que eso es suficiente? —resopló, cogió la mano de su amiga y la hizo sentarse, fue a por dos latas de cerveza y tomó asiento— Estamos solas, no hay nadie más, así que puedes hablar con tranquilidad. ¿Cómo estás?

—Bien, de verdad. No me ha dado tiempo a aburrirme aún. Esto durará poco, así que no creo que me aburra demasiado.

—Ya... ¿Es cosa mía o has pronunciado “Esto durará poco” con tristeza?

—Es cosa tuya —dijo rápidamente.

Sally la observó con detenimiento, no la creía.

—¿Cómo te trata? ¿Cómo es vivir con él?

Y entonces Dina metió la pata hasta el fondo al ponerse roja.

—Brent...

Sally gimió, interrumpiéndola.

—Te has acostado con él.

—Pero ¿cómo...? —Dina abrió los ojos de par en par, ¿cómo se había dado cuenta?

—Eres transparente —resopló Sally—. Y yo lo sabía, se veía venir.

—¿Qué demonios se veía venir?

—¡Que te ibas a enamorar de ese hombre! —exclamó.

—Yo no —calló al ver la mirada de Sally— Soy gilipollas.

—Pues sí, no te lo voy a negar. ¿Cómo demonios has dejado que te toque? Vale —levantó la mano, no quería oír los detalles—. Tengo ojos en la cara, lo entiendo. ¿Y ahora qué?

—¿Qué de qué?

—¿Cómo que qué de qué? Que tenéis un pacto, Dina. Habéis firmado un contrato y las cláusulas son bien claras.

—No voy a romperlo.

—¿Te marcharás cuando toque, aunque te hayas enamorado de él?

—Sí —dijo sin dudar—. Y no será para tanto, podré sobrellevarlo. Tampoco es que me muera de amor por él.

—¿Es así como te engañas a ti misma? —Sally negó con la cabeza— Supe, desde el momento en que lo vi a tu lado, que esto iba a acabar como el Rosario de la Aurora.

—¿Y qué quieres que haga? No puedo evitar desear que me toque.

—Haberte puesto un cinturón de castidad. Joder, Dina, que ese hombre no creo que tenga intención alguna de permanecer contigo después de que todo esto termine.

—¿Crees que no lo sé? —por más bien que la tratase, sabía que él no iba a ofrecerle más— Pero no pude evitarlo. Prefiero vivirlo.

—¿Aun sabiendo que tiene fecha de caducidad?

Dina asintió con la cabeza.

—Al menos me llevaré eso.

—Dios mío... —escucharla hablar así le ponía los pelos de punta— Has metido la pata hasta el fondo, ¿eh? —estaba enamorada de verdad— Solo puedo decirte que estaré aquí y que espero que no sufras mucho.

—Es suficiente —sonrió Dina, con tristeza.

Pero ambas sabían que eso no iba a pasar y que Dina sufriría al alejarse.

Aun así, lo haría. Se marcharía llegado el momento.

Quizás no te deje marchar.

Esa era la voz de su cabeza, la tonta que le hacía mantener una esperanza. Pero ambas sabían que no sería así.

—Abuela —Dina cogió la mano de la mujer que más quería, la puso entre las suyas—. ¿Cómo estás?

Brent, en la puerta de la habitación, observaba cómo a Dina le cambiaba el rostro cuando miraba a esa pequeña y débil anciana.

Aunque él se encargase personalmente de que no le faltase de nada, sabía que no se podía hacer más por ella y ver a una persona así, en esas condiciones, era duro. Postrada en una cama porque su cuerpo ya ni le respondía.

Sondada había terminado porque ni comer quería.

Cuán duro era ver a alguien sufrir así. Cuánto más lo sería para la mujer que intentaba permanecer entera.

Fuerte.

—¿Quién eres? —preguntó la mujer un momento después.

—Tu nieta —Brent sintió el dolor en la voz de Dina y quiso abrazarla.

—Ah... —volvió a dejar la mirada perdida.

Dina suspiró, dejó caer su cabeza sobre las manos unidas. Brent se acercó a ella y le puso la mano en el hombro, dándole un apretón para enviarle fuerza.

Se mantuvo así todo el tiempo, junto a ella.

Y Dina manteniendo el tipo mientras estaba con su abuela.

Solo cuando salió del centro, dejó que las emociones saliesen.

—Ven aquí —Brent la abrazó con fuerza, la mantuvo entre sus brazos mientras ella lloraba.

—No mejora —dijo mirándolo a los ojos, como si hasta ese momento no hubiese sido consciente

de que la mejoría no llegaría.

Brent cogió su cara entre sus manos y la miró con cariño.

—Estoy muy orgulloso de ti.

—¿Por qué? —preguntó.

—Por lo fuerte que eres —le dio un beso en los labios—. Sé que es duro, pero tienes que estar preparada para lo peor.

Las lágrimas de Dina caían sin control, él se las limpió con el pulgar.

—Me quedaré sola cuando se vaya —sollozó y lo abrazó, escondiendo la cara en su pecho, no queriendo mirarlo a los ojos para confirmar que sería así.

Al oír eso, Brent sintió como si le estrujasen el corazón.

Esa misma noche, en otro lugar de la ciudad...

Stuart Bell leía los documentos que tenía delante. Toda la información referente a Dina Ellis, ahora apellidada Harper.

No había que ser muy listo para atar cabos y darse cuenta de que era un matrimonio de conveniencia. Al menos eso era lo que parecía.

Pero mirando las fotos...

—No puede ser —resopló y maldijo varias veces.

Porque según esas imágenes, parecía que entre ellos de verdad había algo. Y de ser así...

Maldito Brent Harper, otra vez iba a joderle la jugada. Casi lo tenía entre las manos y el muy idiota había vuelto a ganar.

Lo único que le quedaba a Bell era rezar porque ese matrimonio de verdad fuese una farsa como él sabía que era. Y para eso necesitaba tiempo. Que el mes de matrimonio pasase y si después todo se terminaba y Brent era dueño de la totalidad de Corporación Harper, intentar que el matrimonio con Kelly se llevase a cabo.

No tendría la empresa ni parte de ella, pero lograría tenerla de ese otro modo.

Suspiró.

Tanto que había luchado por esa unión y siempre parecía ser un imposible.

Eran negocios y había que saber ganar. Y también perder.

Así que mientras, se quedaba a la espera.

Como siempre, sería Brent Harper quien decidiera si quería una unión con Bell, fuera del sentido que fuera.

Capítulo 22

—Señor Harper, su esposa quiere verlo.

No puedo decir quién estaba más sorprendido por ello. Si la pobre recepcionista que se quedó a cuadros porque, aunque estaba al tanto de los chismes, hasta entonces no la había visto allí haciendo gala de su nombre de casada.

O tal vez fue Brent, que no esperaba esa sorpresa.

El que no se sorprendió fue Daniel. De esos dos tortolitos no le sorprendía nada.

—Hazla pasar —dijo Daniel por el manos libres ya que Brent no era capaz de hablar.

Se había asustado. ¿Habría pasado algo?

Dina no tardó demasiado en entrar. Brent se levantó rápidamente, se acercó a ella y la miró unos segundos. Se relajó al ver que estaba de una pieza.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? —preguntó, quería que ella se lo confirmase.

—Sí, todo bien —sonrió—. Hola, Daniel.

—Hola, Dina —también de pie, se acercó a ella y la saludó con un beso en la mejilla. Hacía días que no la veía.

Ignoró cómo Brent la cogió de la mano y la pegó a él.

Loco celoso, pensó.

—Lo siento, ¿os molesto?

—A mí nunca y a este ya te digo yo que menos —rio Daniel—. Voy a lo mío, si necesitas cualquier cosa, ya sabes —le guiñó un ojo.

—No creo que necesite nada tuyo.

Daniel rio mientras iba hacia la puerta al escuchar a Brent.

Este chico...

—¿Estás enfadado? —Dina frunció el ceño al mirarlo cuando Daniel se marchó.

—No —dijo Brent—. Me ha preocupado verte aquí, eso es todo.

—Lo siento, no era mi intención. No quiero molestarte, sé que estás ocupado, así que seré rápida.

—Tampoco corras —la cogió de la cintura y la pegó a él—. No te he follado en mi oficina todavía

y créeme, no me quedaré con las ganas —su erección haciendo acto de presencia ya.

Dina gimió.

—Brent, por Dios —lo regañó.

—Uhhmm... —la besó— ¿A qué viniste?

—Si me besas así, no voy a poder pensar.

—Me gusta eso.

—Brent, por favor, que estamos en tu despacho. Puede entrar...

Brent la soltó, fue hasta la puerta, cerró con pestillo y se giró a mirarla. Apoyó su espalda en la puerta y le dio un repaso que la encendió.

—No puede entrar nadie —bajó su mano y cogió su miembro por encima del pantalón. Lo apretó y gimió. Dina se mordió el labio—. Desnúdate —le ordenó.

—¿Aquí? ¿Ahora?

Brent enarcó las cejas.

—Ya.

Dina sabía que no estaba jugando. La erección que tenía no era un juego.

Comenzó a desabrocharse la camisa de botones que llevaba y se deshizo de ella, dejándola caer al suelo. Todo sin dejar de mirarlo.

Un precioso sujetador de encaje negro al descubierto.

—Sigue —gruñó él.

Quería más, mucho más.

Desabrochó su falda y la dejó caer. Dio un paso hacia adelante para no pisarla y se quedó allí, delante de Brent, mostrándole cómo lucían sus piernas con ese ligero negro.

—Joder —¿quería matarlo o qué?

Brent soltó su erección, se quitó la correa, desabrochó su pantalón y sacó su miembro.

Dina volvió a morderse el labio al verlo.

Con su mano apretó la erección, sin dejar de mirar a su mujer.

—¿Sabes lo que quiero? —preguntó con la voz ronca. Ella negó con la cabeza— Que cuando salgas de aquí, lo hagas con los labios hinchados.

Dina dio algunos pasos más y se paró justo delante de él.

—¿Quieres correrte en mi boca? —susurró ella, excitándolo más con su voz.

Brent gimió. La mano de Dina acariciándolo ahí abajo.

—Llevo soñando con repetirlo todo el jodido día —reconoció.

Se había despertado esa mañana con la boca de Dina jugando con él. Y había sido sencillamente perfecto.

Puso la otra mano en la nuca de ella y la acercó a él para devorarle los labios.

Pero Dina no tardó mucho en separarse, tenía algo que hacer.

Bajó, poniéndose de rodillas ante él. Le quitó la mano y cogió su erección. Apretó un poco y se la metió por completo en la boca.

—Joder —bramó Brent.

Puso las manos sobre la cabeza de Dina, agarrando ese pelo indomable y se dejó hacer.

Ella sabía bien cómo llevarlo al límite. Lo lamía desde la base hasta la punta y al llegar allí, se lo introducía en la boca, apretando un poco. Para succionarlo una y otra vez.

—Me encanta —gimió Brent.

Cómo no si esa mujer era perfecta haciéndolo todo. Era la tentación pura para él.

El deseo más primitivo.

Comenzó a mover sus caderas un poco para pedirle, silenciosamente, que aumentase el ritmo.

Dina puso las manos en las nalgas de Brent y comenzó a succionarlo más y más.

Más rápido.

Un poco más.

Hasta que, con un bramido ronco, Brent se tensó, llegando a lo más profundo de la boca de Dina, derramándose dentro de ella.

Y ella, como había hecho esa misma mañana, no se movió y succionó hasta la última gota.

Se lo tragó todo.

—Ven aquí —la hizo levantarse cuando soltó su erección. Dina aún limpiaba sus labios de restos de semen.

Brent pasó su pulgar por su labio inferior, limpiando un poco que tenía y se lo metió a Dina en la boca para que lo chupara. Ella lo hizo.

Perfecta. Esa mujer era perfecta para él.

—¿Qué me haces? —preguntó Brent, mirándola— No puedo pensar en otra cosa que no sea estar contigo.

Notó el cambio en ella instantáneamente.

Una medio sonrisa en los labios de Dina.

—Me toca devolverte el favor —fue a besarla, pero ella se echó para atrás.

—No —se negó, aunque esa mañana no lo hizo—. No hace falta —intentó que con eso fuera suficiente.

Brent la acercó a él de nuevo y la miró fijamente.

—¿Qué te pasa?

—Nada —ella le dio un beso en los labios, intentando aparentar normalidad—. Me sentiría incómoda, solo eso.

Él sabía que no le estaba diciendo la verdad, pero tampoco quiso atosigarla.

—Está bien —le dio un beso en la frente y la dejó marchar. Se puso bien la ropa y esperó a que ella hiciera lo mismo—. ¿De dónde venías?

—Estuve viendo a mi abuela —Dina se arregló un poco el pelo—. Y se me ocurrió algo, por eso vine.

—¿Algo sobre? —se apoyó en el escritorio, medio sentado. Se cruzó de brazos y esperó a que hablase.

—Paso tiempo sola y me aburro un poco. Y cuando eso pasa, pienso.

—Aja.

—Estuve pensando... Tuve una idea, pero si no la ves factible, con decirme que no es suficiente.

—Te escucho —estaba intrigado.

—Sé que nos queda poco tiempo, apenas unos días —él se tensó al escuchar eso—. Pero, aunque sea así, si aceptas, puedes seguir con el proyecto tú.

—¿Qué proyecto?

—He estado toda la vida trabajando —se sentó frente a Brent—. He tenido en mi cabeza muchas profesiones frustradas, pero solo eran eso, sueños. De todas formas, siempre he querido ayudar a la gente. Y cuando vi que tu empresa aportaba a causas, me emocioné. Me encantaría dedicarme a cosas así —sonrió—. Por eso pensé que a lo mejor podías estudiar la posibilidad de crear un departamento que se dedique solo a eso. Y que cree actos benéficos como al que asistimos. Sé que

todo esto será mucho más complicado de lo que yo lo tengo en mi cabeza y que sería también un dolor de cabeza para ti. Pero podrías empezar, por ejemplo, con un acto benéfico para recaudar fondos para la lucha contra el Alzheimer. Seguro que si se estudia bien, sería hasta bueno para la empresa y por otro lado le verías el beneficio tanto económico como en tema de publicidad etc. Y aunque yo no esté ya aquí, sabría que aporté un granito de arena a algo tan importante. Tal vez esa parte es egoísta, pero me haría sentir bien saber que puedo ayudar, aunque sea mínimamente, a alguien.

Ya lo había soltado.

Brent la miraba detenidamente, en silencio. Su rostro no mostraba nada.

Dina se estaba poniendo nerviosa.

—Es una estupidez, ¿no? Sé que es demasiado, pero tenía que intentarlo —se levantó, sonriendo—. No te sientas mal por negarte, lo entiendo. Yo...

No pudo terminar la frase porque él tiró de ella y la pegó a su cuerpo, colocándola entre sus piernas.

—Prepara un proyecto por escrito y lo estudiaré.

—¿De verdad? —preguntó, emocionada.

—Sí. Prometo estudiarlo, aún no acepté. ¿Por qué tan contenta? —rio Brent al verla sonreír tanto.

—Con eso es suficiente ahora. Me hace feliz que le des la oportunidad a algo así. Gracias —lo besó en los labios y se escapó de su agarre—. Te lo enseñaré cuando lo tenga, ¿vale? —corrió hasta la puerta.

Brent rio, parecía una cría.

—Vale.

Dina abrió la puerta de la oficina y salió corriendo.

—¡Adiós, Daniel! —exclamó, contenta.

Este entró en el despacho con el ceño fruncido.

—¿Qué le pasa? —preguntó, intrigado.

—Que es feliz —sonrió.

Y él se sintió igual, dichoso por contribuir a ello.

Esa misma noche...

Lo tenía entre sus piernas, besándola.

Lamiéndola.

—Brent —apenas pudo pronunciar su nombre, no podía hablar.

Había despertado cuando notó la lengua de ese hombre en su sexo. Una lengua que jugaba con ella. Unos labios firmes que succionaron su clítoris.

—¡Joder! —exclamó, temblando por las sensaciones.

Brent agarró sus pechos y los apretó, pellizcó sus pezones a la vez que mordió su clítoris con suavidad y tiró de él.

Dina no podía aguantar más.

Con sus manos entre el pelo de Brent, lo apretó más contra ella y comenzó a mover las caderas, animándolo a más.

Sus caderas se movían, frenéticas. La lengua de él con la intensidad exacta para que segundos después, ella estallase en su boca.

No se apartó. No quería hacerlo. Quería beber hasta el último sorbo de ella.

Se separó de su sexo cuando ella dejó de temblar. Subió, besando su cuerpo.

Un beso en su pubis.

En su ombligo.

En cada uno de sus pechos.

En sus labios. Ahí duro, duradero, haciendo que ella se probase a sí misma. Quería que disfrutase de su sabor tanto como lo hacía él.

—No pensarías que no iba a devolvértelo, ¿verdad? —bromeó él.

Dina sonrió.

—No lo hice para recibir.

No te doy nada para recibir, las palabras que en realidad quiso decir.

—Lo sé —se acomodó a su lado, su mano sobre su mejilla—. Ahora duerme.

—Ujum... —pero Dina ya estaba despierta y tenía otros planes. Agarró la erección de Brent con su mano— Para ello tendrás que dejarme satisfecha, señor Harper —y siendo tan desinhibida

como era con él, lo besó apasionadamente—. Fóllame —susurró sobre sus labios.

Un gruñido ronco de excitación salió de la garganta de Brent.

Claro que lo haría. Era lo que más deseaba hacer.

Hacerla suya.

Pero antes...

Devoró los labios de Dina y la colocó sobre su cuerpo. Quería que lo montara. Quería ver cómo botaba sobre él.

Cómo esos pechos se movían mientras lo cabalgaba.

Iba a correrse con solo imaginarlo.

Colocada sobre él, la dejó hacer.

—Todo tuyo, pequeña. Esta vez lo harás tú —dijo con la voz ronca.

Dina sonrió, iba a disfrutar de lo lindo.

Esa misma noche, era Brent quien estaba mirando a través de las cristaleras del salón porque no podía conciliar el sueño. Se levantó de la cama porque tener a esa mujer cerca le nublabla el juicio y necesitaba pensar.

Se les acababa el tiempo.

El pacto llegaría a su fin.

Todo sería suyo y volvería a ser el de siempre. El problema era que él ya no era el de siempre.

Y que volver a ser ese hombre significaba estar sin ella.

Y no quería dejarla marchar.

Porque por más que pensase que nunca podría ocurrirle a él, por más que se lo prohibió a sí mismo, no pudo evitar lo inevitable.

Se había enamorado de esa mujer.

Maldita vida.

Maldita broma del destino.

Tuvo razón ella cuando bromeó, al final fue él quien cayó en su propia trampa.

El tiempo se le agotaba y él tenía una decisión que tomar: ¿la dejaría marchar sí o no?

Capítulo 23

—Creo que ya.

Después de dejar el sobre, con las manos entrelazadas delante de su cuerpo, Dina esperó delante del escritorio de Brent.

—Crees no, es —afirmó Daniel, quien la había ayudado a poner sobre el papel el proyecto.

A Brent, al principio, no le hizo demasiada gracia, pero terminó por dejar la tontería a un lado al ver lo feliz que era ella. Y aunque daba un poco el coñazo y molestaba a Dina más veces de la cuenta mientras estaba en el despacho de Daniel, no lo hizo tan mal.

—A ver —Brent cogió el sobre y antes de que pudiera abrirlo, Dina había llegado hasta él y se lo había quitado de las manos.

—Ay, es que me da miedo —puso un mohín.

Daniel rio y negó con la cabeza. Brent la cogió de la mano, tiró de ella e hizo que cayera sobre él. La sentó sobre sus piernas, de lado y le quitó el sobre.

Daniel ya ni se inmutaba con este tipo de demostraciones por parte de su amigo. Era parte del desastre inminente. Así que con toda la tranquilidad del mundo e ignorándolos, se sentó frente a ellos.

—Brent. No me debes nada. Sabes que...

—No voy a decirte que no por más que seas mi mujer, Dina —dijo él con seriedad.

—Bueno, en realidad no lo soy. Mañana mismo dejaré de serlo —y decirlo costaba—. Por eso mismo tienes más libertad para decirme que no —puntualizó ella.

Brent la miró de mala manera.

Cogió los documentos y comenzó a leer. Y tardó una vida en hacerlo.

—¿Y esto por qué? —señaló uno de los puntos.

—Pues verás... —comenzó ella a explicarle sus razones.

Un rato después, Brent dejó los documentos sobre la mesa y se acomodó mejor en la silla, colocando a Dina más cómodamente también.

—¿Y bien? —preguntó ella.

—¿Y bien qué?

—¿Cómo que y bien qué? —Dina frunció el ceño— Me tendrás que decir algo, ¿no? Aunque sea un no, tienes que opinar.

—Hay un par de cosas con las que no termino de estar de acuerdo.

—Bueno, todo lo puedes cambiar. Es solo la idea, no tienes que seguirlo a raja tabla.

Brent se hizo de rogar, pero al final habló.

—Lo haré. Te prometo que llevaré adelante el proyecto.

—¿De verdad?! —lo abrazó con fuerza para, acto seguido, levantarse y ponerse a saltar.

—¡Sí! —Daniel también feliz, le encantaba las ideas que tenía esa mujer en la cabeza. Había que moldear algunas cosas, pero con tiempo se haría.

—¿Estás llorando? —Brent fue a cogerla, pero ella se escapó.

—¿Yo? No —mintió ella, limpiándose las lágrimas.

Brent fue a cogerla otra vez. Imposible. Bufó, se levantó y consiguió pararla.

—¿Por qué lloras? —la cara entre sus manos— Es una gran idea y se hará. Buen trabajo.

—Gracias —estaba feliz, las emociones a flor de piel—. ¿Puedo pedirte un último favor? Aunque no esté —ella siguió, ignorando la cara de Brent al oír eso—, ¿puedes acordarte de mí cuando ocurra y mandarme alguna foto? Y si me puedes decir cuánto se recauda, mejor.

—Dina... —quiso interrumpirla él, pero ella no lo dejó.

—Gracias —dijo de nuevo, se acercó y le dio un beso en los labios—. Ahora voy a ver a mi abuela. Nos vemos en casa —otro beso y salió disparada del despacho.

—Dina, espera...

Pero Dina ya no estaba.

Brent suspiró y volvió a sentarse. Dejó caer la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

—¿No recordabas que mañana se termina todo?

Dina volvió, quería despedirse de él de verdad. Estaba tan emocionada que había sido un poco sosa, así que volvió, pero se quedó quieta al escuchar esa pregunta.

Brent abrió los ojos y la miró.

—Cómo olvidarlo —eso misma había pensado ella—. No perderé mi empresa.

Tragó saliva, dolida al escucharlo.

—Sí. Te lo mereces —dijo Daniel.

—Gracias. Tanto sacrificio, al final, mereció la pena.

—Serás libre.

—Esta mañana llegaron los papeles del divorcio. Solo necesita nuestras firmas.

Dejando que las lágrimas cayeran, se marchó de allí.

Brent no respondió.

—¿Tengo que felicitarte también por ello? ¿De verdad la vas a dejar marchar?

—Daniel...

—Eres más cobarde de lo que pensaba.

Brent enarcó las cejas y vio cómo su amigo se levantó, enfadado y se marchó de allí, sin una palabra más.

—Maldito idiota —resopló—. Más tonto y no nace.

Dina mantuvo el tipo como pudo mientras se marchaba del edificio. Solo cuando estuvo en la calle y lejos de allí, se permitió dar rienda suelta al dolor que sentía.

Y lloró.

Seguía llorando un rato después mientras entraba en la que había sido su casa las últimas semanas. Miró a través de las cristaleras, como había hecho decenas de veces en ese último mes, intentando revivir los bonitos momentos que iba a atesorar para siempre.

Serían muchos, más de los que nunca imaginó.

Se giró, dispuesta a preparar su maleta cuando un sobre llamó su atención.

“Esta mañana llegaron los papeles del divorcio. Solo necesita nuestras firmas.”

Con las lágrimas cayendo de nuevo por su rostro, fue hasta el sobre. Lo cogió y lo abrió.

Ahí estaba lo que lo separaría para siempre de él.

“¿Y si te enamoras de mí?”, había preguntado él.

“Incluso así, no volverías a verme,” juró ella. “Pero tranquilo, no soy tan kamikaze. Prometo no amarte, Brent Harper.”

Qué idiota, qué ingenua al prometer algo así. Como si ella pudiese controlar a su corazón.

Cogió el móvil cuando sonó.

—¿Sí? —preguntó con el corazón encogido, más aún al ver el número de la clínica en la pantalla— Dina Ellis.

—¿Señora Harper? Soy el doctor Brook. Lo siento, no tengo buenas noticias, debería venir a despedirse.

Daniel estaba conduciendo cuando el número de Dina saltó en la pantalla, lo llamaba.

—¿Dina? Hola, dime.

—Daniel...

—¿Qué te pasa? ¿Estás llorando? ¿Quieres que avise a Brent? —preocupado al máximo.

—¡No! Por favor no.

—Está bien. Pero dime qué te pasa, ¿dónde estás? Iré a por ti.

—Daniel... Necesito un favor.

Con el corazón encogido, Dina lloraba sin control. Con la mano de su abuela aún entre las suyas, su frente sobre ellas, mojando ese cuerpo sin vida de lágrimas.

—Me vas a hacer tanta falta —sollozó—. Me dejas tan sola...

Se había ido mientras la tenía así, agarrada.

—Dina.

La voz de Daniel la hizo levantar la cabeza. Se acercó a ella y la abrazó con fuerza cuando ella se levantó.

—Dios, cariño, lo siento —la abrazó aún más fuerte—. ¿Cómo estás? ¿Dónde está Brent?

—Sobre él es que necesito que me ayudes.

Había tomado una decisión y ahora, más que nunca, iba a llevarla a cabo.

—¿Estás segura de esto?

Ella asintió con la cabeza.

—Sí.

—Me matará —bufó Daniel.

—Ni que tú lo hubieras elegido.

—Pero lo he hecho posible y créeme, me matará.

—Daniel, yo... —se pasó las manos por la cara, cansada— Siento meterte en esto, pero no tengo a nadie más a quien acudir. Nadie podría ayudarme.

—Tranquila —él cogió sus manos y las apretó—. Te dije en su día que puedes contar conmigo y nada tiene que ver que seas su esposa o no. Y como no voy a tener más oportunidades para ayudarte porque me matará después de esto...

Dina rio entre lágrimas.

—Te quiere, no te haría daño.

—Ni yo lo tengo tan seguro —suspiró él.

—Señora Harper —la secretaria del abogado llamó su atención—. El señor Brown la espera.

—¿De verdad estás segura?

Más de lo que lo había estado nunca en su vida.

Capítulo 24

No sabía la de veces que la había llamado al móvil y que le saltaba que estaba apagado o fuera de cobertura.

Y no le estaba gustando un pelo.

Salió del despacho de Brown, quien, por cierto, estaba de lo más extraño y fue para su casa.

—¡Dina! —gritó al entrar y no verla en el salón, donde solía estar.

No sabía por qué, pero nada más poner un pie en esa casa sintió que algo no iba bien.

No estaba ni en el salón, ni en la cocina, ni en el dormitorio. ¡Ni en ningún lugar de la casa!

—¿Qué demonios quieres? —gruñó al coger la llamada de Daniel.

No estaba para escucharlo, no cuando el muy idiota...

—Brent, tenemos que hablar.

—Ahora no —fue a colgarle.

No estaba para sus reproches cuando no tenía ni idea de nada. Él, en ese momento, solo quería encontrar a Dina y hablar con ella.

Preguntarle...

—Es sobre Dina.

—¿Qué demonios está pasando, Daniel? ¿De qué va todo esto? ¿¿Dónde está mi mujer?! —la llamó así sin pensar y no le importó sonar desesperado.

Pero es que estaba empezando a asustarse.

—Voy de camino, espérame en tu casa.

Colgó la llamada. Brent, de los nervios y asustado, lanzó el móvil.

Los minutos se pasaban lentos, se le estaba haciendo larga la espera. Desesperado, comenzó a dar vueltas por el salón. Fue en una de esas vueltas cuando vio los papeles fuera del sobre que había encima de la mesa del salón.

¿Pero qué...?

Los cogió y sintió cómo se quedaba sin aire al ver la firma de Dina en ellos.

Llamaron al timbre, casi derrapó al abrir.

—¿Dónde está? —cogió a su amigo por el cuello de la camisa.

—Si no me dejas hablar, ¿cómo demonios te digo? —gruñó este, librándose de su agarre— Eres un idiota —dijo al entrar en la casa.

—Daniel...

Pero Daniel solo paró cuando llegó al salón y se giró para enfrentarlo. Miró los papeles que había sobre la mesa y suspiró.

—Ya eres libre.

—¿Dónde está?

Brent estaba hecho una mierda, se le veía desesperado.

¿Había llorado?

Seguramente lo hizo al ver la firma de Dina en esos documentos. Maldito imbécil, podía haberlo evitado.

Pero a ver cómo se hacía escuchar en esa situación.

Brent sentía que le iba a dar algo. Había firmado los papeles del divorcio y se había marchado.

¿Así? ¿Sin más?

No se lo podía creer. No podía haber sido tan fácil para ella cuando él sentía que se le rompía el corazón.

Y dolía. Mucho.

Tanto que entendió cuánto pudo sufrir su padre y por qué, instintivamente, él se había negado a amar.

Pero lo hizo. Amaba a esa mujer y no quería perderla.

¡No podía perderla!

Daniel suspiró y le entregó el sobre que llevaba en las manos.

—¿Qué es esto?

—Deberías sentarte.

—Daniel... —le advirtió.

—¡Hazme caso, joder! —exclamó, perdiendo la paciencia.

Brent lo hizo y sacó los papeles que había dentro.

—¿Qué es esto? —miró a su amigo segundos después, estaba sentado frente a él.

—Te libra de todo. Es tu completa libertad. ¿No está claro?

¿De verdad lo había dejado? ¿Tan fácil?

—¿Qué? —Brent no entendía. Volvió a leer— ¿No ha cumplido el trato? ¿A qué mierda se refiere con que no ha cumplido con su parte del trato? ¡¿Es tonta o qué?! —lanzó los papeles donde Dina rechazaba todo lo que le correspondía con el pacto y se pasó las manos por el pelo— ¿A qué se refiere, Daniel? ¡¿Y por qué demonios...?! ¡¡¡¿La ayudaste?! —vociferó, no se lo podía creer.

—Lo siento, yo...

Pero Brent ya había estampado su puño contra la mandíbula de su amigo.

—¡Maldito idiota! —iba a matarlo.

Daniel fue más rápido y evadió el segundo golpe y fue él quien golpeó a Brent.

—Párteme la cara después de que arregles esto, pedazo de imbécil.

—¡Lo habría hecho si no te hubieras metido! —otro golpe— ¿O de verdad crees que la iba a dejar marchar? —rugió.

Limpiándose la sangre del labio con la manga, resopló.

—Habérmelo dicho, pedazo de imbécil.

—¡Haberme preguntado en vez de presuponer! —gritó. Se pasó las manos por el pelo y se dejó caer en el sofá— ¿A qué viene esto? ¿Por qué rechazar...?

Entonces, como si se le encendiese una bombilla, lo entendió.

Y sintió que se quedaba sin aire, no podía respirar.

—Hasta que lo pillas —bufó Daniel.

—¿Dónde está? —miró a su amigo, rogándole que se lo dijera.

—Brent...

—Por favor, Daniel, no me ocultes eso. Es la primera vez que quiero a alguien en mi vida, ayúdame a no perderla. ¡Joder! —se levantó, ofuscado— No iba a dejarla ir, iba a pedirle que se quedara conmigo —reconoció—. Maldita sea, le pedí a Brown que se deshiciera de ese jodido pacto. Yo... —dejó que una lágrima cayera por su mejilla— Sería capaz de renunciar a la empresa con tal de tenerla a ella.

Tan simple como eso.

Tan complejo como eso.

Y Daniel sabía que era verdad.

—Te necesita más que nunca. Su abuela ha fallecido.

Dina estaba en el jardín de la que había sido su casa, mirando a ese puñado de ladrillos.

Aquello no era suyo, no debería de estar ahí. Sería la última vez que entraría en aquel lugar.

Iba a recoger algunas cosas para llevarse a casa de Sally. Pasaría allí la noche y los próximos días.

Estuvo a punto de gritar cuando notó que la tocaban.

—Soy yo —dijo una voz conocida en su oído. Dina cerró los ojos con fuerza al escucharlo.

—Brent... —¿qué hacía allí?

Brent la mantuvo así un momento y la hizo girarse.

—Pequeña... Lo siento —dijo con pesar.

Odiando verla llorar.

—¿Qué haces aquí? ¿No te dio Daniel...?

—No quiero ni oírte hablar de eso ahora —la interrumpió—. ¿O qué creías, que iba a dejarte sola en un momento así?

—Brent, yo...

Cogió la cara de Dina entre sus manos. Limpió sus lágrimas y la miró con ternura.

—Ya no lo veré más —dijo rompiendo a llorar.

A Brent se le rompió el corazón. La abrazó con fuerza, deseando poder borrar el dolor que sentía.

Ojalá pudiera hacerlo.

Sintiéndose impotente, le dio un beso en la cabeza.

—Vamos, necesitas descansar.

—No —negó ella—. Tú y yo...

—Tú y yo hablaremos de esto más tranquilamente. Ahora tienes que descansar y lo harás en nuestra casa. No querrás despedirte mañana de tu abuela así, ¿verdad?

Era chantaje emocional, pero era su única arma.

—No es mi casa, Brent.

—Por esta noche aún sí —le puso el brazo alrededor de los hombros y la hizo caminar—. ¿Has comido?

Ella negó con la cabeza.

—No tengo hambre.

—Aun así, comerás en casa.

—Brent...

—Esta noche sigues siendo mi mujer, Dina. Los papeles que firmaste no serán válidos hasta mañana, así que haz el jodido favor de no llevarme la contraria. No me pongas más nervioso. No te servirá de nada cuánto intentes separarme de ti, no voy a dejarte pasar sola por un momento así, ¿lo entiendes? ¿O no he sido lo suficientemente claro?

Sin rechistar, Dina lo siguió.

Capítulo 25

—Mi madre me abandonó cuando era un niño.

Dina miró rápidamente a su lado, a Brent. Se sentaba en el suelo, cerca de ella. Dina estaba en el sofá, con las piernas recogidas, mirando a través de la cristalera las luces de la ciudad.

—Brent, lo siento.

Era medianoche y Dina no podía dormir. Brent la había obligado a comer algo después de la ducha e insistió en que necesitaba descansar.

Le pidió soledad, que la dejase en el salón.

Y él lo hizo.

Pero el tiempo pasaba y, nervioso, fue a mirar si ya se había dormido. No era así, seguía en la misma postura en la que la dejó.

Y a él se le rompía el alma al verla así.

Brent sonrió con tristeza.

—Se enamoró de otro y nos dejó a mi padre y a mí. La depresión apareció y se convirtió en otro hombre. Nunca me hizo daño, no físico, pero me dolía verlo sufrir así. Odiaba a mi madre por abandonarme y por lo que le hizo a él.

>> Un día —continuó él— no pudo más y se quitó la vida —intentó permanecer fuerte mientras contaba la historia—. También me abandonó.

—No, Brent —emocionada, se tiró al suelo para estar más cerca de él. Sobre sus rodillas, se sentó a su lado. Cogió la cara de ese hombre entre sus manos y habló con firmeza—. No te abandonó. Estaba enfermo.

—Lo sé, ahora lo sé —Dina limpió la lágrima que le cayó por la mejilla—. Pero en aquel entonces... —tragó saliva, le costaba continuar. No era fácil para él hablar de eso— Mi madre regresó al enterarse de la noticia para llevarme, mi tío no lo permitió. Le ofreció dinero y la obligó a marcharse. Tampoco es que ella opusiera mucha resistencia, ya me entiendes... A veces pienso que el Karma actuó porque nunca llegó a disfrutar de ese dinero, murió. Tuvo un accidente conduciendo. Y nunca, nunca, lo he sentido.

—Pobre... —Dina lloraba al verlo sufrir.

—Mi padre terminó así por querer a alguien y yo me juré no querer nunca de esa manera. Ni me

creía capaz.

—Te entiendo —susurró.

—Pero llegaste tú y no sé cuándo ni cómo, Dina, pero cambiaste todo eso.

—No entiendo...

—Tengo miedo. Tengo miedo a sufrir como lo hizo mi padre. Tengo miedo a no poder superarlo si tú...

El corazón de Dina empezó a latir con fuerza, imaginando.

—¿De qué hablas? —preguntó, acelerada.

No podía ser, ¿verdad?

—Estoy enamorado de ti, Dina.

—Tú no —ella negó con la cabeza.

Le temblaban las manos. Fue a quitarlas del rostro de Brent, pero él la paró, colocando las suyas encima.

—Te adelantaste y firmaste los jodidos papeles antes de que pudiera pedirte que los rompiéramos

—lloró, dejando salir las emociones que lo asfixiaban.

—Brent...

—Te adelantaste e hiciste esa estupidez con la ayuda de Daniel. A quien te juro por Dios que voy a romperle las pelotas cuando lo vea de nuevo.

—¿De qué hablas?

—De que iba a hacer lo mismo que tú, romper ese maldito pacto porque yo también había incumplido la regla principal: me había enamorado de ti.

—Oh, Dios —lloró ella.

—Claro que yo lo iba a hacer de mejor forma y no la barbaridad que hiciste. Porque siendo serios, Dina, ¿cómo demonios se te ocurre renunciar a todo?! ¿Estás loca o qué te pasa?

—Yo... Joder. ¿Cómo no iba a hacerlo si fallé?

—¿En qué fallaste? ¿Cuál es la cláusula que rompiste? Dímelas.

—Lo sabes.

—No, no lo sé. Fantaseo con una, pero no quiero hacerme ilusiones —ahora era la cara de Dina la que estaba entre las manos de él—. Dímelas.

—Te escuché —dijo ella en su lugar, levantándose sin que él pudiera pararla—. Le decías a Daniel lo contento que estabas por recuperar tu empresa y que solo faltaba firmar los papeles y yo...

Brent bufó y se levantó.

—Por algo se dice que no escuches detrás de las puertas. Maldita sea, no iba a firmar. Pregúntale a Brown si no me crees, tenía órdenes de eliminar el jodido pacto cuando lo avisase, solo necesitaba tu consentimiento —se pasó las manos por el pelo—. Te juro que no miento. ¿Qué puedo hacer para que me creas? ¿Cómo puedo demostrártelo? Pondré la empresa entera a tu nombre si con eso me crees.

—Brent...

—Haré lo que sea para que entiendas que me importa una mierda todo lo que no seas tú —dijo con fiereza.

—No es así. Estás confundido. Demasiado tiempo juntos.

—¡Los cojones confundido! —exclamó— No soy un experto en amor, Dina. Es verdad que es la primera vez que me enamoro. Pero no por ello me trates de idiota que sé bien lo que siento aquí —se golpeó el pecho—. Y aquí solo estás tú.

—Oh, Dios...

—Te amo, Dina. Te juro que te quiero más que a nada ni a nadie en el mundo y lo único que quiero es olvidar ese jodido pacto y poder volver con mi mujer.

Llorando a lágrima viva, Dina no podía creer lo que estaba escuchando.

Sentía que no podía respirar, le dolía el corazón.

Esos increíbles ojos negros la miraban con tanto amor que ella creyó morir allí mismo.

Entonces recordó todos los momentos que había vivido con él. Cómo se había comportado con ella con o sin sexo. Cómo se había preocupado...

Brent esperó con el corazón en un puño. La preciosa mujer con el pelo enmarañado y de brillantes ojos azules, se movía de un lado para otro, llorando.

—Dina. Te juro que no miento. Te quiero. Por favor, no te vayas, no me dejes.

—No quiero nada. Nunca he querido nada tuyo. No me interesa ni el dinero ni tu empresa —cogió aire. Él tenía miedo de escuchar qué diría—. Tampoco soy nadie, una simple limpiadora sin estudios que no sabe ganarse la vida de otra manera. No pinto nada en tu mundo.

—No sigas por ahí —le advirtió.

—Pero a lo mejor, si tengo la oportunidad, quizás pueda conseguir estar a tu altura y...

Brent no la dejó terminar. Fue hasta ella y la besó.

Joder, iba a darle algo. ¡Era suya!

No iba a perderla. Nunca. Porque él se encargaría de que así fuera.

Se había sentido morir esas agónicas horas en que creyó que la perdía y no estaba dispuesto a pasar por ello nunca más ni a verla sufrir a ella de ese modo.

—No quiero escucharte nunca más decir algo así —le advirtió sobre sus labios—. Eres mucho más de lo que merezco. Eres la mejor persona que conozco. Y que no tengas un título no te hace mejor ni peor —volvió a besarla—. Has aguantado los palos de la vida. Has trabajado como nadie. Te has desvivido por tu abuela durante años. ¿Crees que eso no es más importante que todas las tonterías de las que hablas? Además, serás parte de la empresa. No pensarás que iba a seguir adelante con tu proyecto si no eras tú quien se encargaba de ello, ¿verdad?

Dina lloró entre lágrimas.

—Prometí no amarte y no pude cumplirlo —sorbió por la nariz.

—Hagamos un nuevo pacto.

—¿Cuál? —preguntó con desconfianza.

—Prometo amarte cada día de mi vida, Dina —juró—. Si me dejas.

Y selló la promesa con un beso que no olvidarían en su vida.

Ambos temblando, se besaron. Sabían salados, a lágrimas.

—Te necesito tanto... —susurró Brent sobre sus labios.

Lamió el labio inferior de Dina y bajó, lamiendo su mandíbula, su cuello. Le dio un pequeño mordisco y ella gimió.

—Yo también te necesito... Dentro de mí.

—Me encanta oírte decir eso —se deshizo de la blusa del pijama de Dina y después se quitó la suya.

Besó los pechos de Dina y comenzó a bajar, besando su vientre mientras se ponía de rodillas tras quitarse el pantalón y se deshacía de toda la ropa de ella. La agarró por las piernas y levantó la cabeza.

—No vuelvas a asustarme así —le pidió—. No te vayas de esa manera nunca.

Con una sonrisa, Dina metió las manos entre su pelo, acariciándolo. Seguidamente, se agachó.

Frente a él, con su misma postura.

—Prometo no hacerlo.

Y él sabía que cumpliría su promesa.

—¿Prometes amarme? —él acarició su rostro.

—Siempre —juró ella.

—Yo prometo querer siempre más —susurró él—. Y prometo darte mucho más —acarició el labio de ella—. Te amaré siempre, Dina Harper.

Volvió a besarla y se dejaron caer al suelo. Dina se puso sobre el cuerpo de Brent y cogiendo su miembro, fue a introducirlo sin protección ninguna.

—¿Segura? —preguntó él.

Era un acto de intimidad muy fuerte.

Ella lo metió dentro, profundo y ambos gimieron. Echando la cabeza hacia atrás, Dina comenzó a moverse. Arriba. Abajo.

Montándolo.

Torturándolo.

Las manos de Brent subieron desde la cintura de Dina hasta sus pechos, jugó con ellos hasta que Dina comenzó a saltar.

Más rápido.

Más.

Y más.

Y con dos alaridos roncós, terminaron juntos.

Más tarde, tumbados en el sofá, tapados con la manta de siempre, solo disfrutaban del momento.

—Mi historia la sabes, un padre que nos abandonó y mi madre me crio sola. Me ha costado superar su muerte. Tal vez no lo hago aún, pero me toca seguir sin ella. Como tendré que hacerlo sin mi abuela —lloró.

—Estaré contigo en todos esos momentos —juró él, acariciando su pelo—. Así que olvida volver a dejarme como hiciste —resopló—. Aún no me creo que hicieras eso. ¿Miedo a tener que indemnizarme por incumplir el contrato? —intentó bromear.

Dina sonrió, así que no lo hizo tan mal.

Levantó la cabeza y lo miró.

—Prometí marcharme. Jamás habrías sabido nada de mis sentimientos, no habría incumplido mi palabra por más que sufriese al no tenerte.

Brent la abrazó con fuerza.

—Ni de coña vas a librarte de mí —juró—. Casi me muero al sentir que te perdía. Soy nuevo en amar, pero lo haré lo mejor que pueda. Ahora, también te advierto que no pienso poner de mi parte en cosas así. Solucionaremos los problemas cuando toquen, pero jamás vuelvas a separarme de ti de ese modo, no lo soportaría.

Dina sonrió, no podía creer que de verdad la quisiera así.

—De todas esas mujeres y se te ocurre enamorarte de mí —bromeó ella, pero a él no le hizo ninguna gracia.

—Vales más que todas juntas. Eso quise decirte cuando negociamos el contrato y pensaste que te infravaloraba. En ese entonces ya sabía eso.

Dina quiso llorar de nuevo.

—Te quiero, Brent Harper —dijo emocionada y lo abrazó con fuerza.

Dina sobre el pecho de Brent, acariciando sus pectorales con los dedos. Ambos, ya, medio dormidos.

—Por cierto, ¿seguimos casados o no? —preguntó Dina.

El cuerpo de Brent se movió, se estaba riendo.

—La verdad es que no lo sé. Brown tendrá que aclarárnoslo.

—Oh. Si no...

—Nos casaremos —él se tumbó de nuevo encima de ella y le dio un beso.

—¿Qué proposición es esa? —bufó ella, divertida.

Él la besó y volvieron a olvidar todo lo que no fuera hablarse con la piel.

Los días pasaban y Stuart Bell comprobó que el matrimonio Harper seguía adelante.

Maldito fuera, ¿hasta cuándo? ¿Hasta cuándo lo haría esperar?

El tiempo se encargó de demostrarle que mucho, que mejor sería olvidar sus planes porque Brent Harper no tenía intención ninguna de dejar a su mujer.

Y a Stuart Bell le tocaba perder.

Epílogo

Un año después.

—Felicidades, señora Harper. Ha sido todo un éxito.

Dina sonrió ampliamente y abrazó a Daniel.

—Gracias. Si no fuera por ti...

No pudo terminar la frase porque Brent no la dejó. La había cogido por la cintura y la había separado de su amigo.

Dina puso los ojos en blanco.

Daniel sonrió, divertido. No cambiaría. Pero él no se lo tomaba a mal, sabía que actuaba así de broma.

Brent no desconfiaba ni de su mujer, porque ya lo era oficialmente, se habían casado en una ceremonia íntima preciosa.

El divorcio nunca llegó a producirse porque rompieron los papeles, pero Brent quiso que Dina tuviera la boda que siempre soñó.

Y la luna de miel en la que apenas salieron del dormitorio.

Eso sí, tuvieron algún que otro desencuentro porque Dina no quería nada y Brent se empeñó en poner todo a nombre de los dos.

Un desastre, discusiones y reconciliaciones. Pero Brent ganó y ella tuvo que aceptar a regañadientes.

Dina seguía sin querer nada, era feliz conservando la casa de su abuela, donde solía trabajar cuando necesitaba soledad.

Pero Brent era mucho Brent y a cabezota no había quien le ganara.

Como decía, no desconfiaba de ella ni de él, su mejor amigo.

Daniel se había convertido en un gran amigo y apoyo para Dina y Brent se alegraba de que su mujer contase con él.

Daniel era alguien muy leal y sabía que la protegería, siempre, incluso de él mismo.

Dina estaba estudiando economía en la universidad y se encargaba, a la vez, del proyecto

benéfico. Y lo hacía a la perfección. Como para no estar orgulloso de ella.

—Ha estado perfecta —dijo mirando a Dina, quien después de besar a su marido, se marchó.

Aún tenía trabajo que hacer antes de que el acto llegase a su fin.

Se encontró con Sally y de la mano, continuaron con su labor.

Sally, quien la ayudaba en los proyectos, había terminado trabajando para ella y dejando, de una vez por todas, la hostelería.

Una gran amiga con la que siempre podía contar y que se había convertido en la defensora número uno de Brent Harper.

Si es que, aunque ella no quisiese admitirlo, también lo quería. Como quería a Daniel, su ojito derecho por zalamero que era.

Era su pareja quien se encargaba del bar, ahora él era el propietario. Y como se llevaba a la perfección con Boris, las cosas iban sobre ruedas.

Por cierto, Boris casi se desmaya cuando se enteró del matrimonio de Dina con ese buenorro.

Y eso que no entraron en detalles...

Mirando a su mujer, henchido de orgullo por ella.

—Siempre lo está —dijo, orgulloso.

Daniel sonrió.

—Me alegra veros así —le dio un apretón en el hombro—. Os merecéis lo mejor.

—Gracias.

—Al final, tu tío no lo hizo tan mal, ¿no?

—¿Estás llorando? —Brent lo miró con los ojos entrecerrados.

—No —negó rápidamente Daniel—. Es que se me metió una pestaña.

Brent soltó una carcajada.

Este chico...

Mientras, en otra parte de la ceremonia, Stuart Bell, quien se dio por vencido con Brent Harper y tuvo un buen perder, intentaba hacer negocios de nuevo. Esa vez con un anciano algo decrepito.

Kelly quería llorar. Como su padre siguiere así, se fugaría con el jardinero, aunque terminase siendo pobre.

En fin, historias varias.

Esa misma noche, en la nueva casa Harper, donde se habían mudado hacía unas semanas...

La misma casa Harper donde Brent había vivido su adolescencia y donde tan buenos momentos había pasado con su tío. Esa, al final, se había vuelto a convertir en su hogar.

Y es que Dina, cuando conoció el lugar, se enamoró de él. Brent sabía que ella necesitaba sentir algo suyo y eso fue lo que sintió al verlo, que ese era su sitio.

Se sintió orgulloso de oír algo así de los labios de ella y pensó en su tío, seguro que también estaría feliz si oyese algo así.

Y para feliz Lisa, el ama de llaves. Se enamoró de Dina nada más verla y las dos se convirtieron en inseparables.

Lo mismo ocurrió con James, quien ahora era asistente de Dina y estaba feliz por ello. Le gustaba su señora.

¿Había alguien que fuese inmune a su mujer? Era evidente que no.

Abrazada a Brent, con la cabeza apoyada en su pecho, Dina sonreía. El acto benéfico se había celebrado en el aniversario de la muerte de su abuela, en honor a ella y habían recaudado más dinero del que imaginó.

—Estoy orgulloso de ti —acarició la espalda desnuda de su mujer y le dio un beso en la cabeza.

Ella levantó la suya y lo miró.

—Gracias —dijo emocionada.

Brent limpió una lágrima que le caía.

—Donde estén, ambas, sé que están orgullosas de ti.

—Y de ti —dijo ella emocionada.

Entonces él pensó en su padre y en su tío. A esas alturas, seguía sin entender por qué lo había obligado a casarse.

Él no podía saber que el amor de su vida aparecería. Si Brent hubiera hecho lo que creía que

Anthony quería, habría terminado infeliz junto a Kelly y a saber si solo durante un mes.

Quizás no lo entendiera nunca.

Quizás, como había dicho Dina a veces, solo intentó hacer lo que creyó mejor para no verlo solo.

Fuese lo que fuese, no le guardaba rencor. Nunca lo había hecho.

Prefería pensar en que lo hizo porque algo lo llevó a ello. Era una señal, llevando a Brent hacia su destino.

Sonrió al pensar en Anthony.

Gracias, pensó, dándose las a ese hombre que, directa o indirectamente, lo llevó hasta la felicidad.
Te querré siempre.

—Te quiero, pequeña —sonrió él, henchido de felicidad al mirar a su mujer.

—Yo también te quiero, Brent Harper. Y prometo hacerlo siempre. Prometo cumplir el pacto.

FIN